

# REVISTA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE PSICOANÁLISIS

**Realidades • Teoría, investigación y clínica**



Sociedad Argentina de Psicoanálisis

Números 25. Año 2023

ISSN 1514-089X

Buenos Aires

# SOCIEDAD ARGENTINA DE PSICOANÁLISIS

Virrey Olaguer y Feliú 2462, 8 "A" (1426) Buenos Aires, Argentina

Tel. (54-11) 4781-3236

www.sapsicoanalisis.org.ar • e-mail: secretaria@sapsicoanalisis.org.ar

Sociedad Componente de la Asociación Psicoanalítica Internacional

Sociedad Integrante de la Federación Psicoanalítica de América Latina

---

## COMISIÓN DIRECTIVA 2021-2023

---

Lic. María Haydée Canteli

Presidente (Coordinador del Área de Relaciones Exteriores)

Lic. Ana María González

Secretaria (Coordinadora del Área de Organización Interna)

Lic. Florencia Levy Mayo

Tesorera (Coordinadora del Área de Tesorería)

### VOCALES TITULARES

Lic. Eleonora Umansky

(Coordinadora del Instituto de Formación)

Dr. Osvaldo Menendez

(Coordinador del Área Científica)

Dr. Bruno Winograd

(Coordinador del Área de Publicaciones y Biblioteca)

### VOCALES SUPLENTE

Lic. Stella Maris Otazúa

(coordinadora del área de Prensa y Difusión)

Lic. Elena Irma Monis

(Coordinadora del Área de Extensión e Investigación)

### ÓRGANO DE FISCALIZACIÓN

Lic. María Caride (Titular)

Lic. Lic. Diana Valenti (Titular)

Dr. Francisco Kadic (Suplente)

(Coordinadoras del Área de Análisis y Gestión Institucional)



Revista de la  
SOCIEDAD ARGENTINA  
DE PSICOANÁLISIS  
Componente de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA)  
Integrante de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL)

Número 25 • 2023  
Buenos Aires, Argentina

ISSN: 1514-089X

Diseño de tapa y diseño gráfico interior:  
Cálamus, Servicios de edición

---

La Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis es una publicación destinada a la difusión de los trabajos científicos que se realizan en la institución. Está abierta a los aportes de sus lectores. Las críticas, comentarios, ideas que surjan de la lectura de los trabajos publicados, serán bienvenidos para los siguientes números de la revista. Es propósito de la SAP generar un ámbito polémico, donde se pueda acordar o disentir con las ideas postuladas por los autores, dentro de un marco riguroso en los fundamentos.

Invitamos a nuestros lectores a ponerse en contacto con el Comité Editor, por carta a Virrey Olaguer y Feliú 2462, 8 "A" (1426), Buenos Aires, por teléfono al (54-11) 4781-3236 o por correo electrónico a nuestra casilla [secretaria@sapsicoanalisis.org.ar](mailto:secretaria@sapsicoanalisis.org.ar).

La reproducción total o parcial del contenido de esta revista debe ser autorizada por los editores y los autores de los artículos firmados, citando la fuente.

---



COMITÉ EDITOR

Benzión Winograd

Liliana Fudin

Martín Barrutia

Gabriela Mizrahi

Ana María González

Daniel Biebel

Elena Irma Monis

Silvia Koziol

Beatriz Celorrio

BIBLIOTECARIO

Ignacio Mancini

---

# Índice

Presentación .....	11
Los contactos analíticos <i>Carlos Tabbia</i> .....	13
Sandor Ferenczi, entre el cuento y el sueño <i>Maridel Cantelli, Mabel Cambero, Nicolás Cardona, Beatriz Celorrio, Oscar Alfredo Elvira, Alba Gasparino, Agustín Genovés, Gabriela Goldzen, Rogelio Ruiz, Marcos Tabacznik, Pablo Valle Daubenberger</i> .....	24
La práctica psicoanalítica con niños y adolescentes en un tiempo inquietado <i>Virginia Ungar</i> .....	33
El malestar de la conexión espasmódica: ¿De la obediencia a la dependencia? <i>Marianna Ferreira Jorge y Paula Sibilía</i> .....	43
Corriendo para no perderse nada: Temporalidad ansiosa y frustración por lo (i)limitado <i>Paula Sibilía, Manuela Arruda Galindo</i> .....	66
Aplicación del enfoque Modular-Transformacional al diagnóstico de los trastornos narcisistas <i>Hugo Bleichmar</i> .....	86

Vivir en la interfase para no quedar atrapado en mundos fragmentarios <i>Hugo Bleichmar</i> .....	120
Metapsicología, investigación científica e interdisciplina <i>Eduardo B. Issaharoff</i> .....	144
“Realidad psíquica”: algunos aspectos epistemológicos <i>Gregorio Klimovsky</i> .....	160
De a dos, soñando los monstruos <i>Ana Nalvanti; María Marta Capurro, Paula Ferrari, Cintia Quadrelli, Ma. Florencia De Simone</i> .....	166

# Presentación

He aquí un nuevo número de nuestra publicación anual. Nos hacemos presentes por vigesimoquinta vez, lo cual, para decirlo de modo redundante pero más impactante, testimonia la labor continua a través de un cuarto de siglo.

Como en otras ocasiones, algunos de los materiales que la componen transmiten el fruto del trabajo institucional realizado en nuestras reuniones científicas, en los seminarios y en nuestros simposios. Otros constituyen aportes de destacados pensadores que trabajan en fuentes de las que el psicoanálisis abreva y con las que interactúa, como la antropología, la metodología, las neurociencias y la epistemología, entre otras.

Se abordan cuestiones teóricas y prácticas. Conceptos, métodos e investigaciones. Detalles de la vida cotidiana y del riñón de la sesión psicoanalítica son analizados y contextualizados para entenderlos mejor y para hacer más lúcida y eficaz nuestra tarea clínica. A este fin concurren los diversos autores a los que recurrimos para componer este número de la Revista, ya sean miembros de nuestra institución o de otras, de nuestro país y de otros, de nuestra especialidad y de otras.

Como en el número anterior, continuamos aquí la experiencia de agregar al corpus de los trabajos escritos, un link que lleva al canal de YouTube de SAP, donde se encuentra el material audiovisual específico que hemos incorporado para este número. Esto, creemos, también puede incitar a explorar otros materiales audiovisuales ahí existentes, así como la colección de la Revista en nuestra página web puede estimular a leer otros números de la misma que están allí alojados.

Esta breve presentación deja ya paso a la sustancia de la Revista; que el lector la juzgue. Pero no podemos finalizar sin mencionar que quien

dirigiera la tarea, incansable adalid del psicoanálisis y del compañerismo, nuestro amigo, maestro y coordinador, el querido Benzi3n Winograd, no ha tenido oportunidad de poder verla publicada. Que este, su 3ltimo legado, sume un argumento m3s para recordarlo y homenajearlo.

Muchas gracias, Bruno.

# Los contactos analíticos

Carlos Tabbia

*“Cuando mañana encuentres a tu paciente, ¿a quién encontrarás?  
¿Con quién estarás en contacto?”*

Bion, 2007, Seminari Tavistock

## Introducción

Hoy parece extemporáneo referirse a los contactos cuando ya sea por pandemias o por posibilidades de acceso, se descorporalizan los encuentros. ¿“Sin tacto” se puede establecer “con-tacto”? La complejidad de los elementos presentes en los encuentros excede este espacio. De los múltiples contactos posibles me ceñiré al que menciona Bion en el epígrafe. Cuando él preguntó con quién contactaremos al encontrarnos con nuestros pacientes sembró, aunque sin formularlas, variadas preguntas, por ejemplo ¿quién es nuestro interlocutor? ¿Con qué parte del paciente podremos establecer contacto? ¿Será nuestro interlocutor un falso *self* que se ofrece a contactarnos dispuesto a evaluar nuestra capacidad para cuidar al desprotegido y desnutrido verdadero *self*? ¿Las partes infantiles están disponibles para un contacto analítico? No son raras las ocasiones en que se cree estar en contacto con un paciente hasta que se descubre que se estaba viajando en vías paralelas, con perspectivas revertidas. La misma pregunta también interroga sobre nuestra disponibilidad para contactar, ¿desde dónde nos disponemos a contactar? ¿Será desde nuestras partes adultas y valientes capaces de arrojarnos al encuentro con un desconocido? Y subyaciendo a todas, ¿cómo afectará el contacto? si lo hubo. La complejidad de la relación analista-paciente está servida.

El objetivo de la tarea analítica es el de *contactar* íntimamente con el paciente para que su personalidad se manifieste, su mundo interno se despliegue y desarrolle. Se trabaja con la esperanza de que "...cuanto más progrese el análisis, tanto más podrán el psicoanalista y el analizado llegar a un estado en el que ambos puedan contemplar el mínimo irreductible que es el paciente. Este mínimo irreductible es irremediable, porque lo que se ve es aquello sin lo cual el paciente no sería el paciente" (Bion, 1970, p. 58), a lo que agregó que ni el analista sería el psicoanalista. El mínimo esencial del psicoanalista es su capacidad de conectar con las emociones (amor, odio y conocimiento), con el dolor y la alegría, la desesperación y la confianza, la excitación y el vacío, etc. tanto del paciente como de sí mismo, sin desmayar. El *contacto* devendrá plenamente psicoanalítico cuando sea completado con la función interpretativa.

A continuación, de modo esquemático, haré referencia a *tres contactos posibles en una relación analítica*, caracterizados por las tareas, las emociones y las consecuencias en los estados mentales de los participantes. Entre *sueños y dolores* transitaré por algunos contactos psicoanalíticos.

El *contacto* inicial, o *pre-psicoanalítico*, con un paciente depende del estado mental del mismo. Por ejemplo, en los estados mentales psicóticos la transferencia es precipitada y por ello el analista deviene tempranamente un objeto del mundo interno del paciente. El inicio de un tratamiento se suele caracterizar por una descripción de los estados emocionales pasados y presentes del paciente. En esta etapa, las preocupaciones expresan el anhelo de eliminar el dolor y la expectativa de que el analista pueda aliviarlo rápidamente. Y el dolor, predominantemente paranoide, está lejos de ser considerado como una posibilidad presente en la realidad psíquica. El principio del *displacer* obliga a descartarlo.

La dedicación del psicoanalista a entender los relatos y el interés por no perder datos de una historia larga, aunque sea la de un niño, estimula simpatía en el paciente por sentirse escuchado. Pero esto mismo puede, luego, frustrarlo si no se interviene en el nivel transferencial. Una comunicación amistosa conforta pero no resuelve los conflictos ni pone fundamentos al anhelo vehemente de alejarse del odiado dolor. Recolectar la transferencia o desmontar la transferencia preformada<sup>1</sup> requiere tolerar la frustración

---

1 La alternativa que formulé responde a uno de los cambios experimentados por Meltzer a lo largo de su práctica clínica; al respecto declaró en la Tavistock Clinic (1998) que al escribir

del paciente cuando comienza a descubrir la diferencia entre escuchar a un analista o a un amigo. La perseverancia en discriminar los mensajes es el recurso necesario para establecer la situación analítica. Ésta, lentamente, comienza a asomarse, por ejemplo, manifestándose como temor a no ser entendido, o que el analista dé señales de parecer fatigado o distraído o desilusionado... Ya no es tanto un amigo sino alguien del que se espera algo distinto. De este modo, la transferencia parental empieza a aparecer en el encuentro y el contacto inicial comienza a dejar paso al trabajo plenamente psicoanalítico. Las partes infantiles aún no han sido reconvertidas para que renuncien al anhelo de que el analista sea omnipotente y omnisciente y les permita disfrutar de una cierta holgazanería, es decir, de funcionar según los Supuestos Básicos.

Un *contacto psicoanalítico* es aquel que trabaja para “que el analizado se reconcilie o llegue a un acuerdo consigo mismo [*at one with himself*]” (Bion, 1970, p. 7). El requisito es transitar desde un estado mental escindido –paranoide/confuso– hacia el del reconocimiento depresivo del otro. Tránsito que implica disolver los estragos derivados de las defensas narcisistas en lucha contra la dependencia madura (Fairbairn, 1966) que, expresado en términos meltzerianos (Meltzer, 1967) sería resolver las confusiones geográficas y zonales para poder enfrentar el problema propiamente psicoanalítico: el complejo de Edipo. Money-Kyrle dirá sintética y magistralmente que los objetivos del psicoanálisis son “el reconocimiento del pecho como el supremo objeto bueno, el reconocimiento del coito de los padres como el acto supremo de creación y el reconocimiento del paso inevitable del tiempo y, en última instancia, de la muerte” (Money-Kyrle, 1971, p. 265). Despojarse de la omnipotencia narcisista permite reconocerse hijo y mortal, posibilitando así el acceso al mundo de la intimidad y de los valores adultos. El supuesto de esta evolución es que los dolores se tornan menos amenazantes (paranoidemente) y más tolerados aunque sigan doliendo. Por tanto el sujeto no los expulsará apenas los perciba. El

---

el *Proceso Psicoanalítico* lo hizo “teniendo en cuenta mi experiencia con niños y la idea de la recolección de la transferencia parecía absolutamente correcta; pero a medida que mi práctica se fue moviendo más y más en el trabajo con adultos, está bastante claro que no hay nada tan fácil con los pacientes adultos. Resulta claro que en lugar de atraer sin esfuerzo al setting analítico todos los procesos de transferencia de la vida del paciente, parece necesario dismantelar algo que he llegado a considerar como la ‘transferencia preformada’ del paciente adulto; la transferencia preformada basada en un mayor o menor conocimiento o fantasías sobre el método analítico y la experiencia analítica” (Meltzer, 2000, p. 1).

corolario será un incremento de la responsabilidad por su propia realidad psíquica y, como consecuencia, por sus actos y sus relaciones.

Mientras este proceso se va realizando, la tarea del psicoanalista en su calidad de experto, al estilo de un pedagogo experimentado, acompaña, orienta, estimula al paciente a vivir y tolerar el proceso psicoanalítico. El analista, porque sostiene su trabajo desde las funciones parentales, colabora discriminando la cualidad de los dolores para disminuir el dolor inútil y contribuye a desarrollar el pensar basado en la observación y alejado de prejuicios; la consecuencia natural será el desarrollo de los vínculos positivos (L, H, K) sin sentirse paralizado por la intromisión de los negativos (-L -H -K).

Las expresiones de los pacientes entran en *contacto* con el psicoanalista no sólo a través de las palabras sino como estímulos y sentimientos que lo afectan. Para comprender o descifrarlos elegí dos recursos técnicos de mi caja de herramientas (Tabbia, 2013), la contratransferencia y la función de *rêverie*.

Considero a la *contratransferencia* un aparato receptor de las proyecciones del paciente, un aparato que permite diferenciar la transferencia del paciente de las transferencias del analista sobre el paciente<sup>2</sup>. Como dice Hahn (2022) somos como “hospederos que nos prestamos a alojar temporalmente proyecciones” con la función de escuchar, pensar, discriminar lo propio de lo ajeno, y gradualmente entender su significado. Para ilustrar esta función de hospedero, haré referencia a dos situaciones de excitación sexual experimentadas durante la consulta. Durante unas sesiones con un paciente médico yo había sentido excitaciones homosexuales que me turbaron. Él, lejos de aceptar la dependencia infantil, fantaseaba con acceder a los puestos más altos del hospital a través de la seducción. Soñó que *se encontraba con Rafael (un compañero de trabajo, hijo de un famoso periodista local); de pronto se hallan en un lugar confuso<sup>3</sup>, aunque reconocía*

---

2 Fraigne de Gallo, Gallo y Mantykow de Sola (2004). “Cuando la turbulencia emocional generada en el analista por las proyecciones del paciente no es tolerada y comprendida, es decir, cuando en la determinación de su respuesta en la sesión *predominan sus conflictos infantiles no resueltos*, preferimos hablar de “transferencia del analista” o de “transferencia paradójal”, reservando el término “*contratransferencia*” para los casos en que el conflicto es tolerado y usado para *contener y comprender la transferencia del paciente*” (p. 91; las cursivas son mías).

3 La excitación confunde.

que era Barcelona, hasta que en un momento ve un muro que le permitía reconocer que era el hospital donde había trabajado. El soñante tiene ganas de ir al baño; ha de esperar, hacer cola, hasta que de pronto salen del baño dos hombres de unos 50 años, pelados, que habían estado teniendo juegos sexuales en el baño, y que le habían hecho esperar tanto hasta enfadarse; comienza a despotricar hasta que uno de ellos se le enfrenta y le dice: “tú no sabes quién soy yo”, entonces saca unos papeles y le muestra algo, probablemente donde se dice que es el director del hospital; entonces él se empieza a achicar, a disminuirse para aplacar y para conseguir su protección. En una primera y precipitada interpretación del sueño me sugirió que, mientras él siente necesidades imperiosas, los dos pelados/pezones se entretienen autoeróticamente; él se enfurece y entonces los degrada pero, lejos de rebelarse, se somete buscando masoquísticamente beneficios. Uno de los detalles que me llamaron la atención de la escena onírica era el hecho de que solo uno de los hombres se había vuelto hacia él; esto podría haberme sugerido el pensamiento de que el paciente se sentiría tan poderoso como para sentirse capaz de separar, envidiosamente, a la pareja; así, por ejemplo, si consiguiera erotizar la relación analítica mi función de objeto combinado parental quedaría disuelta en pro de un vínculo erotizado homosexual. También cabía la posibilidad de que ese director que se le enfrentaba podría ser un precursor de un objeto paterno capaz de proteger a la pareja frente a sus intentos infantiles de entrometerse, etcétera. Pero las asociaciones pedidas o evocadas promovieron otra interpretación. Al interesarme por Rafael, el compañero de trabajo, respondió que era un arquitecto con el que colaboró en el diseño de una reforma parcial del hospital. Durante el tiempo que trabajaron juntos él se había excitado sexualmente con Rafael y creía que había sido una excitación compartida sin haber llegado a ninguna acción concreta. La excitación homosexual ya estaba anunciada a través del célebre periodista notoriamente homosexual. Opté por interpretar el astuto trueque de la satisfacción de sus necesidades (ir al WC) por la excitación, con la secreta fantasía de que sometién dose al rico<sup>4</sup> o al poderoso lograría ser promovido. Pero detrás de mi interpretación subsistía un recuerdo que había entrado silenciosamente en mi mente, evocado por la situación. En unas sesiones recientes había mencionado que al salir de

---

<sup>4</sup> Este era un material que había sido analizado reiteradamente, al igual que la fantasía de haber sido el hijo preferido de la madre por ser rubio.

una sesión se había masturbado sobre un sofá semejante a mi diván y que se había estimulado con la fantasía de que una pariente morena le hacía una fellatio. Desde este material pude entender la fantasía de invertir la dependencia (la mujer morena, como su madre, succionaba el pene del paciente rubio) y, al mismo tiempo, degradaba el vínculo nutricional (los pezones reclaman ser idolatrados más que estar disponibles para alimentar al bebé). Su habilidad para crear excitación interesada en sus relaciones se pone de manifiesto en su relación con Rafael y conmigo en las sesiones. Su resistencia contra la dependencia infantil era actuada proyectando excitación en mí. Su deseo sería colocarse en el lugar del deseado y que yo, como figurada idealizada, lo promoviese a una pseudo adultez. Generando excitación crea, entonces, un problema contratransferencial. Detectar/interpretar la contratransferencia se diferencia absolutamente de actuarla: dejarse seducir y promover al paciente. La excitación durante la sesión analítica siempre turba. Pero tolerada y comprendida deviene un recurso valioso; para ello es necesario recoger las asociaciones que conviven con la situación.

Una situación clínica semejante es presentada por Irene Freeden (2018), donde la *evocación* transforma la conmoción de una transferencia sentida como erótica. Ella se está refiriendo a un paciente aislado y particularmente inhibido y dice: “Me sentí muy maternal con él y por un momento deseé poder *sostener*<sup>5</sup> su mano. De repente me encontré confundida porque sentí algo parecido a la tensión sexual en la habitación, pero era muy diferente a una experiencia de transferencia erótica de un paciente. Traté de ordenar mis pensamientos y miré al paciente y noté que tenía una erección. Casi simultáneamente tuve un *recuerdo* fugaz de un niño de entre dos años y medio y tres años, cuando tuvo una erección en el baño y quedó fascinado por el fenómeno diciendo ‘mira, mira’. Entonces me sentí tranquila y estable y me *vino a la mente* una pintura de Ambrogio Lorenzetti (siglo XIV), de una Virgen amamantando (la *Madonna del Latte*). Lo inusual de esta pintura es que es una de las primeras, que yo sepa, donde Jesús parece un bebé normal: acurrucado armoniosamente en el cuerpo de su madre y chupando el pecho con satisfacción mientras mira con interés al espectador, y María está totalmente absorta en él mientras lo sostenía de forma segura en la posición correcta”. Aquí la conmoción remitió a

---

<sup>5</sup> Una referencia al deseo de contacto físico.

un encuentro entre madre y bebé, como el encuentro que la analista tuvo con sus objetos internos para tolerar la turbulencia hasta encontrarle un significado. En este caso, a diferencia de mi paciente, los pezones no están para invertir la relación de dependencia sino para hacer crecer al niño.

La genialidad de la clínica psicoanalítica es que creando significados para el analizando, también crece el propio psicoanalista.

En el encuentro clínico, especialmente en el onírico, se produce el *contacto*, el *at one ment* transformador para generar los significados que nos humanizan. Como dice Lia Pistiner (2021), “los seres humanos nos nutrimos de significados [...] Los hechos no tienen significado, es necesario ‘soñarlos –en un sentido amplio– para que lo adquieran”. Para transformar los hechos en significados se necesita tolerar la turbulencia y el dolor del encuentro con el otro y con el dolor derivado de la acumulación de experiencias en busca de un continente significador. La función ejercida por este continente es nombrada también como *rêverie*. Valiosa herramienta sobrecargada de connotaciones.

Para entender el sentido original del término conviene volver al que le daba Bion, según la nota 173 que su hija Parthenope hizo en la edición italiana del libro *Cogitations* (1996, p. 220). “En el uso común inglés, este término indica un estado mental un poco ausente, [como] ‘perdido en sus propios pensamientos’. Bion lo ha adoptado –sigue diciendo Parthenope– para indicar específicamente la disposición mental de la madre que amamanta y que impregnada de amor por el bebé y por su pareja, permite a los pensamientos –no conscientes del todo– llenar su mente”. En esta nota de Parthenope se hace mención a un estado mental de disponibilidad, apoyada sobre el amor, para ‘ofrecer’ (amamantar) su apertura mental para ‘recibir’ pensamientos surgidos/construidos en la interacción. Esta descripción puede caracterizar la predisposición emocional de la madre y la del analista durante la relación analítica. Cabe destacarse que la primera función de la *rêverie* es la de la receptividad, por más primitivos que sean los elementos beta, o incipientes los alfa, o parciales los objetos o fascinantes los totales; la segunda es la de significar. Esta diferenciación me parece necesaria porque suele asociarse *rêverie* con ofrecer un significado “desintoxicado” y pro-desarrollo; sin embargo, destacaría que su función es la de recoger, deviniendo un continente (♀) sobre el que operaría la función alfa. Esa tarea necesita que la madre o analista desarrollen una sensible y aguda observación que –a través de su

función alfa— pueda poner orden en sus percepciones, obtener significados y eventualmente ofrecerlos.

Aunque la *rêverie* materna y la clínica, la ejercida por el psicoanalista, comparten funciones, también tienen diferencias. La semejanza fundamental es que para ejercer la función ambos necesitan haber internalizado objetos internos/pensantes que posibiliten el desarrollo del pensamiento y del autoanálisis (Meltzer, 1981). Desde esa identificación introyectiva podrán ambos, aunque por oficio sería tarea fundamental del analista, disponer de una atención apta para transformar las emociones y sentimientos en elementos alfa. Pero a diferencia de la *rêverie* materna, la del psicoanalista ha de ser una *rêverie atentamente flotante* para trascender lo manifiesto. La atención cuando es libremente flotante, registra todas las percepciones que, convertidas en datos, serían almacenados para tiempos de necesidad. El estado propio del analista es el de estar atento y disponible para recibir toda la información que venga tanto del paciente como de sí mismo, sin focalizar ni priorizar; aunque también es cierto que al concentrarse en la transferencia, esta atrae su atención. Pero la atención del analista ha de ser bifocal porque al mismo tiempo que observa la transferencia no puede olvidar la relación del analizado con el mundo externo.

Así como la madre recoge los mensajes inconscientes y preverbales del bebé y les puede dar sentido, el analista puede hacer lo mismo aunque con diferencias. El analista aporta un plus a la tarea, le agrega una forma más sofisticada de pensamiento, el vínculo K. En la situación analítica dispone de la posibilidad de observar la interacción en una forma inmediata, por ejemplo, tiene la posibilidad de observar la respuesta del paciente a la interpretación (Hahn, 2014). Sin descartar el valor de la intuición materna, se habría de suponer que el analista ha desarrollado una intuición más aguda a través del propio análisis; además, en la medida en que puede disponer de una distancia menos comprometida frente al vínculo materno-filial, es de suponer que no tendrá serios obstáculos para significar experiencias salvajes (Bion, 1997).

Otra diferenciación que se podría establecer es que la *rêverie* clínica se basa en la bisexualidad integrada del psicoanalista, posibilitándole ejercer tanto una *rêverie* “materna” como “paterna”, quedando, de ese modo, el habitual concepto de “*rêverie* materna” circunscripto al de una función.

Una bisexualidad construida sobre una relación ‘simbiótica’<sup>6</sup> donde ambos miembros de la pareja, a través de los vínculos, del pensamiento y del lenguaje (verbal o gestual) crean un nuevo orden que los desarrolla a ambos. Partiendo de que la *rêverie* es una función del objeto combinado, identificación introyectiva mediante, en que las funciones de cada uno de los objetos psíquicos son diferentes, necesarias, complementarias y paralelas, se pueden establecer matices en la *rêverie*. Debido al reconocimiento de la sensibilidad y capacidad de las mujeres para captar las necesidades de los bebés o de las personas primitivas, se ha adjetivado la *rêverie* como materna. De modo complementario podría destacarse que la *rêverie* paterna se refiere a la capacidad de sostener al continente, evitar la invasión y tolerar la hostilidad cuando la intrusión voraz es impedida. La función esfinteriana o de tercero deviene condición necesaria para el crecimiento y el desarrollo simbólico.

Simbolizar es un laborioso proceso que reclama desprenderse de la inmediatez de los datos de los sentidos en pro de la abstracción. Esta es otra diferenciación: a la madre no se le pide que abandone la relación sensorial con su hijo. Esto no excluye que, en ciertas circunstancias, el contacto emocional con un paciente implique un contacto corporal no erotizado.

Con estas dos herramientas y otras, durante la etapa del *contacto psicoanalítico* es posible “ordenar, recuperar conexiones, aclarar confusiones y encontrar una notación para aclarar la experiencia inconsciente en la conciencia para los fines de la memoria. Es una gran ayuda y facilita la evolución de la transferencia al reconstituir los conflictos a los que no se les encontraba solución, ya que el excesivo funcionamiento de los mecanismos de defensa disminuía el dolor mental por debajo de los niveles necesarios para el desarrollo” (Meltzer, 1973, p. 284/5). A la labor interpretativa de esta etapa Meltzer la llama *rutinaria*, tanto por depender de las experiencias pasadas como por la posibilidad de caer en el aburrimiento. Creo que la elección del término “rutinario” puede ensombrecer el valor del trabajo de esta etapa. Entender la rutina como la costumbre o hábito adquirido de hacer las cosas por mera práctica y de manera más o menos automática y poco imaginativa, no hace justicia al trabajo de esta etapa. Creo que la elección del término “rutinario” surge

---

<sup>6</sup> Diferenciándola de una relación parasitaria o comensal.

más de la necesidad de una regularidad que permita construir un objeto interno, sin los sobresaltos de ausencias inesperadas.

El *contacto apasionado* es el tercer escalón en el desarrollo de una relación tan íntima como la relación psicoanalítica. Es un contacto apasionado porque ambos participantes del encuentro han aposentado su identidad fundamentalmente sobre objetos internos capaces de sostener la turbulencia emocional. A partir de la formulación de Bion sobre las pasiones<sup>7</sup>, Meltzer (1986, p. 214) considera que las pasiones “representan estados de turbulencia que surgen del impacto paradójico de una emoción intensa sobre otra, y que producen una turbulencia en razón del conflicto con ideas previamente establecidas acerca del significado de dichas emociones y su relevancia para la organización de nuestro mundo interno y, por ende, de nuestra visión del mundo externo”. La turbulencia que surge tanto con el choque entre emociones como frente al magnetismo opaco de O, no solo provoca dolor sino también odio, aunque se trata de un odio cálido, un odio apasionado frente a la verdad resistida y resistente como frente a los obstáculos para la comunicación sin fin. La turbulencia tolerada por las partes más maduras (Klein, 1960) de la personalidad surge también por la oposición de las propias partes infantiles y las narcisistas que se oponen al trabajo, al dolor y al misterio. La anti-pasión cosecha aburrimiento y desesperación.

El *contacto apasionado* se manifiesta en “...una atmósfera de aventuras en la que se desarrolla cierta *camaradería* entre la parte adulta de la personalidad del paciente y la del analista como hombre de ciencia creador. Esto merecería el nombre de alianza terapéutica, ya que implica posibilidades terapéuticas para ambos participantes de la aventura. Quizás cuando el entrenamiento de un analista en la artesanía del psicoanálisis la ha convertido en virtuosismo, estos momentos de aventura potencial comienzan a surgir naturalmente. Al apoderarse de la artesanía se puede favorecer el surgimiento repetido de momentos como los descritos por Bion, de profundo *contacto* con su *propio objeto combinado* y la posibilidad de luchar para obtener identificación” (Meltzer, 1973, p. 286).

El término de interpretación “inspirada” es más atractivo que el de “rutinaria”, pero no hay contacto transformador en la clínica psicoanalítica

---

7 “...el ‘enamoramamiento’, el ‘odio’ y el ‘temor reverente’, cada uno con su contrapartida negativa, ‘anti-enamoramamiento’, ‘anti-odio’ y ‘anti-amor reverente’ (Meltzer, 1986, p. 213).

sin la inspiración regular de los objetos internos orientando en las turbulencias. Esos objetos se expresan mejor soñando y ensoñando. Algunos como Freud, Bion y Meltzer han aprendido a escucharlos y descifrarlos.

## Bibliografía

- Bion, Parthenope (1996). Nota 173 en Bion, W. R. *Cogitations. Pensieri*, Roma, Armando ed., 1996.
- Bion, W. R. (1970). *Atención e Interpretación*, Buenos Aires, Hormé, 1974.
- Bion, 1997: *Taming wild thoughts*, London, Karnac.
- Bion, W. R. (2005). *The Tavistok Seminars*, London, Karnac.
- Fairbairn, W. R. (1966). *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*, Buenos Aires, Hormé.
- Fraigne de Gallo, Gallo y Mantykow de Sola (2004). Encuadre, actitud analítica y contratransferencia, *Psicoanálisis APdeBA*, Vol. XXVI, n. 1, 2004, 85-99.
- Freeden, I. (2018). "An awakening", *Counterdreamers. Analysts Reading themselves*, Ed. by M. Harris W. and M. Botbol A., London, Karnac, 1-6.
- Hahn, A. (2014). Comunicación Personal.
- Hahn, A. (2022). Comunicación personal
- Klein, M. (1960). "Sobre la salud mental". *Obras completas*, VI, Buenos Aires, Hormé, 1976.
- Meltzer, D. (1967). *El Proceso Psicoanalítico*, Buenos Aires, Hormé, 1976.
- Meltzer (1973). "Interpretación de rutina e inspirada", en *Sinceridad y otros ensayos*, Buenos Aires, Spatia ed.
- Meltzer, D. et al. (1986). *Metapsicología ampliada*, Buenos Aires, Spatia ed.
- Meltzer, D. (2000). "A review of my writings", *Exploring the work of Donald Meltzer. A Festschrift*, ed. by Cohen & Hahn, London, Karnac, 1-11.
- Money-Kyrle, R (1971). "Los objetivos del psicoanálisis", *Rev. de Psicoanálisis*, APA, T. XXX, n. 1, 263-271.
- Pistiner, L. (2021). "Transformaciones oníricas - Transformaciones cosméticas. Identificación proyectiva - fusión adhesiva", FEPAL.
- Tabbia, C. (2013). "La caja de herramientas del psicoanalista. Un aprendiz en los Talleres de Bion y de Meltzer", *Psicoanálisis APdeBA*, Vol. XXXV, n. 2, 2013, pp. 331-372.
- Tabbia, C. (2018). La receptividad del analista: la contratransferencia y la rêverie, en *El trabajo del analista. Diálogos sobre técnica psicoanalítica*, GRADIVA Associació d'Estudis Psicoanalítics, Barcelona, Xoroi edicions, 2018, 269-281.

# Sandor Ferenczi, entre el cuento y el sueño

Maridel Cantelli, Mabel Cambero, Nicolás Cardona,  
Beatriz Celorrio, Oscar Alfredo Elvira, Alba Gasparino,  
Agustín Genovés, Gabriela Goldzen, Rogelio Ruiz,  
Marcos Tabacznik, Pablo Valle Daubenberg

“Todo lo esencial está conservado; incluso las cosas que parecen completamente olvidadas están presentes de alguna manera y en alguna parte han quedado meramente enterradas y hechas inaccesibles al sujeto.”

S. Freud (1938)<sup>1</sup>

## Introducción

Este es un trabajo de investigación de nuestro Grupo Sandor Ferenczi APdeBA-SAP. Comenzamos el mismo con un cuento elegido por Alicia Casullo: “La maldición”, de Elías Canetti (1988, pp. 46-48, A. Casullo; M. Tabacznik. 2013, pp. 223-247), trabajo que fue presentado en el Congreso API en Praga y, como una manera de reconocimiento a su trayectoria, en esta su casa.

“Laurica y yo volvimos a tolerarnos lo suficiente como para poder jugar a veces a darnos caza. Una vez, corríamos de un lado a otro, muy cerca de las calderas llenas de agua hirviendo y cuando Laurica me atrapó al lado mismo de una de ellas, me dio un empujón y caí en el agua caliente. Me escaldé todo el cuerpo menos la cabeza. La tía Sofía, que había escuchado mi aullido espantoso, me sacó fuera y me arrancó la ropa, y toda la piel con ella, se temió por mi vida [...]

---

1 “Esquemas del psicoanálisis” (1937), T. XXIII, p.133, Buenos Aires: Amorrortu Editores, octubre de 1980.

Mi padre estaba en Inglaterra por aquel entonces y esto era para peor. Estaba convencido de que me moría, le llamaba a voces y sentía que no volvería a verlo, lo cual para mí era un dolor mayor que el físico, [...] todavía siento la desesperada nostalgia de mi padre. Pensaba que él nada sabía de lo que me había ocurrido y cuando me aseguraban lo contrario gritaba: “¿Por qué no viene? ¿Por qué no viene? ¡Quiero verle” [...] Todos los que cuidaban de mí me eran indiferentes, [...] no tengo presentes sus desvelos, debieron de haberme prestado muchas atenciones, pero yo no me daba cuenta, solo tenía un pensamiento que era más que un pensamiento, era la herida en que todo se diluía: mi padre. Después escuché su voz, se acercó por detrás, yo estaba tumbado boca abajo, pronunció mi nombre en voz baja, dio la vuelta a la cama, le miré, puso suavemente su mano sobre mi cabeza, allí estaba él y yo ya no sentía ningún dolor. Todo lo que ocurrió a partir de ese momento me lo han contado. [...] [...] cuán maravillosamente descrito el dolor del cuerpo, de la presencia de la muerte y de la ausencia del padre.”

Nos interrogamos: ¿es solo un cuento o también un sueño?

## **Dimensión del cuento**

Asistimos como testigos a este emotivo relato, que nos transmite la atmósfera familiar. Dolor. Soledad. Ausencia. Discontinuidad en la existencia que produjo el accidente. Detenimiento del tiempo y terror congelado, se conjugan en dicha situación traumática junto a la insuficiencia del ambiente para brindar amparo y seguridad. Pensemos a ese niño traumatizado, en quien la responsabilidad emocional de su entorno no fue suficiente como vínculo para producir alivio y contención. Ese es un entramado que lo conduce a la desesperanza y a la falta de deseo de vivir, si fracasaran sus llamados.

Es a priori una historia sesgada por la separación y el reencuentro, que deja al descubierto en las situaciones postraumáticas la vital importancia de la presencia de un otro significativo como cuidador, con el cual podría establecer un vínculo reparador. Personaje ausente con quien el protagonista del cuento se halla fuertemente vinculado. El último, ha instalado un objeto interno que le sirve de referencia para aprehender al objeto externo. Tiene la facultad de ser sujeto y objeto para él mismo. Sandor Ferenczi dice:

“He llamado introyección a esta unión entre objetos amados y nosotros, a esta fusión (inclusión) de tales objetos con nuestro yo, y estimo –lo repito– que el mecanismo dinámico de todo amor objetal y de transferencia sobre el objeto es una extensión (un ensanchamiento) del yo, una introyección.” (S. Ferenczi, 1912).

El padre, causa de los afectos y su mediación, es el único capaz de apartarlo de las garras de la muerte.

Dejándonos llevar por el derrotero del cuento, quizás conduzca por otro camino que podemos llamarlo: el cuerpo, su sufrimiento, los afectos y la presencia de la muerte.

Se trataría de un niño que es empujado, al jugar con una niña, dentro de una caldera hirviendo. Ante sus gritos desgarradores, acude su tía quien lo retira de ese magma ardiente: “mi tía Sofía que había escuchado mi aullido espantoso, me sacó fuera y me arrancó la ropa y toda la piel con ella...”

El padre estaba ausente por un viaje a Inglaterra. El niño no hacía más que llamarlo: “le llamaba a voces y sentía que no volvería a verlo, lo cual para mí era un dolor mayor que el físico...” (ya transcrito de la p. 1).

## **La dimensión del sueño**

Ferenczi, en diálogo fecundo con Freud, nos legó el concepto de función traumatolítica del sueño. A partir de los desarrollos freudianos sobre el sueño, acordaba que ellos cumplían una función de realización de deseos, los cuales no habían sido cumplidos durante el estado de vigilia, pero agregó –y aquí reside su gran aporte–, que otra de las funciones del soñar era la resolución de traumas muy profundos, los que no tenían acceso a la conciencia del soñante. Definió a esta función, como “el retorno de impresiones sensibles traumáticas, no resueltas, que aspiran a la resolución (función traumatolítica del sueño)” (S. Ferenczi, 1931, p. 158). Concepto que el fundador del psicoanálisis y gran parte de sus seguidores no habían tenido en cuenta hasta el momento.

Consideremos la diferenciación que hace Ferenczi de Freud respecto a la función del sueño, ligado al trauma ocupa un lugar príncipes, un lugar productivo. Tengamos en cuenta el lugar que ocupa en el analista húngaro la repetición, además de sus ideas como la subjetivación (y los efectos del

trauma), la disociación psíquica, la autotomía, la intropresión, la identificación con el agresor, más que lo edípico y las cuestiones de la represión de la sexualidad. Para Ferenczi se trata de un trauma real, que no puede ser ligado, es escindido. Ahí habría que buscar la repetición, de lo que solo tiene una marca corporal en la fase preedípica.

En Freud, soñar es la realización de un deseo reprimido, en cambio Ferenczi dirá que el sueño tiene una función aun más primaria, donde los restos diurnos son protagonistas, son síntomas de repetición de traumas. (S. Ferenczi, 1934).

## Reflexiones sobre el trauma

Agregaríamos aquí lo que señala José Jiménez Avelló (2013, pp. 155-168), en su bello trabajo *Alba duerme para ella, Alba sueña para mí*. Volviendo a remarcar lo anterior, piensa Freud que el peso mayor recae en el “interés sexual”, mientras que para Ferenczi sería “el deseo inconsciente de retornar al estado paradisiaco”, tema que retoma Freud (1938). Y expresa: “Uno puede decir con derecho que, al nacer, se ha engendrado una pulsión de regresar a la vida intrauterina abandonada, una pulsión de dormir” (S. Freud, 1938, p. 164).

Jo Gondar, en su artículo “Ferenczi y el sueño” expresó:

“Ferenczi llama impresiones sensibles a aquello que Freud había, en la Carta 52 (Freud 1987), llamado signos de percepción – sensaciones dolorosas, agitación, ritmos, marcas corporales, vivencias de sufrimiento corporal o psíquico: algo se imprimió, existe la impresión de alguna cosa, pero no la representación de algo” (J. Gondar. 2013, pp. 27-39).

En ese sentido, Ferenczi afirma que una de las finalidades del sueño es dar una solución a las impresiones sensibles traumáticas. Pero ¿cómo resolver esas impresiones? La respuesta es simple: repitiéndolas para dominarlas.

Ferenczi habla de un mejor dominio psíquico de los acontecimientos traumáticos. Es esa posibilidad de elaboración del trauma que denominará función traumatológica del sueño. En otros términos: el sueño no sería simplemente una actividad fantasiosa modelada de acuerdo con el principio de placer, sino que tendría un principio curativo. Su objetivo

es alcanzar un nuevo nivel psíquico, en el cual los traumas pueden ser elaborados. Los traumas no son concluidos, ya que su marca permanece en algún lugar. Sería función de un proceso analítico, la elaboración en la repetición.

## **Por los caminos de la teoría ferenciana**

Ferenczi nos invita a pensar y a profundizar los vínculos y, sobre todo, aquellos que hacen camino: los primarios. Por él, sabemos que la falla en el proceso de introyección impide el ensanchamiento del yo, al dificultar la inclusión de los objetos de amor. No hay un enriquecimiento libidinal progresivo, ni levantamiento de represiones.

La vida, cada tanto, tiene la costumbre de testear los fundamentos, las bases de nuestras relaciones objetales. Y en algunas de esas ocasiones, no escatima en recursos para llegar hasta la médula. Esta es la verdad más profunda que nos revela el cuento “La maldición” (1988). La narración nos permite pensar en lo traumático en dos tiempos. Uno se infiere, el otro está desgarradoramente manifiesto. El primero nos habla sobre las relaciones de objeto (en este caso padre/hijo), el segundo versa sobre una experiencia en lo real que nos remite a la falla en la investidura libidinal primaria. Las impresiones traumáticas de la primera infancia, en particular los sentimientos de desagrado que el niño experimenta cuando es arrancado del “calor del medio materno”, son sentimientos que más adelante tiene que revivir sin cesar, en virtud de la repetición, intento de elaboración.

Ferenczi nos propone reflexionar que la construcción del yo del niño se da a partir del yo del adulto. Es el que puede operar, bien como estructurante o desestructurante (trauma temprano). Dicha conformación variará según responda a las necesidades, deseos y demandas del niño. Las identificaciones preedípicas son correlativas a la construcción del narcisismo, momento al que le otorga mucha importancia, ya que si fracasan encontraremos dificultades en el establecimiento de la lógica del proceso secundario y del desarrollo de las introyecciones.

Ferenczi se dirige de manera permanente a ese diálogo interno, constituyente del proceso introyectivo, conformando la base identificatoria. Por ello en su trabajo “El desarrollo del sentido de la realidad y sus estadios” (1913), introduce la ontogenia de estos procesos y plantea las etapas que transita el niño hasta alcanzar ese necesario sentido de realidad.

Su teoría considera el trauma no solo desde el punto de vista del exceso de excitación interior sino, fundamentalmente, lo ubica en una perspectiva bipersonal. Siempre se trata de un abuso de un adulto sobre un niño cuyo desamparo original lo sitúa en un estado de absoluta indefensión. Esa acción del adulto es siempre un abuso, ya sea sexual, violencia física o moral (denominado como “el terrorismo del sufrimiento” en *Confusión de lenguas*, 1933). El efecto deriva en una escisión del psiquismo infantil a través de la renegación a fin de recrear omnipotentemente la situación pre traumática.

Frente a semejante suceso es fundamental la actitud del adulto significativo para evitar que la situación traumática se convierta en un trauma que afecte el desarrollo del psiquismo. El mismo puede operar como barrera de la excitación, apoyando al afectado a elaborar la situación, sin necesidad de recurrir a la mencionada escisión o también desestimar el hecho, tratarlo como no sucedido, obligando al niño a excluirlo del funcionar psíquico que no aparecerá nunca como recuerdo, sino a través de expresiones somáticas o síntomas (repetición).

Finalmente, en una relación de reciprocidad, los padres colaboran en la satisfacción de una fantasía de completud que ofrece al hijo, amenazado por la supervivencia, un lugar protegido, donde el cuidado y la libidinización, instauran un registro de confianza, de deseo y capacidad de vivir, que permite la disminución del desamparo: “Después escuché su voz [...] le miré, puso suavemente su mano sobre mi cabeza, allí estaba él y yo ya no sentía ningún dolor”. El interés de los padres en el hijo y la contención desde una profunda empatía posibilitan la restitución de la integridad narcisista.

En el relato anterior hay varios elementos importantes a evaluar a partir de los cuales ensayaremos una hipótesis, vinculándolo con la teoría del trauma. Uno de ellos es la ausencia de referencias a la madre, como si ella no hubiera existido. La única imagen protectora es la del añorado padre. Es importante marcar al respecto que la ausencia de este resultaba ser aún más dolorosa que la herida física, como si su presencia pudiera conjurar el dolor del despellegamiento.

Si a continuación reflexionamos sobre la falta de referencias a la figura materna y lo relacionamos con la caldera hirviendo, podríamos pensar que aquí existiría una referencia a un suceso traumático arcaico (¿el vientre materno?), que podría aludir a una separación traumática de ella. ¿En qué consistiría el trauma aquí? ¿El daño físico? Pero según la narración hay

una situación peor: ¡la ausencia del padre! Su presencia es capaz hasta de anular el dolor físico. Creemos que sí, esto sería el ejemplo del objeto que acude y acompaña.

¿Podemos decir algo más acerca de la caldera hirviendo en la que fue arrojado? ¿Es posible pensar que detrás de lo manifiesto se esconda la sombra de otro trauma más arcaico?

El trauma es la ausencia (más doloroso que lo físico) de una separación materna precoz con quien el niño estaría en contacto estrecho a través de la piel, ese sea quizás el trauma precoz que no pudo llegar a mentalizarse como recuerdo, no tuvo representación psíquica y debió ser somatizado.

Ferenczi (1913), había propuesto que el psiquismo humano comenzaba en la vida intrauterina, en un mundo acuoso. Lo denominó período de la *omnipotencia incondicional*, aquí al sujeto se le provee de todas sus necesidades. Al nacer, el bebé pasa al mundo aeróbico y todo se le presenta como en un caos iniciático. En el cuento de Elías Canetti, el bebé, que ha sufrido quemaduras profundas, por momentos es consciente que espera la llegada del padre y por momentos pierde las coordenadas de espacio y tiempo. Segundo período, Ferenczi lo denominó de *omnipotencia alucinatoria mágica*. El bebé vive en un estado mental caótico y de alucinaciones. Lo que más tarde denominará función traumatológica del sueño, posiblemente esté en parte ligado a este período y la función soñante; le permite elaborar el trauma temprano. En un tercer período, el bebé comenzará a dialogar con el medio ambiente por medio de *gestos mágicos*: él ya puede comunicar vía simbólica aquello que desea expresar.

El niño que se quemó con agua hirviendo es factible que se comunicara con su entorno por medio de este protolenguaje. Luego accederá al período de *pensamientos y palabras mágicas*, cuando el niño de nuestro cuento se encuentra con el padre, re-introyecta su tan anhelada y deseada figura, como lo fue en los albores de sus primeros meses de vida. El quinto período que nos provee el analista húngaro es de *la omnipotencia condicional*, aquí ya tiene conocimiento de la vulnerabilidad y sabe que algo le puede suceder. ¿Podría ser que, si a este estadio se lo introyectara, el niño no juegue en lugares peligrosos, como ocurre en el relato de Canetti?

El próximo estadio es el de *omnipotencia del erotismo*, en este tiempo el niño tramita los restos de su narcisismo, pero ahí logra un vínculo con los vestigios del objeto, por ello habrá de concluir en el séptimo período que es el de *la necesidad de hallar un objeto*. En la narración de Canetti, obser-

vamos que el niño tenía el introyecto de la figura paterna en su vínculo temprano y ahora, frente a la situación del accidente, retoma la búsqueda de aquel padre protector.

Es frente a la presencia de una experiencia vincular, su padre, que se desarrolla en un clima de intenso compromiso afectivo que permitirá que la experiencia dolorosa pueda ser integrada, produciendo sanación a su dolor. Experiencia que marca una radical diferencia con la escena familiar, donde pese a sus esfuerzos el acompañamiento de sus cuidadores no pudo brindar las condiciones necesarias para contener las emociones dolorosas y debilitantes que padecía el niño.

En el reencuentro se estableció una comunicación de auténtica confianza, una experiencia emocional compartida. Es la presencia del padre como acompañante con competencia transformativa, que permite vivir en compañía la vivencia interrumpida a causa del sufrimiento. El encuentro brinda un efecto reparador revitalizante. Dice Ferenczi: “El parecido entre la situación analítica y la situación infantil incita a la repetición, mientras que el contraste entre ellas favorece el recuerdo”. (S. Ferenczi. 1930).

La escena crea un clima de cálida presencia. El padre realiza un trabajo activo, al nombrarlo lo acoge otorgándole reconocimiento y continuidad de sí mismo. El gesto, como acto encarnado a nivel de acción y comunicación corporal, al acariciarlo permitirá sosiego. La intervención auténtica y profunda mutuamente compartida generó como dimensión creativa, algo nuevo que sorprende y alivia a ambos, al facilitar una buena y eficaz adaptación a las necesidades del niño. Recibe, frente a la vulnerabilidad y fragilidad, una ayuda adecuada y una protección efectiva. Nos recuerda la frase de Ferenczi donde transmite que el amor es tan esencial para el crecimiento saludable del niño como la comida.

## Bibliografía

- Canetti, Elías (1988). *La lengua absuelta*. Proyectos Editoriales, Buenos Aires, 1988.
- Casullo, Alicia; Tabacznik, Marcos (2013). La paradoja del sufrimiento. *Revista Psicoanálisis*, T. II, n. 35, APdeBA, Buenos Aires.
- Ferenczi, Sandor (1912). El concepto de introyección. O.C., T. I, Espasa Calpe, Madrid, 1981.
- (1913). El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios. O.C., T. II, Espasa Calpe, Madrid.

- (1930). Principio de relajación y neo catarsis. O.C., T. IV, Espasa Calpe, Madrid, 1984.
- (1931). Reflexiones sobre el traumatismo. O.C., T. IV, Espasa Calpe, Madrid, 1984.
- (1932). Confusión de lenguas entre los adultos y el niño. O.C., T. IV, Espasa Calpe, Madrid, 1984.
- Freud, Sigmund (1940-1938). “Esquema del psicoanálisis”, O.C., T. XXIII, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Gondar, Jo (2013). Ferenczi y el sueño. En *Cuadernos de Psicoanálisis*, Rio de Janeiro, 2013.
- Jiménez Avelló, José (2013). “Alba duerme para ella, Alba sueña para mí”. (“El potencial traumatológico de los sueños”). *Revista Psicoanálisis*, APdeBA, Volumen 35, n. I. Buenos Aires, 2013.

# La práctica psicoanalítica con niños y adolescentes en un tiempo inquietado<sup>1</sup>

Virginia Ungar

Voy a comenzar este artículo haciendo referencia al título que le he puesto. Busqué una palabra que describiera algo del clima emocional en que vivimos desde hace más de tres años.

Todos sabemos que las consultas han aumentado tanto en nuestros consultorios como en las instituciones públicas: ahora se usan expresiones como “tengo el consultorio ‘desbordado’” o por ejemplo un colega psiquiatra, quien dirige un servicio de Salud Mental en una clínica de la ciudad, a mi pedido de que vea a un adolescente en riesgo me respondió: “Virginia, sabés que tanto yo como alguien de mi servicio vería al adolescente, pero mi Servicio está estallado”.

Me llamó la atención la palabra que utilizó y pensé que algo del tiempo histórico que estamos viviendo se incorporó también al lenguaje: la explosión, en este caso.

Me pareció pertinente reflexionar sobre los tiempos en que estamos viviendo y cómo esto impacta en nosotros de manera personal y también en lo profesional.

Si bien desde el psicoanálisis los temas de la agresión, la hostilidad y la violencia y sus diferencias han sido estudiados, tenemos que continuar la discusión sobre estos temas y profundizar los diálogos con otras disciplinas, sobre todo en el campo de las Ciencias Sociales.

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en el Simposio de SAP del año 2023, “Violencias contemporáneas, miradas psicoanalíticas”.

Antes de referirme al clima emocional del mundo en que vivimos que se resumió de manera muy expresiva en la idea de “Mi servicio está explotado” voy a hacer una breve referencia a algunas de las ideas sobre violencia de Donald Meltzer que los que me conocen saben que es un autor postkleiniano que ha tenido una gran influencia en mí como analista, pero también como persona.

Él presenta sus ideas sobre la violencia en el marco de la noción de mundo interno kleiniano, en la acción y el efecto de la identificación proyectiva y en la generación de símbolos como proceso de pensamiento.

Básicamente, ofrece lo que él llama una visión espacial de la vida mental y así se diferencian en principio dos mundos: el mundo exterior y el mundo interno de la realidad psíquica, de una concreción contundente. Por acción de la identificación proyectiva, se puede habitar adentro de un objeto externo o uno interno, con consecuencias diferentes.

Según Meltzer (1973), cada individuo hace una ronda diaria en su órbita planetaria en una atmósfera relacionada con los límites de los objetos que pueden tender al rechazo si se intenta traspasar esos límites.

Aquí se encuentra el significado tan especial de privado o secreto: la entrada debe ser siempre por invitación. Pone varios ejemplos: golpeamos antes de ir al baño, podemos resistirnos a la intrusión apagando el teléfono, podemos curiosear en la biblioteca de un amigo, pero no vamos a revolver sus cajones.

Nos detenemos un momento para hacer referencia a tres conceptos que en su momento Benito López (1987) se encargó de diferenciar: la intimidad, la reserva y el secreto.

La *intimidad* está vinculada a la capacidad de retener el discurso privado hasta que sea pertinente que se haga público. Esta capacidad de contención, de postergación, es el fundamento del entendimiento entre las personas y en particular, sería la condición de que pudieran trabajarse en sesión los incesantes malentendidos.

La *reserva* o *discreción* correspondería a un tipo de ocultamiento basado en temores de que el discurso será malentendido, se apoya en la creencia de que decir lo que se piensa es un riesgo.

El *secreto* representa una infracción a la regla fundamental que se origina en el deseo omnipotente de controlar la mente del otro. La intimidad y la reserva constituyen niveles compatibles con el trabajo analítico. En

cambio, el secreto es visto como un obstáculo muy serio y corresponde a un manejo del tipo psicopático.

Seguimos con Meltzer (1990) ya que agrega algo crucial para esta presentación y es que la frontera entre privacidad y secreto es ambigua en los niños porque el respeto es una cuestión de criterio. Con los bebés el límite queda a cargo de la persona en función parental. Los orificios son sacrosantos en opinión de él porque les atribuimos la significación de portales de acceso al mundo interno.

En el mundo externo nos movemos por conformidad con las convenciones acerca de transgredir los límites de la privacidad de los individuos.

Y así plantea su definición de violencia que para él pasa a ser sinónimo de violación, violación de las fronteras de la privacidad. A Meltzer (1973) esta definición de violencia le parece mejor que la habitual definición descriptiva y cuantitativa. Incluye la violación física y mental, y también permitiría explorar las relaciones entre los individuos y entre los grupos y organizaciones.

Esto último me permite hacer un puente con el tema que propuse tratar hoy que es el del impacto del mundo en que vivimos en la clínica con los niños, y en particular en la pubertad y en la adolescencia.

Para comenzar, hoy ya no existe ninguna duda acerca del rol del **otro humano** en la constitución del sujeto; este proceso solo puede darse en la dinámica de una construcción intersubjetiva. La noción de *sujeto* (particularmente el sujeto del “solipsismo”) actualmente está en crisis y se debate en los intercambios con otras disciplinas.

Ahora sabemos que lo que conforma subjetividades no solo es sujeto de la razón como lo pensaba la filosofía clásica y moderna, y tampoco se trata solamente del sujeto del inconsciente como lo plantea el psicoanálisis, particularmente y con énfasis desde la perspectiva lacaniana. La concepción contemporánea de sujeto implica la interacción del individuo con su contexto y con su época.

Félix Guattari (1989) señaló que estos procesos tienen que ver siempre con situaciones históricas.

En los comienzos, los desarrollos psicoanalíticos se centraron en aquello que provenía del paciente. Más tarde, a partir de la contratransferencia, se hizo eje predominantemente en lo que pasa por la mente del analista. En lo que podría denominarse como un tercer tiempo, se puso el foco en lo que surge del campo analítico, siguiendo a los Baranger (1961).

Pienso que hoy estamos en un cuarto tiempo en el que no es posible pensar un psicoanálisis que además de incluir las tres posturas anteriores, no tome en cuenta el contexto y la época en la producción de subjetividades.

En este sentido, estábamos muy acostumbrados a pensar, tanto en la vida personal como en la profesional, en términos de continuidades, de desarrollos y de evolución, como si se tratara de “devenires naturales”. Pero desde los comienzos del 2020, la irrupción brusca del Covid-19 cruzó rápidamente las fronteras y se transformó en una pandemia.

Si a esto le agregamos la tragedia climática, la guerra en Europa y la situación política de amenaza del retorno de pasadas formas de gobernar tenemos la razón del título que le di a este artículo que contiene la expresión en un *tiempo inquietado*.

Estos eventos de los últimos años no solo empeoraron las enormes desigualdades ya existentes para acceder a los derechos básicos en términos de salud, educación, vivienda y trabajo, sino que la situación política aquí y en otros lugares del mundo también cubre de nubes negras el porvenir en relación a los derechos conseguidos y a las libertades.

Esta realidad que estamos viviendo reforzó la experiencia de la ruptura de las continuidades, me refiero a *lo disruptivo*, podríamos decir el primer elemento que hace al tiempo inquietado.

Esta ruptura incide en la *vivencia del tiempo* ligada a *Chronos*: en esta concepción existe un antes y un después y tiene como base un punto de origen, el de los comienzos.

Desde la pandemia en adelante se ha quebrado la noción de secuencias cronológicas. La discontinuidad que vivimos también afecta profundamente al ideal del progreso de la Modernidad, corta con la posibilidad tanto de hacer proyectos como de predecir algún futuro con cierta seguridad.

Otra manera de caracterizar al tiempo en que vivimos, es utilizando el término *distopía*. La pandemia nos ubicó de lleno en una realidad que solo podíamos imaginar a partir de la literatura o del cine de ciencia ficción, que no dejaban de traer una cuota de terror. Una de las sociedades distópicas más conocidas es la creada por el británico George Orwell en su novela *1984*.

La distopía es también un subgénero de la literatura de ciencia ficción que se ha convertido en un éxito entre los jóvenes. Se la considera como opuesto al término *utopía* que hace referencia a una sociedad soñada,

ideal, que suena perfecta pero que conlleva características que la hacen imposible de implementar. Una *utopía* es casi un sueño, algo que anhelamos pero que realmente no existe.

En estos tres últimos años hemos leído también con mucha frecuencia la cita de Hamlet en la que Shakespeare le hace decir: “*The time is out of joint*” (que se puede traducir como “el tiempo está desquiciado, *dislocado*, fracturado”). Esta cita ya había sido tomada antes por pensadores de la talla de Deleuze y Derrida.

Hoy vivimos una dolorosa realidad, a la pandemia se sumó la guerra en Ucrania con el trasfondo cada vez más amenazador de la tragedia climática. El hecho de ser espectadores aún a la distancia de estos horrores, nos convierte en testigos de la destructividad del humano puesta en acto.

El conflicto bélico sigue aún y se constituye en una prueba más de que todo cambia incesantemente y que los posibles proyectos están sujetos a las disrupciones.

El mundo está en vilo y ya se están produciendo los efectos tan temidos de una guerra: además de las muertes, aumentan los desplazamientos de miles de personas que huyen y buscan asilo en países cercanos o muy distantes de sus lugares de origen.

El desarraigo, la xenofobia y sus consecuencias en los procesos de subjetivación son más que evidentes. Los que trabajamos en psicoanálisis con niños y adolescentes tenemos que estar presentes y ofrecer todas las posibilidades de nuestra disciplina para intervenir en contextos que van más allá de nuestros consultorios e instituciones. Sin ir más lejos, la circunstancia que hemos vivido con la pandemia ha sido un obstáculo que detuvo al mundo y nos obligó a hacer cambios a cada paso. Trabajamos con los dispositivos que tenemos de manera *online*, enseñamos así y hemos organizado los encuentros científicos de esta manera. Hemos aprendido mucho.

Como hemos visto, las nociones de permanencia y de certeza (incluso siendo siempre relativas) se han vulnerado. Janine Puget, quien trabajó este tema desde hace muchos años hace la firme propuesta en su libro de 2015 de “elevar la incertidumbre a la categoría de principio regulador: es previsible que suceda lo imprevisible”. De esta manera “el Principio de Incertidumbre establece una diferencia entre la incertidumbre como término coloquial y su lugar en el cuerpo teórico”.

En la práctica psicoanalítica, este principio nos conecta con la fragilidad de nosotros mismos y de nuestros vínculos, con lo efímero e ilusorio de nuestras firmes creencias, así como la noción de propiedad sobre las cosas materiales. Basta mencionar un ejemplo de cambio radical en la continuidad del devenir entre generaciones. Con los cambios en la tecnología, los niños y los jóvenes se han convertido en cierto punto en nuestros maestros en ese campo. Y así entramos en algunas cuestiones más específicas de la práctica con niños y adolescentes en relación al tiempo inquietado.

En su momento y antes de las vacunas, la pandemia agregó una dolorosa realidad: los niños comprendieron más rápidamente que los adultos que ellos podían ser los vectores del contagio y así tomaron contacto de manera muy temprana con el hecho de que debían cuidar a los mayores con un trasfondo de miedo a resultar culpables de la muerte de ellos, algo que en una edad temprana resulta muy difícil de tolerar. Así vimos un aumento en las presentaciones clínicas en niños y adolescentes de cuadros de crisis de angustia, trastornos del sueño, de la alimentación, de fobias agudas y de negativa a salir de sus viviendas.

La práctica analítica ha tenido cambios en estos últimos años. Hoy no hay dudas de que el encuadre ha cambiado en varios aspectos y para esto solo basta mencionar el hecho de que hemos estado trabajando *online* en muchos casos y por tiempos relativamente largos, llevados a esto por los protocolos de cuidados durante la pandemia. Y sabemos que esta modalidad persiste y es un campo de debate en el psicoanálisis de API en este momento.

Al tener que trabajar en la virtualidad los adultos hemos tenido la paciencia de afrontar la revolución del conocimiento que implicó que ellos nos enseñen a nosotros acerca de uno de los mundos que habitan con sus juegos, intercambios y vida cotidiana: el de la realidad virtual o digital.

Los niños, los adolescentes y los adultos de hoy vivimos gran parte del tiempo habitando las redes sociales y mucho más en los últimos tres años. Hoy en día, el intercambio grupal no tiene por qué ser necesariamente en el patio de la escuela durante el recreo, ni en el club ni en ningún espacio geográfico concreto. El territorio del encuentro puede caber en los teléfonos celulares que cada vez tienen más elementos.

Los niños y jóvenes juegan allí, es muy interesante esta posibilidad de encuentro en geografías diferentes y distantes, lenguajes diversos, pero se reúnen y juegan de esa manera.

Cada nueva moda de personajes o historias que aparecen, enseguida tienen su versión en juegos virtuales, juguetes, series, páginas.

Por otra parte, no es una realidad y otra realidad, las diversas realidades conviven y no hay necesidad de optar por una u otra (multiverso).

Quisiera ahora dedicar un espacio al trabajo con púberes y adolescentes.

La situación de pandemia con las distintas políticas de aislamiento, la inestabilidad del mundo en que vivimos, el aumento de la violencia en sus diversas formas con su escenario de horror como lo es la guerra ha tenido un fuerte impacto en la transición de la infancia a la adolescencia.

Pienso que este momento de la vida, la pubertad, es crucial ya que se trata de la salida al mundo y en este punto es de extrema importancia el contexto en el que transcurre el proceso adolescente. La pubertad es un proceso de fuertes cambios en que cae la estructura rígida que se construyó en el “período de latencia”, poniendo diques a la sexualidad habilitando al niño a dedicarse a aprender, a ingresar en la cultura.

Aquí quiero traer una cita de Bion (1976) quien señala que *durante la latencia* lo que está latente es cierta *turbulencia emocional*. Luego dice así: “Cuando el muchacho amable, tranquilo y cooperador, se vuelve ruidoso, rebelde y problemático, el trastorno emocional rápidamente deja de estar restringido por los límites fisiológicos de lo que llamamos John, Jack, Jill o Jane al marco corporal de cada uno” (Bion, 1976).

Luego menciona algunos dibujos de Leonardo Da Vinci de “agua que se arremolina tumultuosamente, de cabello en desorden” y también cita *El paraíso perdido* de Milton y explica que lo hace para que los lectores puedan evocar imágenes similares de su propio patrimonio científico, artístico o religioso para recordar una época de la vida mental de una turbulencia emocional similar a aquella que tratan los psicoanalistas.

El autor dice con mucha convicción que quisiera que los psicoanalistas recuperaran aquellos períodos de tumulto mental que evoca lo más turbulento en ellos mismos. Esta descripción de Bion evoca aquello que sentimos y que, siguiéndolo a él, hemos aprendido de la experiencia sobre aquello que ocurre al estar en análisis con un adolescente.

En la práctica analítica la turbulencia adolescente sacude las estructuras infantiles de un/a analista, quienes lo van a experimentar de una manera muy intensa a nivel de su contratransferencia. Es muy difícil mantener la actitud analítica cuando el paciente está más volcado a la acción que a la

introspección. En apariencia está muy poco interesado en conocer aquello que ocurre en su mundo interno, pero también es cierto que, si se logra encontrar una motivación, no una razón o motivo, el análisis con un joven en la pubertad puede resultar en una experiencia fascinante.

Donald Meltzer (1993) ha hecho importantes aportes para la comprensión del trabajo con estos pacientes. Él piensa a la adolescencia como un estado mental que no depende para nada de la edad cronológica de la persona que tratamos.

Según este autor, en la pubertad se produce el derrumbe de la estructura latente, sostenida por un severo y obsesivo *splitting* del *self* y de los objetos. La latencia es considerada como una suerte de espera, tampoco es una etapa del desarrollo. Se trata de una constelación de defensas que le facilita al niño dejar de lado, de alguna manera, los intensos impulsos edípicos, salir al mundo afuera de la familia, socializarse y también aprender.

Esa salida al mundo externo lo lleva a evidenciar un aumento en la sed de conocimientos y del deseo de adquirir capacidades nuevas. Esto puede ser alentado por la presión de los padres para el éxito escolar creando situaciones muy conflictivas para el adolescente.

A esto no escapan tampoco las instituciones educativas que a su vez sufren la presión de una sociedad encaminada al camino del “éxito”, tema que es muy discutible en el mundo de hoy. Es difícil comprender de qué se trata ese tan mentado “éxito”.

Debemos tener siempre presente que la sociedad nos pone presión a los psicoanalistas para responder a las expectativas de encaminar a los jóvenes en la ruta hacia el éxito. Las escuelas ponen presión a los padres y ellos a nosotros.

Es muy importante para los analistas deshacerse de cualquier meta o aspiración para sus jóvenes pacientes que no sea el de ayudarlos a disminuir su sufrimiento o aliviar sus síntomas.

Lo que para mí es claro es que hay un hecho que puede tomarse como el eje de esta especie de tornado: un cuerpo sexuado irrumpe de pronto y le impone a la mente del púber un trabajo psíquico enorme, cuando aún no tiene suficientes elementos para procesar todos estos cambios.

Como ya mencionamos, en todo proceso de subjetivación, lo que sucede implica siempre a la relación con el contexto de cada época. El cuerpo sexuado de los púberes se determina en una relación con otro que le

otorga la condición de cuerpo sexuado. Cobra una gran importancia la mirada desde afuera, tanto de los padres como de sus pares.

Con la caída de la estructura latente reaparecen las confusiones propias de la etapa pre-edípica (bueno-malo, femenino-masculino, niño-adulto) y también, la de las zonas erógenas.

De esa manera reina gran confusión y el/la joven necesita de la continencia de su entorno para procesar esas emociones que impulsan a la acción.

Cuando le ofrecemos análisis a un adolescente, tenemos que entender que lo hacemos sabiendo que es un momento difícil para que el/la joven se interesen en mirar hacia su mundo interno. Otro factor de peso es que además nosotros, los analistas, somos justamente parte del mundo adulto al que confrontan permanentemente.

Por otra parte, en la cultura actual la adolescencia ha sido consagrada como un ideal de anhelo: los niños de hoy sueñan con convertirse en adolescentes lo antes posible, mientras que los mayores darían cualquier cosa por volver a ser adolescentes. Este fenómeno ha sido estudiado muy de cerca por los expertos en marketing que se enfocan en la adolescencia como su objetivo y herramienta suprema.

Este hecho nos da una idea de la fuerte presión socioeconómica que se ejerce sobre ellos para que prolonguen su adolescencia. Según las estadísticas, el porcentaje de jóvenes próximos a la treintena que siguen viviendo con sus padres no deja de crecer, y con ello vienen las características concomitantes de vestirse de forma similar a los adolescentes, ver programas de televisión dirigidos a los niños (como los dibujos animados), jugar a los videojuegos, coleccionar revistas de superhéroes e incluso decorar sus dormitorios con los muñecos o figuras de acción de cualquier serie de televisión que esté “de moda” en ese momento.

Para terminar y dar lugar al intercambio, les cuento que en lo personal estoy razonablemente convencida de que podemos ayudar a los niños y a los adolescentes a poner en juego su propia fuerza, su empuje y cuanto más pequeños son, esa increíble capacidad de observación con la que nacemos y que vamos perdiendo a cada paso como una especie de “peaje” que el ingreso a la cultura nos pide.

En esta actitud, la de utilizar nuestra experiencia sobre el funcionamiento mental en términos de pulsiones y sus vicisitudes, las nociones sobre la mentalidad grupal y una voz presente en los momentos en que los impulsos de violencia, xenofobia y destructividad predominan, creo

que radica la clave tanto de la permanencia como de la expansión del psicoanálisis.

Los fundamentos clínicos, técnicos y teóricos del psicoanálisis crecerán y se expandirán solo si prestamos atención y nos involucramos en los problemas del mundo que habitamos.

## Referencias bibliográficas

- Baranger, W. & Baranger, M. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4. Publicado también en: *Problemas del campo psicoanalítico* (1993). Buenos Aires: Kargieman.
- Bion, W. R. (1976). Emotional turbulence, en *Clinical Seminars*, Abingdon: Fleetwood Press, 1987.
- Guattari, F. (1989). *Cartografías esquizoanalíticas*. Buenos Aires: Manantial.
- López, B. et al. (1987). Niveles de privacidad y diálogo psicoanalítico. *Psicoanálisis*, 9(3), 77-96.
- Meltzer, D. (1973). *Estados sexuales de la mente*. Buenos Aires: Spatia, 2011.
- . (1990). *La aprehensión de la belleza*. Buenos Aires: Spatia.
- . (1993). El proceso psicoanalítico veinte años después. *Revista de Psicoanálisis*, Vol. 15, n. 1, 1993.
- Orwell, G. (1949). *1984*. Barcelona: Destino, 2003.
- Puget, J. (2015). *Subjetivación discontinua y psicoanálisis: incertidumbre y certezas*. Buenos Aires: Lugar.

# El malestar de la conexión espasmódica: ¿De la obediencia a la dependencia? <sup>1</sup>

Marianna Ferreira Jorge<sup>2</sup>

Paula Sibilía<sup>3</sup>

## Resumen

El uso “adictivo” de las tecnologías digitales de comunicación e información se examina, en este artículo, a la luz de la noción de “malestar” presentada por Sigmund Freud en 1930. Recurriendo a la perspectiva genealógica, se considera que las transformaciones históricas ocurridas en las últimas décadas afectaron fuertemente la configuración de las subjetividades y los modos de sufrir, distanciándose de la civilización moderna que motivó las reflexiones freudianas. Los sujetos contemporáneos ya no se reconocen más como aquellos ciudadanos disciplinados de la sociedad industrial, que en nombre del “bien común” aceptaban la sumisión a una autoridad internalizada, moral y le-

## Resumo

O uso “viciante” das tecnologias digitais de comunicação e informação é examinado, neste artigo, à luz da noção de “mal-estar” apresentada por Sigmund Freud em 1930. Recorrendo à perspectiva genealógica, considera-se que as transformações históricas ocorridas nas últimas décadas afetaram fortemente a configuração das subjetividades e os modos de sofrer, distanciando-se da civilização moderna que motivou as reflexões freudianas. Os sujeitos contemporâneos já não se reconhecem como aqueles cidadãos disciplinados da sociedade industrial, que em nome do “bem comum” aceitavam a submissão a uma autoridade internalizada, moral e legalmente consensuada, à qual era preciso obedecer

1 Versiones anteriores de este artículo fueron publicada en inglés, en el periódico *The Internacional Journal of Psychoanalysis*, con el título “The Online ‘Addiction’ as a Malaise of the 21st Century: From repression by the law to ‘free’ unlimited stimulation”, v. 100, n. 6, 2019, p. 1422-1438; y en portugués, con el título “O mal-estar da conexão espasmódica. Da obediência à dependência?”, en la revista *Comunicação & Sociedade*, v. 44, n. 3, 2022, p. 5-35.

2 Docente de la Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), RJ. Brasil. [marianna\\_ferreira@hotmail.com](mailto:marianna_ferreira@hotmail.com)

3 Docente de la Universidade Federal Fluminense (UFF), Niterói, RJ. Brasil. [paulasibilia@gmail.com](mailto:paulasibilia@gmail.com)

galmente consensuada, a la cual había que obedecer reprimiendo otros impulsos. Por eso, las inquietudes que suscita la creciente dependencia de la conexión a las redes informáticas, un acto individual y voluntario —aunque difícil de (auto)controlar—, constituye un caso ejemplar para estudiar estos importantes cambios históricos.

reprimindo outros impulsos. Por isso, as inquietações que suscita a crescente dependência da conexão às redes informáticas, um ato individual e voluntário —embora difícil de se (auto) controlar—, constitui um caso exemplar para estudar essas importantes mudanças.

**PALABRAS CLAVE:** SUBJETIVIDAD;  
INTERNET; VICIO; LÍMITES;  
GENEALOGÍA.

**PALAVRAS-CHAVE:** SUBJETIVIDADE;  
INTERNET; VÍCIO; LIMITES;  
GENEALOGIA.

## *Abstract*

*The “addictive” use of the communication and information digital technologies is examined in this article, under the lens of the concept of “malaise”, as theorized by Sigmund Freud in the 1930s. As we turn to a genealogical perspective to investigate this matter, it is considered that in the last couple of decades a great historical transformation has occurred, which affected the way subjectivity is configured and also the ways in which suffering is experienced, making evident its distance from the modern era that motivated the Freudian observations. The contemporary subjects no longer identify with the highly disciplined citizens of the industrial society, whom, in the name of the “common good”, accepted submission and an internalized, moralistic, and law-abiding authority that they felt the need to obey while repressing other impulses. therefore, the restlessness that provokes the growing dependency to connecting to digital networks, a voluntary act —although difficult to (self) control—, is an important element that is representative of these changes.*

**KEYWORDS:** SUBJECTIVITY; INTERNET; ADDICTION; LIMITS; GENEALOGY.

## *Introducción*

En su célebre ensayo de 1930, *El malestar en la cultura*, Sigmund Freud realizó una crítica contundente a la cultura occidental y a los desasosiegos que ha engendrado. El autor desarrolló sus argumentos sin dejar de señalar su carácter paradójico, ya que la sociedad moderna parecía ser la

más exitosa –al menos hasta entonces– en lograr los ideales de felicidad tan atávicamente perseguidos por la especie humana. Tras delinear ese dilema, Freud señaló la importancia de la “represión”, como un mecanismo crucial que vino aparejado a las necesidades del proceso civilizador. Hoy, sin embargo, ante el creciente relajamiento de esas ataduras, así como del aumento de ciertas formas de insatisfacción que parecen típicamente contemporáneas, cabe retomar aquel osado diagnóstico de casi un siglo atrás, para examinar hasta qué punto sigue siendo válido o en qué sentido el panorama cambió.

De hecho, la felicidad parece haberse convertido en una meta primordial actualmente: tanto un derecho como una especie de “deber” que, de no consumarse, sería un decisivo indicio de fracaso. No por casualidad se la propaga en toda suerte de discursos mediáticos: películas y canciones, anuncios publicitarios, campañas políticas; y, sobre todo, en las pantallas de los omnipresentes dispositivos móviles. A pesar de esa constatación, otra tendencia amenaza contradecirla. En una sociedad que defiende tan enfáticamente el derecho al bienestar y se posiciona, al menos en teoría, contra cualquier obstáculo capaz de dificultar esa meta, trastornos psíquicos como la depresión o el pánico se han vuelto más habituales y legítimos que nunca, mientras se propagan incontables testimonios sobre frustraciones, ansiedades y demás sufrimientos.

Este artículo se propone bucear en esa aparente paradoja, con el propósito de contribuir a pensar algunas transformaciones que se vienen generando en las últimas décadas. En principio, constatamos que muchas de las libertades y los derechos tan arduamente conquistados no vinieron solos, sino acompañados por formas inéditas de “sometimiento” y “desazón”. Por eso, partimos de la sospecha de que estamos frente a un nuevo tipo de malestar, para cuya elucidación prestaremos especial atención a dos factores: el hábito de conectarse a las redes informáticas y el contacto con los incesantes flujos del mercado. Esa problemática tan actual puede iluminarse en diálogo y contraste con las tesis freudianas, siguiendo también las pistas proporcionadas por otras voces.

Al intentar establecer un nuevo campo de saber con validez científica, que luego ejercería una enorme influencia en las sociedades occidentales, Freud recurrió a ciertas estrategias que pueden haber imbuido de un sesgo totalizador y universalista a sus teorías sobre el psiquismo humano. No obstante, consideramos que puede ser provechoso inscribir sus reflexio-

nes con respecto a la “civilización” en las dinámicas de su propio tiempo, puesto que contribuyeron a dar cuerpo a las angustias de los sujetos de aquella época. Sin duda, era el estatuto del hombre moderno y sus problemáticas existenciales lo que interesaba al autor, tanto para comprenderlas como para actuar sobre ellas, y fue sobre esa fértil aportación que nació el psicoanálisis. “Aquello que Freud denomina civilización corresponde en realidad al proceso de modernización de lo social que se realizó en Occidente desde entonces”, advirtió el psicoanalista brasileño Joel Birman, “de modo que la idea de malestar en la cultura debe ser interpretada como una crítica de la modernidad” (Birman, 2016, p. 41).

A lo largo de los años que siguieron a la publicación del texto freudiano –y, sobre todo, desde la década de 1960– muchos de los mecanismos que modelaban a las subjetividades modernas fueron perdiendo fuerza. En buena medida gracias a las conquistas obtenidas en las luchas sociopolíticas que se intensificaron en la segunda mitad del siglo XX, para cuyo éxito no fue menor la propia influencia del psicoanálisis. Algunos de esos “dispositivos de poder” (Foucault, 2008) que estuvieron muy activos en pleno auge de la sociedad industrial, terminaron siendo criticados de modo tan feroz que se agotaron, mientras otros se adaptaron a los nuevos tiempos o se transformaron radicalmente. Por ende, los modos de sufrir que eran característicos de aquellas formas de vida, confinadas entre las sólidas paredes de las instituciones disciplinarias bajo la rigurosa obediencia a las leyes, también se alteraron de manera concomitante.

Comenzaron así a proliferar ciertos sufrimientos inéditos, típicos de una cultura que enaltece y persigue el derecho al bienestar en vez de proponerlo en nombre de valores considerados superiores. Ahora se enaltecen valores como la autorrealización y la autoestima, la libre iniciativa individual y el espíritu emprendedor, más que la virtud de obedecer las normas impuestas por la sociedad o respetar la jerarquía de las autoridades. En lugar de despreciar las vanas apariencias y prestigiar la sabiduría de la experiencia acumulada, se apuesta a los efectos positivos de la imagen corporal con estilo juvenil y a la capacidad de renovarse en sintonía con los veloces vaivenes del mercado. Además, se destaca el uso de las tecnologías digitales de comunicación, que no solo permiten, sino que estimulan la conexión permanente con innumerables interlocutores, sacudiendo las antiguas barreras entre el espacio público y el ámbito privado.

Este amplio abanico de novedades históricas multiplicó las posibilidades existenciales de gran parte de la población mundial, aunque también acabó planteando problemas de nuevo cuño que desencadenan sufrimientos imprevistos. ¿De qué manera estos malestares actuales se asemejan o se distinguen de aquellos padecidos por los sujetos “enjaulados” en las armaduras burocráticas y opresoras de las instituciones modernas? El principal faro que guía las conciencias contemporáneas, ¿seguirá siendo esa tríada infame –el sentimiento de culpa, la represión de las pulsiones y la obediencia a las leyes– denunciada tanto por Freud como por otros importantes pensadores modernos, desde Nietzsche (2009) hasta Foucault (1987), o ya no más? En este artículo recurriremos a la perspectiva genealógica para avanzar rumbo a la hipótesis de que ese panorama ha cambiado significativamente: hoy son otros los factores más eficaces a la hora de modular las subjetividades, lo cual también afecta tanto los modos de sufrir como los de hacer frente a tales aflicciones.

Para abordar una problemática tan compleja en el limitado espacio de estas páginas, enfocaremos un campo específico –aunque crucial– en que se manifiesta ese nuevo tipo de malestar: el uso considerado excesivo de los dispositivos móviles de comunicación e información. Esos aparatos, con los cuales nos hemos vuelto tan rápidamente “compatibles” en el tránsito del siglo XX al XXI, son sintomáticos de un gran cambio histórico que comprende una serie de nuevas demandas, deseos, presiones y ambiciones, tanto en el plano individual como en el colectivo. Al generalizarse y “naturalizarse” su uso, esos artefactos contribuyen a impulsar cierto tipo de vínculos y formas de vida, subvirtiendo los antiguos modos de habitar el tiempo y el espacio, redefiniendo los placeres que se priorizan y difundiendo los malestares que intentaremos examinar.

## **La moral internalizada en el ciudadano moderno**

Los sujetos que protagonizaron el apogeo industrial solían entenderse a sí mismos como poseedores de una esencia oculta y abstracta, en la cual residía el núcleo auténtico de cada individuo. Es decir, su esencia peculiar y única, que constituía el *yo* verdadero y, por tanto, tenía una identidad relativamente fija y estable. Así, en aquella cultura moderna que tuvo su ápice en las sociedades europeas del siglo XIX y buena parte del XX, el *yo* de cada uno se iba definiendo con el cultivo de esa “vida interior” que

brotaba de las propias profundidades. Las zambullidas metafóricas en ese magma íntimo eran instigadas por el hábito de permanecer en silencio y soledad, muchas veces en compañía de un libro, ejerciendo un tácito – aunque muy locuaz– monólogo introspectivo.

Así, la interioridad individual de los sujetos modernos se fue gestando como un espacio misterioso, sumamente rico y a veces sombrío, del cual emanaban no sólo deseos pulsantes sino también toda suerte de pensamientos, fantasías, emociones, conflictos y perturbaciones. Esas vivencias se interpretaban como manifestaciones enigmáticas provenientes de la experiencia singular –vivida o imaginada– de cada individuo a lo largo de toda su existencia, acontecidas tanto en aquel frondoso plano que se consideraba exclusivamente “interior” como en contacto con el mundo “externo”. Todo eso integraba la esencia más verdadera de cada sujeto, aquello que cada uno *era* realmente, y servía de objeto a una ciencia en ascenso: la psicología. Por tal motivo, algunos autores se refieren a ese tipo de sujeto como *homo psychologicus*: alguien que “aprendió a organizar su experiencia alrededor de un eje situado en el centro de su vida interior”, según lo expresa el psicoanalista Benilton Bezerra (Bezerra, 2002, p. 231).

Para que fructificasen esos modos de vida, se establecieron fronteras muy bien definidas entre el ámbito público y la esfera privada, un aspecto crucial de la vida organizada en conformidad con el *ethos* burgués. Las sólidas paredes de la casa que hospedaba a la familia nuclear y la privacidad del “cuarto propio” (Woolf, 2008), a su vez, fueron primordiales para la configuración de esa subjetividad moderna. Así como la devoción moderna por los artefactos analógicos que posibilitaban la lectura y la escritura plasmada en papeles, tales como las novelas, los folletines, las cartas y los diarios íntimos. En contraposición al protocolo hostil de la vida pública, en esas sociedades en veloz proceso de urbanización, el hogar se fue convirtiendo en el territorio de la autenticidad: un refugio donde el *yo* se sentía resguardado, un abrigo donde era permitido ser “sí mismo” (Sibilia, 2008). En ese escenario doméstico se desarrollaba la intimidad, apoyada en un conjunto de rituales y objetos que eran intensamente usados para convertirse en alguien. “Sin esa zona, la vida en la sociedad moderna sería invivible”, concluyó el filósofo canadiense Charles Taylor (Taylor, 2010, p. 72).

Los densos diálogos epistolares que se tejían en aquel entonces, acompañando ese repliegue en la vida íntima y el codiciado alejamiento de los demás entre cuatro paredes, eran también medios para tratar de protegerse

de los conflictos causados por las relaciones humanas, en un contexto en el que reinaba la severa “moral burguesa” y, por tanto, su intrínseca “hipocresía”. Elegir para sí mismo una existencia refugiada en sus propias profundidades, sin embargo, también implicaba renunciar a la tentación de obtener placeres irrestrictos en favor de la prudencia, evitando así los temibles sinsabores mundanos. “La felicidad que se puede lograr por esa vía es la de la quietud”, alertó Freud (2010, p. 32). Esa parece haber sido la artimaña más cómoda a disposición de los sujetos modernos: el amparo en la intimidad y la interioridad, a salvo de los peligros del mundo “exterior”.

En esa cultura irradiada por las metrópolis europeas de los siglos XIX y XX, uno de los valores más apreciados era el “carácter” que insuflaba la interioridad de cada uno, con ingredientes como el honor, la lealtad, el compromiso mutuo, la austeridad, los deberes cívicos, la rectitud moral y la constricción sexual. Esos preceptos operaban en áspera armonía bajo la tutela de una instancia superior, importantísimo pilar de la esfera pública: el respeto. Según uno de los grandes defensores de ese universo, el filósofo alemán Immanuel Kant, el respeto constituye el principio de la ley moral, fruto de la buena voluntad de actuar racionalmente, o sea, desvinculado de cualquier interés o fin sensible. Se trata, por tanto, de la responsabilidad de actuar conforme a la ley o, más exactamente, con reverente *respeto* por ella, siguiendo los imperativos morales que dictaban el ritmo y la solidez de la sociedad industrial: el deber y la disciplina.

De modo que había que considerar el largo plazo, para que las experiencias emocionales pudieran ser elaboradas y alineadas con el conjunto de virtudes públicas que conformaban la moral de los ciudadanos. Así, los sujetos modernos ordenaban sus conductas dominando sus deseos: al establecer metas claras –y bastante implacables– que debían ser obedecidas por todos y exigían la renuncia a ciertas satisfacciones inmediatas, al crear vínculos sociales orientados a la permanencia y al realizar un prístino trabajo cotidiano sobre sí mismos. Tanto esa tenaz persistencia como la fe en el progreso eran necesarias para producir un ciudadano correcto, es decir, un buen trabajador y un individuo útil a los designios del proyecto de mundo vigente en aquellos tiempos, según observó el sociólogo estadounidense Richard Sennett en su libro *La corrosión del carácter* (2000).

Esas concepciones morales se sostenían en cierta “ética protestante”, una adaptación con acento “burgués” de las creencias y los valores pautados

dos en preceptos cristianos que se propagó por las sociedades occidentales tras la reforma eclesiástica desencadenada en el siglo XVI, dando a luz lo que Max Weber bautizaría “espíritu del capitalismo” en su célebre obra de 1920. “Los poderes religiosos que se hacían valer en esa *praxis* fueron forjadores decisivos del carácter de un pueblo”, señaló el sociólogo alemán en su radiografía canónica del alma burguesa (Weber, 2002, p. 141). El “ascetismo” puritano, al transferirse del monasterio medieval hacia la vida profesional instaurada en las sociedades democráticas, penetró en la moralidad intramundana y contribuyó a propagar el deber y la disciplina como principios centrales de la era industrial, ejerciendo presiones inéditas sobre los sujetos que la habitaban. Entre sus virtudes más enaltecidas se destacaban la valorización del trabajo y la gestión utilitaria del tiempo terrenal, además de una actividad que hubo que bendecir con otras ceremonias para diferenciarla del pecado de avaricia: la búsqueda de ganancias. Ese impulso fundamental para los nuevos modos de vida fue gradualmente permitido y legitimado hasta quedar casi santificado en el podio de la flamante moralidad moderna.

Esas formas tan peculiares de constituirse como sujetos actuaban en sintonía con un conjunto de objetivos igualmente ungidos rumbo a la creciente modernización del mundo, algo que fue analizado de modo exhaustivo por Michel Foucault en su libro *Vigilar y castigar*, de 1975. El filósofo caracterizó a ese período histórico como una “era disciplinaria”, en alusión, precisamente, a un proyecto sociopolítico y económico orientado a alimentar la producción fabril y forjar ciudadanos capaces de dar la vida por sus respectivas patrias. Para eso fue necesario efectuar un trabajo minucioso sobre cada cuerpo individual y, también, sobre el conjunto de las poblaciones nacionales. Una tarea gigantesca, orquestada por políticas coercitivas y consensuales, que se inscribían tanto en los grandes aparatos de los Estados como en las diversas instituciones y en los pequeños gestos o rituales cotidianos.

Por medio de ese tipo de tácticas y estrategias, los sujetos modernos fueron llevados a interiorizar la disciplina que se les exigía, promoviendo un obstinado autogobierno sobre sus actos. Eso los instaba a renunciar a ciertos placeres y a soportar el sufrimiento resultante de tal abdicación, en pro de valores considerados superiores como el bien común, la familia, la democracia, la patria o el trabajo. La orientación de las conductas individuales, a su vez, quedaba a cargo de las instituciones que articulaban

a la sociedad, especialmente la familia, la escuela y las diversas ramas de la medicina, por medio de dispositivos de vigilancia centralizadores como las técnicas de la confesión, el examen y la observación (Foucault, 1987). Así se irradiaba una serie de sanciones y gratificaciones normalizadoras, apoyadas en el peso de la ley y en el prestigio de la moral vigente, dos fuerzas sintonizadas con el consenso general para moldear cuerpos y subjetividades según las directrices del proyecto político en vigor. En consonancia con esa propuesta de vida, los comportamientos juzgados inadecuados o indecentes eran severamente amonestados en razón de su inmoralidad, o bien penalizados jurídicamente al constatarse su ilegalidad.

Mediante esos procedimientos de castigo, vigilancia y coacción moral, se engendró en el “interior” de cada sujeto una tecnología muy eficaz de poder sobre los cuerpos: el alma moderna. Esa versión laica del espíritu cristiano habitaba al individuo moderno y le daba identidad, constituyendo tanto un efecto como un instrumento de ese proyecto sociopolítico, con la función de interiorizar las reglas morales, identificarse con ellas y, en consecuencia, guiar las acciones y los comportamientos de cada ciudadano. Según esta perspectiva, por tanto, el alma sería un componente crucial de los mecanismos de poder instaurados en la sociedad industrial, cuyo eficaz ejercicio servía de soporte para un sometimiento –tan profundo como consentido– a los propósitos de aquel régimen. “El alma, prisión del cuerpo”, sintetizó Foucault (1987, p. 32) al desentrañar los complejos engranajes de ese dispositivo en plena era secular.

De modo que el verdugo más cruel de esa maquinaria no era el Estado ni el padre de familia, tampoco las múltiples figuras de autoridad que comandaban las diferentes instituciones disciplinarias, como los directores, los comandantes o los patrones. Ese papel quedaba a cargo de cada ciudadano, o, más precisamente, del alma de cada sujeto en esa sociedad ambiguamente materialista. O bien, recurriendo a un concepto primordial para el psicoanálisis, ese rol lo asumía el “superyó” de cada uno (Freud, 2010). Se trata de una instancia tiránica, que habita las entrañas misteriosas del individuo “civilizado” en forma de “conciencia moral”. Una de las principales funciones de esa entidad consiste en ejercer una rígida vigilancia sobre las acciones y las intenciones del *yo*, para juzgarlas y censurarlas con la intención de canalizar los comportamientos en el sentido adecuado. He ahí, por tanto, la fuente vital del malestar moderno.

Siempre interpretando la teoría psicoanalítica en esta clave genealógica y desde la perspectiva contemporánea, la conciencia moral sería una extensión –y una interiorización– de la autoridad externa en su carácter más “sádico”. En este sentido, por ejemplo, no habría diferencia entre hacer el mal o haber tenido la intención de hacerlo, pues “ante el superyó nada se puede esconder, ni siquiera los pensamientos”, según alertara el mismo Freud (2010, p. 95). En términos prácticos, ese ensamblaje moral funcionaba así: los individuos modernos se identificaban con los códigos culturales en boga, creían que eran parte de sus principios y, por eso, se angustiaban con sus propios deseos cuando éstos se desviaban de dichas normas. En consecuencia de esa evaluación, se sentían culpables por no ser como deberían, temiendo el castigo de caer en alguna de las terribles categorías de anormalidad (Vaz, 2016), cristalizadas por las clasificaciones culturalmente instituidas de correcto o incorrecto, normal o patológico.

En esa cultura que entronizó al sentimiento de culpa como su principal mecanismo de control individual y colectivo, el sufrimiento era descifrado como una punición con buenas dosis de legitimidad, ya que solía derivar de alguna inmoralidad cometida por el individuo culpable. Algo comparable a un pecado, pero en su versión convenientemente laica y secularizada, con el lugar de la divinidad omnipresente desplazado hacia el núcleo moral de cada uno. Sin dejar de considerar las muchas críticas y transgresiones que sin duda ocurrieron, esa compleja maquinaria de domesticación de los cuerpos y las almas modernas funcionó con bastante éxito –y de modo consensual– durante los últimos siglos. En el transcurso de su vigencia, se fue apoyando en diversas herramientas inventadas para servir a la producción de aquellas subjetividades “civilizadas” y a ese proyecto de mundo implementado a escala planetaria.

Ahora, sin embargo, mientras avanza la tercera década del siglo XXI y en pleno proceso de globalización postindustrial, parece innegable que esa parafernalia ya no detenta toda la eficacia que ostentaba algunas décadas atrás. Las rebeliones detonadas en los años 1960 y 70 provocaron fuertes reordenamientos de la moralidad vigente y sus respectivos mecanismos de poder, que a partir de entonces entraron en crisis. En aquel momento histórico, los jóvenes se movilizaron en varios países de Europa y de América para protestar contra un “sistema” considerado opresor y autoritario, sobre todo porque tendía a la normalización de los comportamientos y a la represión de los deseos individuales. Las protestas se extendieron, ade-

más, “en contra de lo instrumental y a favor de vidas dedicadas a cosas con valor intrínseco; contra el privilegio y por la igualdad; contra la represión del cuerpo por la razón y a favor de la plenitud de la sensualidad”, según la descripción de Charles Taylor (Taylor, 2010, p. 558).

Después de atravesar esas metamorfosis que llegaron al corazón mismo del proyecto moderno, se redefinieron tanto las satisfacciones como las sanciones corporales consideradas válidas en las civilizaciones occidentales. El dócil soterramiento de las pulsiones ilícitas fue perdiendo sentido, así como la fabricación cotidiana de culpas envueltas en añejos pudores. Cambiaron las reglas del juego, diversos corsés ardieron en plazas públicas, cayeron varias rejas y se decretó la ilegitimidad de cualquier prohibición. El propio Foucault (2008) constató, en una entrevista de 1975, que como resultado de esos golpes recibidos por el régimen disciplinario, el poder dejó de actuar prioritariamente bajo la forma de un “control-represión” –como sucedía en los meticulosos regímenes disciplinarios– para dar lugar a un astuto “control-estimulación”, que desde entonces no dejó de intensificarse exponencialmente hasta la actualidad.

Las redes de poder empezaron a tratar a los cuerpos y las subjetividades desplegando estrategias menos rígidas o nítidamente violentas, optando por tácticas más sutiles y “tenues”, aunque cada vez más sagaces y difíciles de esquivar o incluso de identificar. Además, se desarrolló un equipamiento informático sumamente sofisticado, ubicuo y seductor, que de a poco terminó abarcando todo el tejido social con sus mallas fluctuantes, sin dejar prácticamente nada fuera “de control”. Ese cambio histórico fue detectado y explicado por el filósofo francés Gilles Deleuze en su texto de 1990, llamado justamente “Posdata a las sociedades de control” (Deleuze, 2014).

Sin embargo, tras haberse flexibilizado la obediencia tácita a las normas y las jerarquías, así como el respeto y el temor a la autoridad internalizada en la médula de la propia subjetividad, no todos los motivos de sufrimiento se han visto desactivados. Ahora afloran frustraciones imprevistas, que no surgen de la anticuada necesidad de reprimirse ni de la insidiosa internalización de la culpa. En una sociedad que abandonó las rudas tácticas disciplinarias, enmarcadas en los pacatos tabúes de la ética protestante y en la famosa hipocresía acoplada a la moral burguesa, el malestar se propaga asumiendo formas desafiantes. Esos sufrimientos ya no surgen de los viejos límites asociados a la ley que tutelaba a los ciudadanos modernos

y les exigía el cumplimiento de pesados deberes; las insatisfacciones que hoy más proliferan son otras y provienen de nuevos conflictos. De modo perturbador, esos malestares suelen derivar de algo que se asume como una conquista con respecto al ideal normalizador y opresor de la sociedad moderna: las posibilidades virtualmente infinitas que se ofrecen a los consumidores contemporáneos.

## **La capitalización del deseo y los estímulos constantes**

Tras las agudas críticas y los múltiples virajes ocurridos durante las décadas de 1960 y 70, el capitalismo fue puesto contra la pared y tuvo que reinventarse. La respuesta no demoró: con su sed de dominación continua y sus tentativas de inclusión sin precedentes, el neoliberalismo –que pronto terminó emergiendo– logró capturar los impulsos deseantes de esos sujetos rebeldes, gracias a los seductores tentáculos del consumismo y las reverberaciones de la “sociedad del espectáculo” que todavía siguen fructificando (Debord, 1995). El tablero se complicó enormemente, puesto que esas fuerzas “deseantes” habían sido alabadas, poco tiempo antes –por autores como Deleuze y Guattari (2010), por ejemplo– en su calidad de armas liberadoras para luchar contra los dispositivos coercitivos de la sociedad moderna.

De hecho, hasta ya avanzados los años 1970, el deseo se consideraba una fuerza asfixiada que –en el mejor de los casos– se proyectaba hacia afuera de los ámbitos represivos por los intersticios que “el sistema” dejaba entreabiertos. De esa forma, en circunstancias que no eran las más usuales, ese impulso vital podía llegar a desatar ciertas potencias diferenciadas de la lógica del capital en su era industrial, aun cuando posteriormente pudiesen resultar en arrepentimientos asociados a la culpa. Pero esa dinámica cambió significativamente tras las sacudidas de fines del siglo XX: la racionalidad instrumental –ligada a la tecnociencia y al mercado– atravesó todos los cuerpos y las subjetividades, aunque sus formatos actuales aparentan ser menos rígidos al haberse alejado del ideal normalizador que la orientara en su apogeo disciplinario. Así, renovada, la lógica propia del capital terminó acaparando de modos inéditos tanto los comportamientos como las expectativas y las motivaciones individuales.

El régimen de poder que se fue configurando en las últimas décadas, por tanto, no sólo devoró esos deseos supuestamente liberados, sino que

también se ocupó tanto de provocar como de absorber una creciente profusión de gestos de resistencia e invenciones innovadoras. Puso a todos esos aspectos de la existencia a rendir dividendos y obtener beneficios, estimulando cualidades que antes se consideraban sospechosas o arriesgadas, como la creatividad, la autonomía, la originalidad, la autenticidad y también la orgullosa “anormalidad”, que fueron transformándose en curiosos “deberes”, a veces tiránicos, al servicio de los mercados más variados. “Fuera de la empresa económica, fuera del trabajo productivo, fuera de los negocios, parece no haber ningún otro deseo, ninguna vitalidad”, sintetizó Franco Berardi (2005, p. 35) a principios del siglo XXI. Así, el “espíritu empresarial” penetró en todas las instituciones, incluso en el sustrato molecular de las subjetividades, capitalizando las energías vitales de modos cada vez más generalizados y naturalizados.

El deber y la obediencia, en cambio, aquellos cimientos que supieron organizar a las sociedades modernas con gran eficiencia hasta mediados de siglo XX, basándose en el respeto a la ley y en los preceptos del poder disciplinario, fueron perdiendo su legitimidad como organizadores de las conductas individuales. En su lugar, entró en escena algo que parece ser lo contrario: el tentador estímulo a consumir incesantemente los propios deseos. Aunque se agite la bandera de la “libre elección” individual, esos deseos suelen ser atizados por usinas poderosas como los medios de comunicación, el mercado y la tecnociencia. Articuladas en una alianza frenética que se intensificó significativamente desde la década de 1990, esas tres instancias se infiltraron en la vida cotidiana para insuflar todo aquello que cada uno podría *ser* pero no es, o que podría *tener* pero (todavía) no tiene.

A ese cambio de lógica, precisamente, aludía Foucault (2008) en la mencionada entrevista de 1975, al detectar los inicios de un desplazamiento del régimen de poder que operaba por “control-represión” hacia otra modalidad más ambigua –y también más eficaz– que funciona por “control-estimulación”. Se trata de una incitación creciente al goce irrestricto y a la expansión de las posibilidades supuestamente ilimitadas que cualquiera tendría a su disposición. Por eso, aun cuando no esté comprando bienes o servicios, el sujeto contemporáneo se identifica más con la figura del consumidor que con la del ciudadano. Ese nuevo régimen de vida necesitaba recurrir a tecnologías más ubicuas y “amigables”, como los dispositivos digitales que eclosionaron en el tránsito del siglo XX al XXI. En

su base reside un capitalismo dinámico e insaciable, caracterizado por el exceso de producción y la circulación vertiginosa de lo que sea, propiciada por la interconexión en redes globales de comunicación e información que mantienen a los clientes siempre conectados y dispuestos a consumir(se).

A diferencia de lo que sucedía con los ciudadanos modernos, que se vieron llevados a ansiar y mantener cierta “normalidad” tanto en la esfera pública como en la privada, las demandas actuales instauran presiones inéditas, que no tienen la forma de obligaciones o leyes, sino de deseos desaforados e imposibles de satisfacer. “Estar más que bien”, por ejemplo, se convirtió en un objetivo que no sólo es codiciado, sino que se presenta como realizable, bajo un horizonte de expectativas que desborda la uniformidad de lo “normal” para promover la capacidad de perfeccionarse (y gozar) de modo constante e infinito. A la luz de esa promesa de “optimización” que se aplica a todos los aspectos de cada existencia individual, se supone que hasta las más duras limitaciones del cuerpo biológico podrían y deberían ser superadas, invirtiendo dinero y esfuerzos para evitar tanto las enfermedades como el envejecimiento e incluso la muerte (Sibilia, 2009).

Al fin y al cabo, si todo es posible, si todo podemos y merecemos – según la descarada oferta del discurso publicitario que se convirtió en la piel del mundo, irradiando por doquier sus estímulos contradictorios–, es lógico preguntarse: ¿por qué no quererlo todo e, incluso, exigirlo? En la búsqueda por conseguir tales proezas, también se generalizó el “culto al rendimiento” o a la “performance” (Jorge, 2020), con todo tipo de inversiones que cada consumidor efectúa por “libre” iniciativa para optimizarse en todos los aspectos de la vida. Probablemente sea inevitable la frustración resultante de tales esfuerzos o tentativas, al no lograr los altos parámetros a los que se aspira usualmente, con la consecuente estigmatización de aquellos que son descalificados como “fracasados” cuando sus fallas se vuelven públicas.

Los malestares que proliferan en la actualidad, por tanto, son sintomáticos de esos desajustes propios de las dinámicas contemporáneas; es decir, como efectos de las transformaciones históricas evocadas en estas páginas. Se trata de formas peculiares de angustia, que se intensifican de modo paradójico en una sociedad supuestamente volcada hacia el bienestar, entendido como la búsqueda de placer individual y de una felicidad resultante de la (siempre) merecida autorrealización. Por eso, aquí sostenemos que estos padecimientos tan actuales sólo pueden articularse en torno a

esas otras fuerzas hoy vigentes, bastante distintas de aquellas que marcaron a sangre y fuego la trastornada subjetividad moderna. Y que, con mucho sentido, llevaron a crear el concepto freudiano de “malestar en la cultura” o “malestar de la civilización”, dependiendo de la traducción del original en alemán del texto freudiano.

Sucede que esos desplazamientos no sólo tuvieron como resultado la liberación de los sometimientos del pasado, sino que también generaron nuevas ataduras y formas inéditas de sufrir. Para hacer frente a esas insatisfacciones típicamente contemporáneas, se presentan soluciones supuestamente apaciguadoras, pero que terminan contribuyendo a intensificar el problema. Porque es así como funciona la dinámica del estímulo que vino a sustituir a la represión: los mismos recursos que sirven para propagar los malestares, se ofrecen como estrategias para sanarlos y para obtener más placeres, en una constante (y lucrativa) retroalimentación. Aun así, los sujetos del siglo XXI se dejan atraer por ese abanico de “soluciones” que no cesan de renovarse, desde las opciones de consumo más triviales hasta las drogas ilícitas, los medicamentos y otros productos potencialmente “tóxicos” (Rolnik, 1997). Aunque ese entorpecimiento pueda provocar cierta sensación inmediata de euforia, también suele ser fuente de nuevas dificultades: el “vicio” de quererlo todo y la pesadumbre de no poder casi nada.

Entre esos dispositivos “mágicos” que los mercados modernos exhalan con tanto éxito, se destacan aquellos que constituyen el foco de este artículo: las tecnologías digitales de comunicación e información. Especialmente en su versión portátil y móvil, como los emblemáticos “teléfonos inteligentes” que poseen cámaras, pantallas y conexión constante a las redes. Ellos se disponen a satisfacer los ávidos deseos de espectacularizarse para lograr visibilidad y repercusión, además de propiciar la ilusión de estar siempre en la aduladora compañía de una multitud de “amigos” o “seguidores”. Sin embargo, pese a ser muy convincente en sus incitaciones, y aunque ya esté completamente asimilado en las rutinas de casi todo el mundo, el hábito de la conexión también se volvió extenuante. Uno de los motivos es su falta total de límites en lo que se refiere al uso del tiempo y del espacio, ya que funcionan –y nos hacen funcionar– en todo momento y en cualquier lugar.

Al contrario de lo que ocurría con las paredes de las “instituciones de confinamiento” (Foucault, 2008) típicamente disciplinarias –desde la escuela hasta la fábrica y la cárcel, pasando por el cine, el museo, el hogar y hasta el consultorio psicoanalítico–, todas demarcadas por sólidas *paredes*

que recortaban muy claramente el tiempo y el espacio, las *redes* desconocen todo y cualquier límite (Sibilia, 2012). No se trata de un detalle menor, ya que al “compatibilizarnos” tan velozmente con las (todavía novedosas) tecnologías digitales y, en consecuencia, perder la “compatibilidad” con las herramientas analógicas que las precedieron históricamente, se adoptaron también ciertos hábitos y modos de vivir que estos artefactos suponen, proponen y estimulan. Así como la *pared* era un dispositivo crucial para instaurar límites, confinar y reprimir excentricidades, la *red* es la herramienta más adecuada para propalar la estimulación ilimitada que hoy reina.

Por eso no sorprende que muchos de los malestares actuales se refieran justamente a una incapacidad creciente para enfrentar esa falta de límites que caracteriza a los modos de vida contemporáneos. Si lo queremos todo es porque supuestamente podemos y merecemos todo; y, por tanto, deberíamos quererlo y poderlo todo. Así, en vez de tener que aprender a convivir con límites demasiado sólidos, como sucedía con la principal (y reprimida) fuente de malestar de los sujetos disciplinados de la era moderna, ahora la problemática cambió. Ya no sufrimos más principalmente (ni mucho menos exclusivamente) por estar gobernados por el *deber* y, como consecuencia, por tener que asfixiar o enterrar al *querer*, poniendo tal conflicto en el centro del drama humano. En cambio, muchos malestares contemporáneos parecen derivar de esa dificultad que implica autogobernarse en una cultura que promulga el placer ilimitado.

Para ilustrar esa aparente paradoja, vale la pena abordar el fenómeno cada vez más tematizado como “adicción a la conexión” o “vicio en celulares o en redes sociales”. Pero antes de continuar por este camino e ir rematando el argumento central de este artículo, cabe rescatar una curiosidad con resonancias interesantes. Los avances tecnológicos fueron caracterizados por Freud, ya en 1930, como uno de los principales factores de decepción para el hombre civilizado. Aunque ya entonces era evidente que hubo claros progresos gracias a la experimentación y a las inversiones en tecnociencia, ese poder inédito de la humanidad para doblegar a la naturaleza que la civilización fue conquistando, no lograba provocar mayores estados de satisfacción en los sujetos modernos ni los hacía más felices. Les proporcionaba, en cambio, apenas un conjunto de “placeres baratos”, según las palabras de Freud, que además terminaron por crear nuevos problemas, incluso más complejos que los precedentes. “Si no hubiera vías de ferrocarril para vencer las distancias, el hijo jamás dejaría la ciudad natal,

ni sería necesario el teléfono para escucharle la voz”, ejemplificó el autor (Freud, 2010, p. 46).

## **Penurias de la servidumbre consumista**

En plena tercera década del siglo XXI, nos encontramos con un curioso cuadro de “servidumbre” cada vez más “voluntaria”, retomando la célebre expresión de Étienne La Boétie en su libro *Discurso de la servidumbre voluntaria*, publicado en 1576. Aunque el capitalismo contemporáneo no siga buscando la obediencia de los ciudadanos a las leyes de la normalidad con sus fronteras muy bien delimitadas, el sueño de la libertad individual volvió a caer en una nueva trampa. Lo que se promueve ahora es una especie de dependencia, tanto física como psicológica, con respecto a los más diversos estímulos y “placeres baratos” (o carísimos), que son infatigablemente publicitados y se renuevan hasta el hartazgo. En ese juego infinito, la satisfacción es algo que siempre se busca pero es imposible de lograr, mientras que el autocontrol se convierte en otra ilusión a ser inútilmente perseguida.

Todo esto se ve tanto ejemplificado como intensificado en el uso que solemos hacer de los dispositivos de conexión en red. Cada vez más, las estrategias para conquistar usuarios recurren a la anticipación de sus probables deseos de consumo. Las ofertas de entretenimiento online, por ejemplo, son monitoreadas por algoritmos capaces de dirigir las acciones y crear nuevas demandas. Según Jonathan Crary (2014, p. 43), eso se refleja en una “aspereza ininterrumpida de estímulo monótono, en el cual una amplia gama de capacidades receptivas es congelada o neutralizada”. Ese autor también llama la atención hacia los efectos de sumisión de esas estrategias que se supone son adoptadas libremente: “escogemos hacer lo que nos mandan hacer, permitimos que nuestros cuerpos sean administrados, que nuestras ideas, nuestro entretenimiento y todas nuestras necesidades imaginarias sean impuestas desde afuera” (Crary, 2014, p. 68).

No por casualidad, cada vez se usan más términos como “vicio” o “adicción” para referirse a la compleja relación que se genera con los dispositivos aquí en foco. Lo que provoca malestar es la dificultad de disminuir la cantidad de tiempo que se gasta online, como una maniobra individual y voluntaria que suele fallar. Lejos de ser una actividad prohibida, por in-moral o ilegal, en la sociedad contemporánea la conexión es incitada con

muchísima insistencia. Sin embargo, se constata que su uso “excesivo” o “incorrecto” puede perjudicar algunas áreas de la vida, afectando inclusive el buen desempeño al disminuir la propia productividad. Aun así, ante el desprestigio del deber y la ley, que incluye la pérdida de sentido de autolimitarse como una actitud valiosa a ser adoptada en nombre de algún valor superior, es evidente que este malestar tan actual proviene de otras fuentes. Surge de una instancia tan distante de los rigores del superyó, que casi parece su opuesto. En vez de ser causado por los límites morales o legales, autocensuradores o externamente represivos, ahora el drama proviene de la falta de límites y de la incapacidad de autolimitarse.

Las tecnologías de comunicación e información, de hecho, parecen ocupar un lugar que antes estaba relegado de modo prioritario o exclusivo a ciertas sustancias psicotrópicas, siguiendo un principio semejante de “dependencia psicofísica” (Jorge, 2019). Un fervor cotidiano se destina a los pequeños estímulos emitidos por los aparatos digitales, en búsqueda de cierto placer imaginado como fruto de una voluntad individual y “libre”, pero que también suele necesitar dosis cada vez más elevadas para intentar alcanzar el efecto deseado. Cabe mencionar aquí la salvedad que el mismo Freud dedicó a los estupefacientes, cuando se usan para aliviar los síntomas del malestar en la cultura. Casi un siglo atrás, el autor observó que narcóticos como las drogas y el alcohol tenían cierta capacidad de “alejar la tristeza” o “disolver las preocupaciones”, permitiendo sustraerse a la presión de la realidad para obtener ganancias inmediatas de placer. Sin embargo, Freud concluía que su eficacia es siempre moderada y, además, promueven el desperdicio de una inmensa cantidad de energía que podría invertirse en “mejorar el destino de la humanidad” (Freud, 2010, p. 34).

Si antes, bajo la dinámica opresiva de la era moderna, las adicciones eran vistas como meras evasiones del camino considerado correcto, justo o deseable, aunque difícil y doloroso; ahora que la estimulación sustituye a la represión, el cuadro es más complejo porque ese tipo de conductas se confunden con el laberinto promovido oficialmente. Estaríamos abandonando, por tanto, aquel malestar anclado en la prohibición y la obediencia a normas y leyes, representado por la respetable figura del ciudadano y por la implacable autoridad del superyó. El malestar de la actualidad brota de las tentaciones excesivamente insubordinadas de los propios deseos; es decir, del “principio de placer”, según la concepción freudiana, cuya contraposición conflictiva a los mecanismos represivos ha perdido eficacia y legitimidad.

El papel del capitalismo contemporáneo es fundamental en esa redefinición; así como, en particular, lo es el rol de las tecnologías de comunicación que operan en red. El malestar de la conexión se proyecta en la figura del consumidor acelerado, disperso y ansioso, cuya persuasión y la consecuente “servidumbre voluntaria” se producen, sobre todo, a través de la saturación de los estímulos sensoriales y cognitivos. Bajo el resplandor de las relucientes ofertas mercadológicas, lo que de hecho terminan suministrando es una maraña de experiencias muchas veces empobrecidas y relaciones superficiales, que son efecto de recompensas monótonas y conductas adictivas o poco reflexivas. Cabe resaltar, una vez más, que toda esa “sumisión” se apoya en discursos que enfatizan la “libre elección”, incentivando un ansia de placer –y un rechazo a cualquier tipo de represión– que se ha legitimado moralmente en las últimas décadas.

A título de ilustración, la investigadora Gloria Mark, de la Universidad de California Irvine, comparó la tendencia compulsiva a verificar los emails o las redes sociales con el uso de las máquinas tragamonedas. Se mira el celular para obtener un tipo semejante de gratificación; se crea una expectativa de obtenerla, que lleva a repetir obstinadamente el mismo gesto. Según ese sondeo, un usuario promedio consulta el aparato entre 80 y 110 veces por día; y, al trabajar en la computadora, cambia de pantalla –y de foco de atención– cada 47 segundos. La investigación reveló que los profesionales más inclinados a ejercer la multitarea, una de las habilidades más apreciadas de las subjetividades contemporáneas, se mostraban todavía más propensos a la dispersión. Esa dificultad para concentrarse estaba presente, sobre todo, en aquellos que dormían pocas horas o tenían una mala calidad de sueño, algo que también se volvió habitual en los modos de vida actuales y suele estar directamente relacionado al uso de dispositivos electrónicos (Elola, 2017).

De modo que ciertos límites demasiado humanos se obstinan en hacerse notar, a pesar de las insistentes promesas de acceso al gozo ilimitado. Según el ya citado Berardi (2005), podemos aumentar el período de exposición de los organismos humanos a las informaciones provenientes de los aparatos digitales, o incluso acelerar el tiempo de reacción a los estímulos mediáticos, pero esas capacidades no pueden intensificarse indefinidamente. Llega un momento en que se reduce la propia conciencia del estímulo, junto a una pérdida en términos de sensibilidad y percepción. Por eso, el desafío es inmenso: cuando no se efectúan las operaciones capaces de sedimentar

cada experiencia, suspendiendo la multiplicación desenfadada de los flujos informáticos y consumistas, cuando no se da lugar al pensamiento capaz de producir algún sentido, queda sólo un exceso de estimulación que suele girar en el vacío y ahogarnos en el aburrimiento (Sibilia, 2012).

Un ejemplo bastante sintomático de esos fenómenos se encuentra en los resultados de una investigación realizada en 2016 por la empresa Deloitte, dedicada a mapear hábitos de consumo de tecnologías móviles en 31 países (Gazeta do Povo, 2016). Alrededor del 37% de los entrevistados admitieron despertarse en la madrugada para ver sus mensajes en el celular, mientras que el 28% también responde a las notificaciones durante el insomnio. En Brasil, un tercio declaró interrumpir el sueño para interactuar con el aparato. Por eso, no sorprende que el tiempo de descanso y recogimiento esté amenazado, así como los sentidos modernos atribuidos a las nociones de privacidad, intimidad y espacios protegidos por paredes intransponibles. Cuando la vida humana intenta adaptarse a esos flujos continuos del mercado y la información, su funcionamiento también tiende a volverse ininterrumpido. Estamos disponibles a cualquier hora del día o la noche para alimentar esa circulación global de datos, sin abandonar jamás el estado de alerta y disponibilidad. Ya no parece posible desconectarse para concentrarse en otras cosas, ni entrar en un estado real de reposo (Crary, 2014).

Retomando el léxico de los narcóticos, otro estudio desarrollado por la Universidad de Chicago en 2016 llegó a la siguiente conclusión, tras supervisar la rutina de 250 jóvenes estadounidenses: “las redes sociales son más adictivas que el sexo o el cigarrillo” (Castro, 2016). Por otro lado, según el trabajo realizado por científicos de la Universidad de Virginia, también en los Estados Unidos, y de la Universidad de Columbia Británica, en Canadá, una de cada diez personas pasó a atender las señales de mensajes o avisos de llamadas hasta durante el acto sexual. La misma investigación concluyó que 95% de la población mundial consulta sus smartphones durante encuentros sociales y 70% interrumpen sus actividades laborales para interactuar con los dispositivos (Soares, 2017). De hecho, las tecnologías inalámbricas, que se popularizaron en la última década junto con los dispositivos portátiles y posibilitaron ese tipo de comportamientos, “aniquilan la singularidad de los lugares y los acontecimientos”, según aclarara Crary (2014, p. 40), desafiando todas las restricciones espaciales para facilitar la conexión infinita, aunque promuevan un “aislamiento digital fantasmagórico” (Crary, 2014, p. 40).

## Consideraciones finales

Gracias al acervo irrestricto de informaciones accesibles en todo momento y en cualquier lugar –que constantemente desaparecen o se renuevan– es inevitable sospechar que siempre habrá algo más interesante o divertido para ver. Pero también está garantizada la decepción, así como la ansiedad, el cansancio y el tedio. Queda claro, sin embargo, lo que este artículo se propuso argumentar: que se trata de un malestar de nuevo tipo, sintomático de estas nuevas subjetividades que encarnamos, muy distintas de aquellas que sufrían por el encarcelamiento moral moderno y por la coerción de los rígidos confinamientos disciplinarios. En aquellos espacios cerrados, el conflicto crecía (y se ahogaba) enfrentando a la vigilancia, la prohibición y el castigo. La angustia que así se gestaba era efecto de una interioridad tan asfixiada como asfixiante, sometida al rigor de las normas impuestas por la civilización; deseante, aunque incapacitada para expresarse de modo autónomo y liberador.

Hoy, en cambio, se sufre por otros motivos: por saturación y dispersión, más hiperestimulados y hastiados que enjaulados, oprimidos o reprimidos, como sugirieron Cristina Correa e Ignacio Lewkowicz en su libro de 2005, muy sintomáticamente titulado *Pedagogía del aburrido*. Quizás suene paradójico, pero esa búsqueda incesante de diversión y placer suele desembocar en una insatisfacción con tintes adictivos que, por definición, es imposible de saciar. Esa es justamente la tramposa lógica del consumo, que necesita afilar y capitalizar los deseos individuales sin satisfacerlos jamás, así como la producción de la era industrial requería disciplina, obediencia y un insensato respeto por el deber. Pero esta es la “servidumbre voluntaria” de nuestra época, a la que responden de modo igualmente insensato nuestros cuerpos y subjetividades. Aun siendo evidente que la frustración está garantizada y aunque no haya obligación alguna (ni legal ni moral) en lo que se refiere al uso de los aparatos interconectados, también parece imposible abandonar la tarea; o, más precisamente, el impulso. Así es como funciona la curiosa dependencia de los consumidores –liberados y desobedientes– del siglo XXI.

Traducido por Dra. Silvia Koziol

## Bibliografía

- BERARDI, Franco. *A fábrica da infelicidade*. Rio de Janeiro: DP&A, 2005.
- BEZERRA, Benilton. “O ocaso da interioridade e suas repercussões sobre a clínica”, en PLASTINO, C. A. (org.). *Transgressões*. Rio de Janeiro: Contracapa, 2002.
- BIRMAN, Joel. *O mal-estar na atualidade*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2016.
- COREA, Cristina; LEWKOWICZ, Ignacio. *Pedagogía del aburrido*. Buenos Aires: Paidós, 2005.
- CRARY, Jonathan. *24/7: Capitalismo tardío e os fins do sono*. São Paulo: Cosac Naify, 2014.
- DEBORD, Guy. *La sociedad del espectáculo*. Buenos Aires, La Marca, 1995.
- DELEUZE, Gilles. “Posdata a las sociedades de control”, en FERRER, Christian (org.). *El lenguaje libertario*. Buenos Aires: Utopía Libertaria, 2014.
- DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Félix. *O Anti-Édipo: capitalismo e esquizofrenia*. São Paulo: Editora 34, 2010.
- ELOLA, Joseba. “Smartphone, uma arma de distração em massa”. *El País*, 25 jun. 2017. [https://brasil.elpais.com/brasil/2017/06/23/tecnologia/1498217993\\_075316.html](https://brasil.elpais.com/brasil/2017/06/23/tecnologia/1498217993_075316.html).
- FOUCAULT, Michel. “Poder-Corpo”, en *Microfísica do poder*. Rio de Janeiro: Graal, 2008.
- FOUCAULT, Michel. *Vigiar e punir*. Petrópolis: Vozes, 1987.
- FREUD, Sigmund. *O mal-estar na civilização*. São Paulo: Companhia das Letras, 2010.
- JORGE, Marianna Ferreira. *Desempenho tarja preta*. Niterói: Eduff, 2020.
- JORGE, Marianna Ferreira. *A droga da conexão*. Niterói. Tesis de doctorado. Universidade Federal Fluminense, 2019.
- KANT, Immanuel. *Sobre a pedagogia*. São Paulo: Unimep, 1999.
- LA BOÉTIE, Étienne. *Discurso da servidão voluntária*. São Paulo: Martin Claret, 1576.
- NIETZSCHE, F. *Genealogia da moral*. São Paulo: Companhia das Letras, 2009.
- ROLNIK, Suely. “Toxicômanos de identidade. Subjetividade em tempo de globalização”. In: *Cultura e subjetividade: Saberes Nômades*. Lins, D. (org.). Campinas: Papirus, 1997.
- SENNETT, Richard. *La corrosión del carácter: Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- SIBILIA, Paula. *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- SIBILIA, Paula. *El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- SIBILIA, Paula. *¿Redes o paredes? La escuela en tiempos de dispersión*. Buenos Aires: Tinta Fresca, 2012.
- SOARES, Ana Carolina. “Checar o celular até na hora do sexo? Uma em cada dez pessoas mantém esse ‘caso sério’ com os smartphones”. *Veja SP*, 2017. <https://vejasp.com>.

- abril.com.br/coluna/sexo-e-a-cidade/che-car-o-celular-ate-na-hora-do-sexo-uma-em-cada-dez-pessoas-mantem-esse-8220-caso-serio-8221-com-os-smartphones
- TAYLOR, Charles. *Uma era secular*. São Leopoldo: Unisinos, 2010.
- VAZ, Paulo. “O processo de normalização”, en RODRIGUES, H.B.C et al. (org.). *Michel Foucault e os saberes do homem*. Curitiba: Prismas, 2016.
- WEBER, Max. *A ética protestante e o espírito do capitalismo*. São Paulo: Cia das Letras, 2002.
- WOOLF, Virginia. *Una habitación propia*. Barcelona: Seix Barral, 2008.

# Corriendo para no perderse nada: Temporalidad ansiosa y frustración por lo (i) limitado<sup>1</sup>

*Paula Sibilía<sup>2</sup>*

*Manuela Arruda Galindo<sup>3</sup>*

## *Resumen*

*Este artículo analiza algunos fenómenos que forman parte de los procesos de “digitalización de la vida” y son sintomáticos de cambios en las formas de vivir la temporalidad. Entre ellos, la costumbre de hacer maratones de productos audiovisuales en plataformas de streaming; el uso de programas que aceleran el consumo de videos y audios; y la oferta de “contenidos desaceleradores” para recalibrar el bienestar de forma eficaz y productiva. En todas estas prácticas se detecta cierta ansiedad en las formas de vivir el transcurso del tiempo, fruto del conflicto entre el estímulo para consumir ilimitadamente y la frustración por la persistencia de limitaciones, sobre todo temporales. Se trata de un análisis ensayístico basado en la perspectiva genealógica, que se centra en notas mediáticas*

## *Resumo*

*Este artigo analisa alguns fenômenos que fazem parte dos processos de “digitalização da vida” e são sintomáticos de mudanças nos modos de vivenciar a temporalidade. Entre eles, o hábito de maratonar produtos audiovisuais em plataformas de streaming; o uso de programas que permitem acelerar o consumo de vídeos e áudios; e a oferta de “conteúdos desacelerados” para recalibrar o bem-estar de forma eficaz e produtiva. Em todas essas práticas detecta-se certa ansiedade nos modos de lidar com o tempo, decorrente do conflito entre o estímulo para consumir ilimitadamente e a frustração pela persistência das limitações, sobretudo temporais. Trata-se de uma reflexão ensaística com base na perspectiva genealógica, que se debruça sobre um conjunto de reportagens midiá-*

1 Una versión anterior de este artículo fue publicada em português, en la revista *Civitas*, 21(2), p. 203-213, agosto 2021. <https://doi.org/10.15448/1984-7289.2021.2.39950>

2 Docente de la Universidade federal Fluminense (UFF), Niterói, RJ. Brasil. [paulasibilía@gmail.com](mailto:paulasibilía@gmail.com)

3 Doctoranda en la Universidade federal Fluminense (UFF), Niterói, RJ. Brasil. [manuugalindo@gmail.com](mailto:manuugalindo@gmail.com)

*dedicadas al tema en foco, buscando identificar —en esos indicios— ciertos cambios en los regímenes de saber y poder, pasando de la era moderna a la contemporánea.*

**PALABRAS CLAVE:** ACELERACIÓN.  
SPEED WATCHING. SUBJETIVIDAD.

*tidas dedicadas ao assunto em foco, buscando identificar —nesses indícios— certas transformações nos regimes de saber e poder, na passagem da era moderna para a contemporânea.*

**PALAVRAS-CHAVE:** ACELERAÇÃO.  
SPEED WATCHING. SUBJETIVIDADE.

## *Abstract*

*This article analyzes some phenomena that are part of the processes of “digitalization of life” and are symptomatic of changes in the ways of experiencing temporality. Among them, the habit of binge-watching audiovisual products on streaming platforms; the use of programs that speed up the consumption of videos and audios; and the offer of “slow content” to recalibrate one’s wellbeing in an efficient and productive way. In all these practices, a certain anxiety is detected in the ways of dealing with time, resulting from the conflict between the stimulus to consume unlimitedly and the frustration due to the persistence of limitations, especially in time. This is an essayistic analysis based on the genealogical perspective, which analyzes a set of media articles dedicated to the subject matter in focus, seeking to identify —in these traces— changes in the regimes of knowledge and power in the transition from modern to contemporary era.*

**KEYWORDS:** ACCELERATION. SPEED WATCHING. SUBJECTIVITY.

## *Introducción*

“Cuando ves algo en *Netflix* y quedas enganchado, permaneces despierto hasta tarde”, declaró Reed Hastings, cofundador y en aquel momento codirector de esa exitosa empresa estadounidense que, desde 2011, se dedica a proveer películas y series a través de su servicio de *streaming*. Cuando sus clientes —que, a mediados de 2020, ya eran 182 millones en 190 países—<sup>4</sup> protagonizan esa situación que se volvió tan habitual en la última década,

---

<sup>4</sup> Wakka, Wagner. “Netflix: Brasil es el 3º mayor mercado y el 2º en número de suscriptores”. *Canaltech*. 16 de julio 2020. Consultado el 10 de enero de 2021: <https://canaltech.com.br/resultados-financeiros/netflix-brasil-e-30-maior-mercado-e-20-em-numero-de-assinantes-166515>

el principal rival de la compañía no sería ninguna de las otras plataformas ni emisoras, sino el sueño de los espectadores. Llega un momento en que el cansancio psicofísico se impone y, entonces, la necesidad de dormir termina por vencer a la inercia que llevaría a seguir consumiendo esos productos audiovisuales virtualmente ilimitados.

De modo que el agotamiento del consumidor sería un obstáculo que dificulta la continuidad del flujo: cuando esa debilidad biológica del cuerpo humano se manifiesta, el abonado desiste de continuar *maratoneando*. “Estamos compitiendo contra el sueño”, concluyó el ejecutivo de la firma, según un reportaje publicado en el diario *The Guardian* en 2017. Y luego añadió su inquietante expectativa con respecto a un nicho gigantesco que aún podría ser explorado, si fuese posible vencer esa atávica necesidad de cerrar los ojos para descansar: “ahí existe una enorme reserva de tiempo”.<sup>5</sup>

Todos los minutos que los consumidores pasan despiertos se convierten, de hecho, en un recurso valioso que el mercado desea conquistar. Son tantas las tentaciones disponibles, varias de ellas ofrecidas más o menos gratuitamente a un solo *click* (o a un mero *scroll*<sup>6</sup>) de distancia en las pantallas de los artefactos digitales a los que vivimos ensamblados, que el tiempo nunca es suficiente. “No importa que planes hagamos para organizarnos mejor”, observaba el escritor catalán Francesc Miralles en un texto publicado en el diario *El País* en 2020. “Al final del día sentimos que nos falta tiempo para todo”, constataba, para después hilvanar una serie de reflexiones intentando responder a la gran pregunta que parece reflejar un verdadero mal de la época: “¿Por qué nunca tengo tiempo?”<sup>7</sup>

Este artículo se propone un objetivo similar: indagar sobre la particular temporalidad implícita en los procesos de “digitalización de la vida” que hemos atravesado en los últimos años, con el uso creciente de dispositivos de comunicación y de información que operan en red, disponibles en todo momento y en cualquier lugar, y que ofrecen un menú amplísimo para el consumo *online*. En esas condiciones, no es fácil eludir la impre-

---

5 Hern, Alex. “Netflix’s biggest competitor? Sleep”. *The Guardian*. 18 de abril 2017. Consultado el 10 de enero de 2021. <https://www.theguardian.com/technology/2017/apr/18/netflix-competitor-sleep-uber-facebook>

6 Se conoce como *scroll* el acto de desplazar con el dedo lo que se exhibe en la pantalla del celular, o bien con el control remoto lo que muestra el televisor.

7 Miralles, Francesc. “¿Por qué nunca tengo tiempo?”. *El país*. 17 de agosto 2020. Consultado el 7 de enero de 2021. <https://Brasil.elpais.com/Brasil/2020/08/17/eps/1597878357.478707.html>

sión de que nos estamos perdiendo algo (¡o mucho!), especialmente en los períodos –cada vez más infrecuentes– en los que permanecemos desconectados. Pero esa aflicción no se detiene cuando estamos *online*, algo que sucede cada vez con mayor frecuencia, aunque sea de modo intermitente y disperso. Este dilema ya tiene nombre: FoMO, *Fear of Missing Out*<sup>8</sup> o miedo a perderse algo, un recelo que incentiva la compulsión a conectarse para tratar de no perderse nada. Obviamente, sin éxito.

## De la aceleración moderna a la contemporánea

Aunque la “compresión del tiempo-espacio” (Harvey 1993) sea un tema que viene acompañando a la modernización del mundo desde, por lo menos, mediados del siglo XIX, varios síntomas sugieren cambios cualitativos –y no meros avances cuantitativos– en los modos de vivenciar la temporalidad en nuestra cultura. Parece evidente el vínculo de esa problemática con algo ocurrido en las últimas décadas: nuestra “compatibilización” con los aparatos móviles que están siempre conectados a las redes informáticas, y que se caracterizan por desconocer (o desafiar) todos los límites espacio-temporales. Sin embargo, hay otros factores en juego que conviene examinar. Las tecnologías se insertan en un régimen histórico que las produce y disemina, pero que también las excede, en el cual convergen aspectos económicos, políticos, sociales, culturales y morales. Según la visión genealógica de las formaciones socio-históricas, se trata de “régimenes de poder y saber” (Foucault, 1979), cuya dinámica es posible contrastar con las que tuvieron vigencia en otras épocas.

Considerando este panorama y recurriendo a esa perspectiva teórico-metodológica, exploraremos algunos de los nuevos hábitos que sugieren alteraciones en la forma de vivenciar la temporalidad. Entre ellos, destacamos la costumbre de *maratonear* productos audiovisuales en las plataformas de *streaming*; el uso de programas que permiten acelerar videos y audios, y la oferta de “contenidos desacelerados” conocidos como *slow content*, que prometen restablecer el bienestar y la capacidad productiva. Esos fenómenos serán analizados a partir de un conjunto de reportajes

---

8 Giantomaso, Isabela. “O que é FoMO? ‘Fear pf missing out’ revela el miedo a quedar fuera de las redes sociales”. *Techtudo*, 27 de mayo .2017. Consultado el 7 de enero de 2021. <https://www.techtudo.com.br/noticias/2017/05/o-que-e-como-fear-of-missing-out-revela-o-medo-de-ficar-por-fora-nas-redes-sociais.ghml>

mediáticos que informan sobre ellos, configurando no sólo un campo de captación de síntomas sino también un vector para su asentamiento. Con su propia eficacia pedagógica, los medios contribuyen tanto para dar nombre y sentido a las novedades, como para convertirlas en “verdades” compartidas socialmente.

En todas las prácticas focalizadas aquí –cada una con sus peculiaridades– es posible detectar cierta ansiedad en los modos de lidiar con el tiempo que sería propia de la cultura contemporánea. Esa inquietud se deriva de un conflicto inédito entre el estímulo para consumir ilimitadamente lo que sea, por un lado, y la frustración que implica constatar la persistencia de ciertas limitaciones que constantemente desmienten esa promesa. Según nuestra hipótesis, se trata de un desplazamiento importante con respecto a las vivencias modernas, que recalaban la tensión provocada por la existencia de límites impuestos a los individuos en nombre de entidades trascendentes como el bien común, la civilización, las instituciones o la misma naturaleza, con las cuales era necesario pactar recurriendo a la represión, al sacrificio o a la sublimación.

En el régimen que se ha ido configurando en las últimas décadas, “habiéndose flexibilizado la obediencia tácita a las normas y a las jerarquías, tanto como el respeto y el temor a la autoridad internalizada en el núcleo de la propia subjetividad” (Jorge y Sibilia 2023, p. 51), afloran frustraciones inéditas. Estas no surgen, ni exclusiva ni prioritariamente, de la vieja necesidad de reprimirse ni de la insidiosa internalización de la culpa. Por lo tanto, al contrario de lo que solía suceder en la era moderna, el malestar asociado a la experiencia temporal que constituye el objeto de este artículo no es fruto de las rígidas limitaciones plasmadas en reglas y leyes válidas para toda la población. De modo que estaríamos distanciándonos del drama diagnosticado por autores fundamentales que germinaron en ese fértil terreno, desde Friedrich Nietzsche con su *Genealogía de la moral* (1887) hasta Sigmund Freud con *El malestar en la cultura* (1930), pasando por varios otros clásicos como Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904) y Michel Foucault en *Vigilar y castigar* (1975).

Aunque buena parte de esa cartografía continúe siendo válida, hoy notamos que algunos aspectos de esos mecanismos no funcionan como antes, sino que se han reconfigurado como fruto de las transformaciones históricas decantadas en los últimos años. Ya en la tercera década del siglo

XXI, una fuente inesperada de sufrimientos remite a algo que no solo parece ajeno, sino hasta opuesto a aquel *pathos* opresivo que infligió a nuestros antepasados cercanos: los protagonistas de la febril y circunspecta era industrial. De modo tan perturbador como imprevisto, la ansiedad aquí focalizada acostumbra derivar de aquello que se asume como una liberación del ideal normalizador y opresor vigente en la sociedad decimonónica que estamos dejando atrás. El problema, en esos casos, no surge de la excesiva severidad de los límites impuestos a los ciudadanos, sino de la dificultad para enfrentar las posibilidades virtualmente ilimitadas que se ofrecen a los consumidores.

En suma, si la era moderna fue protagonizada por el “hombre confinado” en diferentes instituciones y en diversos sentidos, es también de varias maneras que en las sociedades post-disciplinarias nos convertimos en sujetos “endeudados”, como lo intuyera Gilles Deleuze (2014) en su célebre ensayo “Posdata sobre las sociedades de control”. Al multiplicarse las opciones y las posibilidades de consumirlas, aumenta también la lista de deseos frustrados y, en consecuencia, la deuda que jamás logrará ser saldada. Entre otros motivos, porque termina siendo funcional al nuevo régimen: el consumidor es, por definición, alguien insatisfecho; aunque su voracidad sea constantemente excitada, nunca deberá ser saciada.

### **Maratones de sofá y el *scroll* infinito**

La palabra *streaming* era desconocida para buena parte de la población mundial hasta, por lo menos, 2010. Una década después, sin embargo, esa tecnología ya era una de las más usadas para consumir productos audiovisuales y sonoros en todo el planeta.<sup>9</sup> Se trata de un sistema de distribución digital que no exige la descarga de los archivos para almacenarlos en el dispositivo propio (televisor, computadora, *smartphone*) sino que permite disfrutarlos *online*. Como no se requiere espacio de almacenamiento local, la cantidad de material a disposición de los usuarios se amplía enormemente. Además, se puede acceder en cualquier momento, sin depender de horarios

---

9 Breustedt, Hannes. 2017. “O boom dos serviços de streaming”. *Carta Capital*, 21 de octubre de 2017. El número de clientes de Netflix, empresa ícono de ese sector, pasó de 23 a 104 millones entre 2011 y 2017. Consultado el 10 de enero de 2021. <https://www.cartacapita.com.br/economia/o-boom-dos-serviços-de-streaming>.

prefijados como pasaba con las emisoras tradicionales de radio y televisión.

Así, en la segunda década del siglo XXI, comenzaron a proliferar plataformas que ofrecen productos audiovisuales (como *Netflix*, *Hulu*, *Amazon Prime*, *Disney+*, *Mubi*) o brindan acceso a música y otros archivos sonoros (como *Spotify*, *Deezer*, *SoundCloud*, *Apple Music*). Esas empresas tienen en común la oferta de un catálogo inmenso –y siempre en renovado crecimiento– a un costo relativamente bajo, por medio de una tarifa fija que los suscriptores pagan para disponer del servicio durante las 24 horas de todos los días. Uno de los principales factores que motivaron el estruendoso éxito de esas iniciativas, de hecho, es la flexibilidad que se tiene para elegir cuando y qué ver.

Esa “temporalidad 24/7” ya era una de las características inherentes a *Internet*, pues así funciona la red mundial: permite ver todo tipo de videos, leer diarios, jugar, interactuar con otras personas y hacer compras en cualquier momento del día o de la noche, sin diferenciar entre feriados y días laborables, y desde cualquier lugar en que se encuentre el usuario siempre que tenga un dispositivo conectado. Así se inauguró la “inscripción de la vida humana en la duración sin descanso, definida por un principio de funcionamiento continuo”, como señaló Jonathan Crary en su libro llamado, precisamente, *24/7. Capitalismo tardío y el fin del sueño*. “Es un tiempo que nunca pasa, más allá de las horas del reloj”, añade el autor, aludiendo a la instauración de una temporalidad diferenciada de aquella que solía cronometrar las rutinas industriales (Crary 2014. 18).

Esa experiencia temporal ininterrumpida viene siendo propiciada por la creciente conexión a las redes digitales, que logran evadir los límites espacio-temporales simbolizados por las paredes modernas (Sibilia 2012). Las instituciones que organizaban la vida de los ciudadanos de las “sociedades disciplinares”, según analizó Michel Foucault (1992), eran minuciosamente pautadas por las horas del reloj y por los días del calendario. Esa estricta dinámica no concernía sólo a las “instituciones de confinamiento” como la escuela, el hospital, la fábrica y la prisión, con sus usos regulados del tiempo y del espacio; además, involucraba a los modos de funcionamiento de los medios de comunicación analógicos, que tuvieron su auge en los siglos 19 y 20, del libro y del diario impreso hasta el cine, la radio y la televisión.

Esa rigidez del arsenal moderno contrasta con la fluidez de las formas contemporáneas de vivenciar (y gestionar) el tiempo. Al digitalizarse, to-

dos esos medios pasaron a operar de acuerdo con la nueva lógica. En las pantallas conectadas a las redes, por ejemplo, los libros y los periódicos ya no tienen páginas de papel para ir pasando, ni tapas para abrir o cerrar. En vez de eso, nuestros ojos transitan de una noticia a otra, de un tema a otro, a través de un *scroll* infinito. Pero no sólo los medios se volvieron 24/7 en esta mutación de lo analógico a lo digital: se puede notar la misma tendencia en los comercios, por ejemplo, que se fueron desvinculando de las restricciones vinculadas a un espacio físico y a los horarios de funcionamiento. La experiencia de comprar, por lo tanto, ahora también se da en esa espacialidad “virtual” y en esa temporalidad absoluta, con lo cual se amplía exponencialmente el menú de productos ofrecidos a los consumidores globales. Sucede algo parecido, incluso, con los relacionamientos sociales, afectivos y sexuales, según muestra la popularización de redes como *Facebook*, *Instagram*, *Twitter*, *Snapchat* y *TikTok*, o de aplicaciones más específicas como *Tinder* y *Grindr*.

Si el acervo es infinito, está lleno de tentaciones siempre renovadas y cuyo consumo se estimula seductoramente, las *maratones* y los *scrolls* también tienden a no tener fin. Esto termina haciendo plausible “la idea de trabajar sin pausa y sin límites” (Crary 2014, 19), algo que no sucede solo en la esfera laboral, sino también –y tal vez principalmente– en el ámbito de los consumos. Si no hay límites de horarios para trabajar, tampoco hay restricciones para consumir; y, en ese proceso, el tiempo –o sea, cada uno de nosotros– se consume. “Incluso en las repeticiones habituales queda un hilo de esperanza –una esperanza que se sabe falsa”, advierte Crary (2014, 97)–, “de que un clic o un toque más pueda dar acceso a algo que nos liberaría de la monotonía insoportable en la que estamos inmersos”. En uno de los reportajes analizados aquí, el cineasta Fernando Meirelles confiesa lo que hace cuando una película por *streaming* le parece previsible o aburrida. Opta por “escanearla”, con la dudosa expectativa de ser seducido por alguna escena entrevista velozmente más adelante: “para mí acelerar es el estadio previo a abandonar”.<sup>10</sup>

Las palabras, como se sabe, son fuentes burbujeantes de sentidos. En inglés, la expresión usada para aludir a la experiencia de *maratonear* series

---

10 Inácio, Livia. “Speed watching o que você perde quando acelera a velocidade do filme?”. *BBC News Brasil*. 14 de marzo de 2021. Consultado el 20 de marzo de 2021. <https://www.bbc.com/portuguese/geral-56368238>.

o películas es *binge-watching*, considerando que el verbo *to binge* alude a los excesos y a cierta indulgencia con actos como comer, beber o usar drogas. Metáforas como “atracción” o “borrachera” serían traducciones posibles. Por eso se habla también de *binge regret*, aludiendo a una especie de arrepentimiento o resaca tras haber pasado demasiado tiempo consumiendo series, películas, juegos o cualquier otro producto ofrecido en el hipnotizante *streaming* sin fin. Esa misma idea de gula, abundancia o empacho subyace al neologismo *info glut*, según el cual vivimos en una era paradójica: con acceso a la información como nunca antes, mientras nos confrontamos con “la imposibilidad de estar totalmente informados”<sup>11</sup> (Andrejevic 2013, 12)<sup>12</sup>. La oferta, por lo tanto, es inmensa y virtualmente ilimitada, así como el deseo de consumirla; en cambio, el tiempo disponible para poder hacerlo es lastimosamente insuficiente.

### ***Speed watching*: acelerando para optimizar la multitarea**

Los cambios relatados anteriormente, que vienen afectando los modos de vivir al compás 24/7, han contribuido a ampliar nuestra capacidad de “prestar atención” a varios temas al mismo tiempo, en el intento de gestionar la avalancha siempre en aumento de atracciones y distracciones. Es lo que algunos autores han denominado “economía de la atención” (Davenport y Beck 2001; Goldhaber 1997), un bien muy codiciado en los mercados contemporáneos, con los algoritmos de *Internet* cada vez más afinados en esa batalla (Bentes, Bruno y Fatay 2019). Pero la centralidad de esa disputa en la actualidad también tiene una genealogía elocuente. Los misteriosos mecanismos de esa habilidad humana, “la naturaleza de la atención”, constituyeron uno de los focos de la psicología entre las décadas de 1890 y 1930, según relata el mismo Jonathan Crary en otra investigación de su autoría, resumida en el artículo “Espectáculo, atención y contramemoria”.

En aquella época, que comprende el paso del siglo XIX al XX, cuestiones como “la relación entre estímulo y atención, problemas de concentración, foco y distracción” y “a cuántas fuentes de estímulo alguien podía prestar atención simultáneamente”, estaban en el orden del día. No

---

11 “The impossibility of everbeing fully informed”.

12 Salvo indicación en contrario, todas las traducciones son nuestras.

sorprende que tales dudas proliferasen en un período de impulso modernizador pujante, cuando las sociedades occidentales tenían que alimentar a sus industrias con trabajadores capacitados para manejarlas, mientras vivenciaban “el surgimiento de un campo social cada vez más saturado con informaciones sensoriales” (Crary 2011, 202). Si hace un siglo esa problemática preocupaba a los saberes y poderes vigentes, en el seno de un proyecto de mundo que precisaba luchar contra esos obstáculos, hoy la capacidad de concentración se encuentra acorralada por la multiplicación exponencial de estímulos a los cuales resulta imposible prestar atención simultáneamente.

En este nuevo contexto han germinado fenómenos inéditos, denominados con neologismos como procrastinación y multitarea o *multitask*. Tanto los medios como los especialistas suelen dar consejos para afrontar esos desafíos,<sup>13</sup> basados frecuentemente en la administración individualizada del tiempo propio, usando herramientas propuestas por otras –o por las mismas– empresas de tecnología, tales como las aplicaciones *Moment*, *RescueTime* y *Freedom*. A menudo esas “soluciones” para nuestros problemas existenciales también requieren el uso de las omnipresentes pantallas, que –hasta para librarnos de ellas– somos convocados a visualizar sin pausa. Así, quienes logran efectuar “una buena administración del tiempo” son admirados y “aplaudidos por hacerlo tan bien”, constata Sarah Sharma (2017, 140) en su libro *The sociology of speed: digital, organizational and social temporalities*. Los propios medios de comunicación se encargan de dar visibilidad a esos personajes, como es el caso del empresario billonario Elon Musk, que en una entrevista contó haberse “enloquecido tanto con el café que sintió que estaba perdiendo la visión periférica”<sup>14</sup>; sin embargo, el reportaje celebraba que “el agotamiento no hizo que el ejecutivo se dedique menos a las actividades que desempeña”.

Sus colegas de trabajo cuentan que a veces es necesario decir su nombre dos o tres veces antes de obtener una respuesta del CEO, absorto casi siempre en sus ideas de vanguardia y el *multitasking* corporativo: se le

---

13 Souza, Elson. “Confira aplicativos para ajudar você a fugir do vício digital”. *Techtudo*, 6 de octubre de 2015. Consultado el 4 de abril de 2021. <https://www.techtudo.com.br/listas/noticia/2015/10/confira-aplicativos-para-ajudar-voce-fugir-do-vicio-digital.html>

14 Saturno, Ares, “Ejecutivos adoptan rutinas diarias con mucho trabajo y pocas horas de sueño”. *Canaltech*, 21 de diciembre de 2018. Consultado el 15 de enero de 2021. <https://canaltech.com.br/comportamento/executivos>

acredita a Musk la habilidad de responder e-mails mientras lee otros documentos, hacer reuniones al mismo tiempo en que habla por teléfono y manda mensajes a sus cinco hijos.

Pese a las proezas de quienes logran triunfar en esa misión, hay un problema innegable: la cantidad de imágenes, textos y sonidos que podemos procesar simultáneamente sigue siendo mínima. Las habilidades “multitarea”, que se desarrollaron muchísimo en los últimos años, no consiguen enfrentar la demanda igualmente creciente; y, además, nos agotan. Por más devoción que les dediquemos, nunca será suficiente, ya que los estímulos y las exigencias que nos interpelan sin cesar son múltiples y están en perpetuo aumento. Esa abundancia, que por un lado es tan deseada y bienvenida, imprescindible para lo que se considera una vida plena y exitosa, por otro lado, provoca una saturación unida a la frustración que implica no poder afrontarla. Ante semejante cuadro, las estrategias *multitask* y los recursos para la gestión personal posibilitan ganar pequeñas porciones de tiempo, o la ilusión de estar gestionando su flujo de forma optimizada. Proliferan las supuestas soluciones de ese tipo, como constata Sharma, siempre invocando algo en común: “la expectativa creciente de que todos deben convertirse en emprendedores en el control del tiempo”<sup>15</sup> (Sharma 2917, 133)

Entre las estrategias para una organización más eficiente de las infaustas agendas individuales cabe destacar las herramientas conocidas como *speed watching*. Se trata de funciones o programas que permiten ver videos u oír audios en velocidades de reproducción más rápidas de lo normal. “Los ahorros de tiempo son inmensos” decía el periodista Jeff Guo en un reportaje de 2016 titulado “Vea TV de modo acelerado. Todos se van a horrorizar. Y usted se volverá más inteligente”<sup>16</sup>. El texto celebraba esa posibilidad –que, en aquel momento, todavía era poco habitual– relatando la experiencia en primera persona: “Miro televisión como leería un libro. Me salteo algunos trechos. Releo. A veces acelero. A veces disminuyo el ritmo”. Y luego advertía sobre un curioso efecto de la práctica:

---

15 “The looming expectation that everyone must become an entrepreneur of time-control”.

16 Guo, Jeff. “Veja TV no modo acelerado. Todos vão se horrorizar. E você vai ficar mais inteligente”. *Gazetado Povo*. 8 de julio de 2016. Consultado el 15 de diciembre de 2020. [https://www.gazetadopovo.com.br/caderno-g/tv/veja-tv-no-modo-acelerado-todos-va-o-se-horrorizar-e-voce-vai-ficar-mais-inteligente-ce\(cnbbumgmxuh6hpo8wic2v](https://www.gazetadopovo.com.br/caderno-g/tv/veja-tv-no-modo-acelerado-todos-va-o-se-horrorizar-e-voce-vai-ficar-mais-inteligente-ce(cnbbumgmxuh6hpo8wic2v)

Confieso que esas nuevas técnicas de ver TV tuvieron un efecto extraño en mi noción de realidad. No logro más ver televisión en tiempo real. El cine me parece sofocante. Necesito tener la libertad de ir y volver y acelerar y disminuir el ritmo, para poder dosificar mi atención según sea necesario.<sup>17</sup>

No sorprende que, al acostumbrarse con estos aceleradores, el usuario no tolere más la temporalidad original de los productos que consume. Incluso es probable que también le parezca demasiado lento –e igualmente “sofocante”– el ritmo cotidiano fuera de las pantallas, ante la imposibilidad de acelerar según la voluntad del espectador. Que es también, y ante todo, un consumidor. Tampoco sorprende que las plataformas de *streaming* y las aplicaciones de mensajes ya ofrezcan estos servicios incorporados en sus paquetes, pues tales empresas forman parte de una cultura que estimula y recompensa tanto la aceleración como el consumo personalizado. Esos dos factores contribuyen, justamente, a configurar la nueva temporalidad que aquí estamos examinando.

“Una investigación de la Facultad de Medicina de Harvard muestra que, para algunos, la sala del cine ya se está convirtiendo en una tortura: cada vez más estadounidenses sienten malestar al dedicar dos horas a una película”, constataba en 2018 un artículo publicado en el diario *O Globo* con el título “¿Cómo lidia la industria con nuestro ritmo frenético al consumir cultura?”. El estudio dio voz a los jóvenes entrevistados, que usaron la palabra “ansiedad” para responder “¿por qué consumen productos mediáticos acelerando?”<sup>18</sup> Así, volviendo al contraste genealógico entre la temporalidad moderna y la contemporánea que se explora en este artículo, cabe suponer lo siguiente: si los espectadores del siglo XIX se deparaban con cierto extrañamiento al entrar a las salas de cine, a principios del siglo XXI esa perturbación es de otro orden. No se trata de algo que asombra por ser fantasmagórico, como podía ser el caso de la experiencia moderna. Ahora, la inquietud parece responder a otros motivos: al hecho de demandar un uso homogéneo del tiempo para todos los participantes,

---

17 Guo. Op.cit.

18 Barros, Luiza e Emiliano Urbim. “Como a indústria está lidando com o nosso ritmo frenético de consumir cultura?”. *O Globo*. 15 de septiembre de 2018. Consultado el 15 de diciembre de 2020. <https://oglobo.globo.com/cultura/como-industria-esta-lidando-com-our-ritmo-frenetico-de-consumir-cultura-23071663>

por ejemplo, además de una inmersión en un ambiente colectivo con un único foco de atención, algo que exige un esfuerzo tan inusual como difícil de justificar.

La compatibilización con los flujos veloces de las pantallas digitales de uso individual, entonces, parece tener una contrapartida: cierta “descompatibilización” con el “tiempo real”, o con la velocidad excesivamente lenta de la realidad inmediata. Una instancia que, al menos por ahora, no cuenta con una aplicación capaz de adecuarla al compás personalizado de cada uno. “Ahora quiero que la gente hable más rápido en la vida real”, confiaba uno de los testimonios del artículo titulado “*Talking 2x speed*” (Hablando a velocidad 2x).<sup>19</sup> “Aumentar la velocidad de un video parece poder alejar al aburrimiento y ayudar a que las personas mantengan el interés”, reforzaba otro de los reportajes citados anteriormente: “con el ritmo más lento, mi atención terminaba fallando y me hacía concentrar demasiado en los detalles”<sup>20</sup>.

Desde 2019 también es posible acelerar los mensajes de audio intercambiados a través de aplicaciones como *Telegram* y *WhatsApp*. Para este último se creó una *app* que permite oírlos en menos tiempo, llamado *TalkFaster*. Se trata, en todos los casos, de un servicio adicional ofrecido por las empresas a sus usuarios para que puedan “ganar” algunos segundos más, que podrán ser dedicados a otros consumos, muchas veces usando incluso el mismo dispositivo digital. En una cultura en la cual la rapidez se convirtió en sinónimo de eficiencia y éxito, “los poderosos son rápidos, los que no tienen poder son lentos”<sup>21</sup> (Sharma 2017, 1). De modo que parece haber quedado obsoleto el viejo lema que dictaba lo contrario: “la prisa es enemiga de la perfección”. Contra las antiguas recomendaciones de pausar para reflexionar, ahora se premian actitudes y respuestas cada vez más veloces, incluso automatizadas.

“Estamos pagando un precio altísimo por ese cambio brusco aunque subestimado, que acortó y hasta eliminó el tiempo dedicado a reflexionar antes de pasar a la acción o la reacción”, constataba la periodista Eliane Brum en un artículo publicado en el diario *El País* en 2020.<sup>22</sup> “No se

---

19 Siegler, M. G. “Talking 2x Speed”. *500ish*, 22 de febrero de 2017. Consultado el 20 de diciembre de 2020. <https://500ish.com/talking-2x-speed-36220fa64389>.

20 Guo. Op. Cit.

21 “The powerful are fast, the powerless are slow”.

22 Brum, Eliane. “Quando o vírus nos trancou em casa, as telas nos deixaram sem casa”. *El*

trata sólo de velocidad o aceleración, sino de una incitación a la rapidez y la inmediatez de las conexiones y desconexiones, fomentando un olvido sintonizado con lo descartable”, advertía María Cristina Franco Ferraz en un ensayo de 2015, dedicado a pensar esos temas a la luz del concepto de “duración” formulado por el filósofo Henri Bergson en su libro *Materia y memoria*, de 1896. Esa “obsolescencia programada” de todos los consumos termina generando no sólo la ansiedad ya mencionada, sino también un malestar derivado del “exceso de fluidez” y de la falta de cohesión en el procesamiento de una infinidad de vivencias que se superponen y se mezclan (Sibilia, 2012). “De un descarte a otro estalla la sensación de continuidad”, corrobora Franco Ferraz (2015, 109), “corroyendo la posibilidad de dar sentido a la sedimentación de lo vivido, bajo la forma de una experiencia”.

La promesa de goce ilimitado, tan cara a la interpelación consumista, reside en el núcleo de ese anhelo de devorarlo todo. Ya el mero hecho de que haya tanto para consumir, por sí solo, impulsa esa ansiedad hasta la exasperación. Aun siendo evidente su aspecto problemático, como sugieren varios de los materiales mediáticos y las contribuciones teóricas examinadas en este ensayo, se trata de una dinámica abrazada todos los días voluntariamente por millones de personas, siempre con la expectativa de poder realizarla de forma satisfactoria. Aunque las barreras psicofísicas se impongan de modo elocuente, se las sigue ignorando o esquivando con la esperanza de vencerlas al utilizar recursos novedosos, como *Speed Watching* o similares. Se actúa como si fuese suficiente con una organización más eficaz de la propia agenda para, ahí sí, lograr todo lo que se debería y/o se desea.

## **Desacelerar: *detox digital on demand***

Muchos de los instrumentos tecnológicos estudiados en estas páginas componen el arsenal desplegado por las plataformas digitales para impedir la desconexión de sus clientes, en la tentativa de prolongar el tiempo que permanecen *online*. Con ese fin, las corporaciones vienen efectuando pequeños ajustes en sus tecnologías, que se proponen capitalizar ciertas

---

*País*, 23 de diciembre de 2020. Consultado el 24 de diciembre de 2020. <https://brasilelpais.com/opiniao/2020-12-23/quando-o-virus-nos-trancou-em-casa-as-telas-nos-deixaram-se-casa.html>.

vulnerabilidades presentes en esos juegos de recompensas. Según un documento elaborado en 2013<sup>23</sup> por el científico del área informática Tristán Harris, que entonces era especialista en ética trabajando para Google, esas estrategias sacan provecho –e intentan potenciar– la incapacidad de los usuarios para medir el tiempo que gastan al atender cada notificación de sus redes. Al resonar esas inquietudes, los medios de comunicación suelen tratar esos fenómenos de dos maneras principales. Por un lado, “educando” para el uso de las novedades lanzadas constantemente al mercado. Por otro lado, avalando la narrativa de que cada uno es responsable por gestionar el tiempo invertido en esas aplicaciones, aunque hayan sido creadas precisamente con ese propósito de “engancha” a los usuarios para mantenerlos *online* el mayor tiempo posible (Eyal 2014; Alter 2017).

Por tales motivos, el menú ofrecido también incluye opciones aparentemente opuestas a la aceleración. Así como se informa sobre diversas “soluciones” para optimizar el uso del tiempo permitiendo el consumo de un volumen mayor de imágenes, sonidos y otros productos, también hay una vertiente de la misma industria que se dedica a contrabalancear tales estímulos. Son iniciativas que prometen desacelerar, por ejemplo, aportar calma facilitando la relajación o la concentración. En esa línea, cabe mencionar la “televisión lenta”<sup>24</sup> y los videos ASMR,<sup>25</sup> que ayudarían a compensar el exceso de estímulos dirigidos a la aceleración. Es significativo que no parezca haber contradicción en el hecho de tratarse, en todos los casos, de parafernalia digital al alcance de algunos clics en las mismas pantallas que nos extenuan.

Si todavía es inviable el sueño de prescindir de dormir, parece que ya hay fuertes inversiones en el intento de intervenir en los estados psicofísicos de disponibilidad y descanso, con productos o servicios que venden la propuesta de conectar o desconectar el cuerpo según las preferencias de cada uno. Al fin y al cabo, como afirma Crary (2014, 24), “el tiempo para el

---

23 Harris, Tristan. “A call to minimize distraction & respect user’s attention”. *Google*, 2013. Consultado el 6 de diciembre de 2020. <http://www.minimizedistracton.com>.

24 Zeitchik, Steven. “Com tanta tensão acumulada, Hollywood procura meios para nos acalmar”. *Público*, 3 de noviembre de 2020. Consultado el 25 de enero de 2021. <https://www.publico.pt/2020/11/03/impar/noticia/tanta-tensao-acumulada-hollywood-procura-meios-acalmar-1937651>.

25 ASMR (del inglés *Autonomous Sensory Meridian Response*) son videos utilizados para la promoción del relajamiento, el sueño y el bienestar, que reproducen sonidos e imágenes considerados placenteros y tranquilizadores, como susurros y ruidos repetitivos.

descanso y la regeneración de los seres humanos es simplemente demasiado caro para que sea estructuralmente posible en el capitalismo contemporáneo”. Frente a eso, la paradójica promesa ya disponible es descansar de consumir consumiendo. Porque también el relajamiento o la desaceleración deben ocurrir *on demand*. Y, además, su objetivo consiste en restablecer el bienestar de forma eficaz, para que así sea posible retomar las actividades productivas y consumistas estando nuevamente en plena forma.

Yendo más allá de la mera aceleración temporaria, la noción de JOMO, *Joy of Missing Out*<sup>26</sup> o alegría de perderse algo, se refiere a una reivindicación del placer de estar *offline*, enfatizando el alivio que implica alejarse de la participación compulsiva en la veloz dinámica de las redes. Esa especie de “regocijo” de la desconexión se propone como una alternancia entre los períodos de acceso continuo y otros consagrados al “*detox digital*”. Estos serían siempre elegidos libremente y autogestionados, como una opción más que se ofrece a los consumidores contemporáneos. Esa gestión puede –y se sugiere que debería– ser asistida por las pantallas digitales. Muchas aplicaciones permiten la posibilidad de saber por cuánto tiempo se estuvo conectado y haciendo qué tipo de actividad, por ejemplo. De modo que correspondería a cada individuo el papel de administrar e intentar moderar los eventuales excesos a los que termina sometiéndose, usando instrumentos que fueron creados justamente para eso.

Así, al contrario de la prometida relajación, según Sharma (2017, 150), esos dispositivos “promueven una fijación cultural más profunda en la administración del tiempo, dejando a la persona en un estado de constante insatisfacción marginal”<sup>27</sup>. De nuevo, por tanto, se constatan los conflictos inherentes a la extenuante temporalidad contemporánea, donde confluyen dos vertientes principales: la ansiedad intrínseca a la promesa del consumo ilimitado, por un lado, y la frustración ante la constatación de los propios límites, por otro lado. Como resultado de esa ecuación, en vez de conquistar la autonomía tan buscada por el emprendedor neoliberal, actualizado y autosuficiente, siempre el saldo es negativo ante las “exigencias de la autoadministración continua” (Crary, 2014, 54).

---

26 Rua, Martina. “Bienestar digital. Un plan usar las pantallas en la era conectada” *La Nación*. Consultado el 10 de enero de 2023. <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/tips-bienestar-digital-nid2530170>.

27 “All of these techniques for staying in time actually foster a deeper cultural fixation on the management of time – leaving one in a state of constant marginal dissatisfaction.”

## Consideraciones finales

Ante el agotamiento que provocan estas nuevas vivencias temporales, no sorprende que proliferen ciertas tácticas de protección, como silenciar las notificaciones de los dispositivos o establecer pautas personales para disminuir su uso. Pero no es fácil abandonar el estado de alerta y disponibilidad para embarcarse en otras temporalidades, por más deseadas que puedan ser. Aun con todos sus atractivos, la “vida digitalizada” se tornó extenuante y, en varios sentidos, se convirtió en un problema bastante sintomático de nuestro presente. De hecho, un emblema poderoso de nuestra época –tanto de sus glorias y conquistas como de sus miserias e impotencias– es el acervo virtualmente infinito de informaciones accesibles en todo momento y en cualquier lugar, que desaparece o se renueva sin cesar.

Con tanto estímulo y semejante apertura existencial, es inevitable sospechar que siempre habrá algo más interesante o divertido, más útil, placentero o imprescindible para ver, tener, hacer, comentar, compartir, etc. Pero nunca lograremos consumir (ni consumir) todo eso. De modo que la frustración está garantizada, así como la ansiedad, el cansancio e inclusive –quizás paradójicamente– el aburrimiento. Aunque parezca un conflicto *causado* por las tecnologías digitales, una mirada más atenta desmentirá ese diagnóstico. Esos artefactos integran cambios históricos significativos en los modos de vivir, que se fueron gestando a lo largo de décadas y terminaron produciendo, entre otras consecuencias, tanto su invención como su exitosa adopción en escala global; y, junto con ellas, la reconfiguración temporal que aquí estamos analizando.

Estas tendencias se acentuaron en la segunda década del siglo XXI, con la popularización de las redes sociales, del acceso móvil a internet y del *streaming*. Se esbozó entonces este nuevo problema: la creciente incapacidad para hacer frente a esa falta de límites que caracteriza tanto a la vida *online* como a nuestro papel de consumidores voraces y *full time*. “Tú puedes”, dice la omnipresente publicidad, un lema que sintoniza con el eufórico “yo quiero” –y el consecuente “yo lo merezco”– en contraposición al severo “usted debe” que marcó a los ciudadanos de los siglos XIX y XX (Sibilia 2020). En ese horizonte ilimitado que la digitalización viene propiciando, ganó cierta legitimidad el quererlo todo, incluso aquello que no logramos –ni jamás lograremos– consumir, porque nuestra experiencia demasiado humana sigue siendo fatalmente limitada.

Aun así, se sufre al asumir que deberíamos poderlo todo, en vez de padecer límites rígidos como los que solían imponer, de modo consensual, tanto la ley como la moral de la civilización decimonónica. Aquellas “jaulas de hierro” que restringían las proezas individuales modernas en nombre de valores o contratos considerados superiores. O sea, aquellos sacrificios laicos que fueron dilucidados por los autores antes mencionados: Nietzsche, Freud, Weber, Foucault, entre muchos otros. Más allá de los desamparos atávicos que marcan a la humanidad como un todo, cada época enfrenta sus propios laberintos. En la era moderna, un motivo de sufrimiento crucial fue interpretado como la necesidad de reprimir o sublimar deseos individuales en nombre de entidades trascendentales. Ese drama alcanzó su apogeo en el siglo XIX y buena parte del XX, irradiado desde las metrópolis europeas rumbo a los confines más remotos del planeta bajo la impronta de la subjetividad burguesa con su proyecto modernizador y colonizador.

Los fenómenos analizados en este ensayo parecen confirmar nuestro distanciamiento con respecto a aquella dinámica que selló los —ya anticuados— tiempos modernos con sangre, sudor y lágrimas. No sufrimos más —o no exclusivamente, tal vez ni siquiera de forma prioritaria— por tener que someternos con cierta docilidad a la órbita del deber, esa violenta introyección que llevaba a reprimir los deseos más oscuros. Una porción considerable de los malestares actuales parece vinculada a otra lógica, que se vislumbra casi opuesta a la tragedia precedente. Se trata de la problemática indagada en este artículo: la dificultad que implica el autocontrol en una cultura que incita al consumo ilimitado basado en la “libre elección” individual, mientras carece de herramientas para convivir con el fracaso y con todo tipo de restricciones, incluso las temporales.

Traducido por Dra. Silvia Koziol

## **Bibliografía**

- Andrejevic, Mark. 2013. *Infoglut: how too much information is changing the way we think and know*. Nueva York: Routledge.
- Alter, Adam. 2017. *Irresistible: the rise of addictive technology and the business of keeping us hooked*. Nueva York: Penguin Press.
- Bentes, Anna; Bruno, Fernanda; Faltay, Paulo. 2019. “Economía psíquica dos algo-

ritmos e laboratório de plataforma: mercado, ciência e modulação do comportamento”. *Revista Famecos* 26 (3): e33095. <https://doi.org/10.15448/1980-3729.2019.3.33095>

- Crary, Jonathan. 2014. *24/7: Capitalismo e os fins do sono*. São Paulo: Cosac Naify.
- Crary, Jonathan. 2011. “Espetáculo, atenção, contramemória”. *Revista Arte&Ensaio* (23): 196-209.
- Davenport, Thomas H. y Beck, John C. 2001. *The attention economy: understanding the new currency of business*. Boston: Harvard Business School Press.
- Deleuze, Gilles. 2014. “Posdata a las sociedades de control”, en *El lenguaje libertario*, organizado por Christian Ferrer. Buenos Aires: Utopía Libertaria.
- Eyal, Nir. 2014. *Hooked: how to build habit-forming products*. Nova Iorque: Penguin Group.
- Ferraz, Maria Cristina Franco. 2015. *Ruminações: cultura letrada e dispersão hiperconectada*. Rio de Janeiro: Garamond.
- Foucault, Michel. 1992. *Microfísica do poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- Foucault, Michel. 1993. *Vigiar y castigar*. México: Siglo XXI.
- Harvey, David. 1993. *A condição pós-moderna*. São Paulo: Loyola.
- Sharma, Sarah. 2017. “Speed traps and the temporal: of taxis, truck stops, and taskrabbits”. In: *The sociology of speed: digital, organizational, and social temporalities*, organizado por Judy Wajcman e Nigel Dodd, 131-151. Oxford: Oxford University Press.
- Sibilia, Paula. 2012. *¿Redes o paredes? La escuela en tiempos de dispersión*. Buenos Aires: Tinta Fresca.
- Sibilia, Paula. 2020. “El malestar de lo ilimitado”. In: *Fronteras*, 33 Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, 980-983. Montevideo: Viento de Fondo.
- Sibilia, Paula y Jorge, Marianna Ferreira. 2024. “El malestar de la conexión espasmódica. ¿De la obediencia a la dependencia?”. *The International Journal of Psychoanalysis* 100 (6): 1422- 1438. <https://doi.org/10.1080/00207578.2019.1702882>.

## Link panel de cierre simposium

<https://youtu.be/7G9EjwVIf4Q?si=WH4C06mWJ1w9JIUT>

# Aplicación del enfoque Modular-Transformacional al diagnóstico de los trastornos narcisistas<sup>1</sup>

Hugo Bleichmar

El presente trabajo tiene como objetivo aplicar el enfoque “Modular-Transformacional” al examen de uno de los sistemas motivacionales –el narcisista– desarrollando la tesis de que las clasificaciones categoriales – organización de la psicopatología y de la estructura de personalidad en grupos separados, estancos, definidos por unos pocos atributos– deben ser reemplazadas por diagnósticos de tipo dimensional en los que la articulación de diferentes dimensiones o componentes den lugar, en su combinatoria, a las configuraciones psicopatológicas y de personalidad.

De manera semejante a lo que sucedió con otras disciplinas, como la química, por ejemplo, en que primero se describieron entidades sin relación las unas con las otras y, luego, cuando se accedió a comprobar que estaban compuestas por diferentes átomos que podían entrar en varias de ellas, y que lo propio de una sustancia dependía de la forma particular de combinación de elementos simples, el camino que debe recorrer la psicopatología consiste en la descripción de “átomos” o dimensiones que al articularse originan algo que no estaba previamente en los componentes aislados, lo que se ha llamado cualidad emergente (Morin, 1977).

Doble propiedad de la estructura del psiquismo: por un lado, organización global en la que el todo comanda a las partes que le quedan subordinadas; por el otro, existencia de componentes reconocibles en ese todo y que pueden adquirir preeminencia temporal, incluso alternante: el narcisismo relegar a un lugar secundario a la autoconservación o viceversa, las necesidades de apego hacer lo mismo con respecto al narcisismo, el

---

<sup>1</sup> Publicado en *Aperturas Psicoanalíticas, Revista Internacional de Psicoanálisis*, n. 005 2000, [aperturas.org](http://aperturas.org)

deseo sexual determinar que el sujeto acepte cualquier humillación frente al objeto que le provee de placer sexual o que corra todo tipo de riesgos olvidándose de la autoconservación, etcétera. Incluso, alguno de los sistemas motivacionales puede encontrarse disociado, escindido del conjunto para siempre o emerger, como verdadero volcán, desde un previo estado de desactivación en el inconsciente para reorganizar la estructura global (para el concepto de desactivación sectorial del inconsciente como diferente del estado de reprimido, ver Bleichmar, 1997).

Doble propiedad de la estructura del psiquismo que requiere de una metodología de investigación que refleje la misma: por un lado, “análisis”, en el sentido de descomposición, deconstrucción, búsqueda de componentes. Por el otro, recomposición en múltiples combinatorias que trasciendan a las categorías clásicas de la fenomenología psiquiátrica –obsesiones, histeria, fobias, etcétera. Así, por ejemplo, alguien puede presentar un trastorno narcisista –una temática del deseo alrededor de la comparación con el yo ideal y la ubicación del sujeto en una escala valorativa– y funcionar a nivel psicótico o neurótico o *borderline*. O tener un narcisismo marcado por el odio y la destructividad –se reequilibra en base a destruir al otro– o, por el contrario, de tipo libidinal –narcisismo expansivo en que el sujeto ama al otro, se hace amar por este, lo cuida y mimó a condición de que este otro participe en un sistema de idealización recíproca. Narcisismo, por otra parte, que puede estar articulado en una estructura en que el proceso primario domine y las fantasías habitualmente reprimidas inundan la conciencia o, en cambio, en la cual el proceso secundario y la rígida intelectualización sean lo hegemónico, en que se combine con mecanismos paranoides de atribución de responsabilidad al otro o mecanismos de autoinculpación codificados como virtud, en que el sentido de realidad esté conservado o seriamente perturbado, en que la satisfacción narcisista se obtenga por la valoración otorgada a los rasgos de control obsesivo que constituyen lo más ostensible de la personalidad o por los beneficios interpersonales de la seducción histérica. Narcisismo que se sostiene en algunos casos en el poder ejercido sádicamente y en el capricho más absoluto o, por el contrario, en la narcización del sacrificio –masoquismo narcisista– y sentimiento de valía por la devoción que se tiene al otro y renuncia al propio deseo. Narcisismo apuntalado a veces por la más pura ilusión megalómana, por el mantenimiento del deseo en el plano de la fantasía con simultánea fobia social, o por la tendencia a la actuación,

al “cortocircuito”, en que la fantasía se transforma inmediatamente en acción sobre el mundo exterior e, incluso, manipulación psicopática de los demás. Acción sobre el mundo exterior que puede estar respaldada o no por los recursos yoicos necesarios para la realización exitosa del deseo narcisista. Narcisismo que en ocasiones busca en el otro su reequilibrio a través de ser especularizado o la fusión con figuras idealizados, o que depende del juicio interno del superyó y que se consolida en la medida en que el sujeto se representa no necesitando de nadie.

En síntesis, sistema motivacional narcisista que solo se puede entender cuando se considera con qué otras dimensiones del psiquismo se combina –agresividad, tipo de defensas, sentido de realidad, tendencia o no a la regresión, organización masoquista o sádica, idealización del superyó o de la figura externa, tendencia a la acción o ilusión de control del mundo exterior mediante la fantasía, etcétera. Y, además, cuando se establece qué peso relativo tienen otros sistemas motivacionales en la determinación de la fantasía y la conducta: sistema sensual/sexual, sistema del apego, de la hetero-autoconservación, etcétera–, lo que hace que las categorías clásicas, incluso las de la nosología psicoanalítica, le queden siempre estrechas. Decir que alguien tiene un trastorno narcisista a secas, aun cuando se le agregue que es por déficit o por conflicto, es tan limitado como afirmar que alguien es psicótico o *borderline* u obsesivo o histérico o depresivo sin especificar subtipos dentro de estas categorías.

Pero antes de abordar específicamente los trastornos narcisistas, digamos que un diagnóstico dimensional requiere determinar, por lo menos entre otros, y solo a modo de ilustración sumaria, los siguientes componentes (para una descripción más detallada de algunas de estas dimensiones ver Bleichmar, 1997, cap. IX “Algunas dimensiones para un modelo modular-transformacional en psicopatología y psicoterapia psicoanalítica”):

**A.** Los deseos prevalentes del sujeto: especificación de las cualidades de los diferentes sistemas motivacionales que impulsan fantasías y conductas, y la interrelación entre ellos de antagonismo o de sinergia –relaciones de incompatibilidad o de sumación entre deseos sexuales, narcisistas, de autoconservación, de apego, agresivos, libidinales, de regulación psicobiológica, etcétera.

Es decir, mapa detallado de cuáles son los sistemas motivacionales prevalentes en el sujeto, y *frente a qué contextos o estímulos externos* –caracte-

*rísticas del otro— se activan o desactivan, es decir, qué influencia ejercen los personajes significativos.* En algunas personas los deseos no tienen un carácter relativamente autónomo, autososteniéndose como fuerza motivante a lo largo de la vida sino que dependen esencial y primariamente del objeto externo para despertar y ser mantenidos. La pregunta acerca de qué desea el sujeto, como si siempre fuera algo inmanente al mismo, refleja una concepción de un psiquismo centrado sobre sí mismo. Y no nos estamos refiriendo al momento de constitución del deseo, a cómo este se organiza en las primeras etapas de la vida, sino a cómo se activa o desactiva en función de la presencia y acción del otro.

Se requiere, para evitar hablar del deseo en abstracto, *la descripción de la forma en que esos deseos están organizados en términos de fantasías inconscientes y conscientes concretas, en escenas fantaseadas de vínculos con los otros, de posicionamiento edípico, de identidades imaginarias inconscientes desde las cuales actúa y que son dependientes de los sistemas motivacionales, y de las identidades atribuidas a los otros como gratificadores/frustradores de los sistemas motivacionales y como origen de sus ansiedades.* Ejemplos de identidades sostenidas desde los sistemas motivacionales:

1. Desde el sistema de la hetero-autoconservación: identidad de sujeto en peligro o a salvo, de perseguido o perseguidor, de protector o protegido, de dador o de receptor de suministros, de culpable por no proteger o atacar al otro, etcétera. Lo que, en el plano de la sintomatología, puede dar lugar a cuadros del tipo de las fobias, de trastorno de pánico, de hipocondría, de trastornos persecutorios, de culpabilidad, etcétera.
2. Desde el sistema narcisista: identidad de admirado/admirador, denigrado/denigrador, valioso/inferior, etcétera.
3. Desde el sistema de apego: identidad de abandonado/abandonante, etcétera.
4. Desde el sistema sensual/sexual: identidad de excitado seducido / excitante seductor, identidad de frustrado/frustrante, etcétera.

Por tanto, *reformulación del concepto de identidad—para sacarla del marco reducido de categoría sociológica— desde los sistemas motivacionales que le dan forma.*

## **B.** Las formas de reaccionar frente a esos deseos

En la relación que el sujeto mantiene siempre consigo mismo, ante el surgimiento del deseo, debemos considerar:

1. Tolerancia/rechazo y castigo del deseo. Se trata, por tanto, del análisis de la estructura del superyó, de sus funciones: auto-observación, función del ideal, conciencia crítica (Freud, 1923, 1933).
2. Las expectativas (prejuicios) de que serán realizables o, por el contrario, sentimiento de impotencia anticipatoria dándolos como imposibles (Bibring, 1953, Bleichmar, 1996). El sentimiento de que los deseos se realizarán o no constituye una convicción profunda que puede ser sectorial –depender de la temática del deseo– o ir más allá de las temáticas de los mismos. Expectativa de realizabilidad/irrealizabilidad que interviene como variable para dirigir el curso del deseo, para desactivarlo o impulsarlo. Existen personas cuyo posicionamiento frente a la realizabilidad del deseo es que este se halla siempre por fuera de sus posibilidades, mientras que otras anticipan, incluso ante circunstancias adversas, que lo deseado se alcanzará.

El interés de tomar en cuenta la dimensión “expectativa de realizabilidad del deseo” es que amplía las causas de la inhibición del deseo más allá de la dialéctica “el deseo y la prohibición”, paradigma clásico que frecuentemente se considera suficiente para explicar las vicisitudes del deseo. Alguien puede desear algo, no rechazarlo desde el superyó y, sin embargo, tener hondamente arraigada la convicción de que estará por fuera de su alcance, ya sea por causa de sus limitaciones –ciertas representaciones del self– o de una realidad exterior representada como frustrante.

## **C.** Las angustias emergentes frente al conflicto interno y a la realidad exterior, cuya particularidad depende, una vez más, de los sistemas motivacionales en juego: angustias narcisistas –inferioridad, vergüenza, etcétera–, angustias de apego –separación, abandono, etcétera–, angustias de hetero-autoconservación (ej.: en la heteroconservación –cuidar al otro, con la posibilidad consiguiente de la existencia de sentimientos de culpa; en la autoconservación, miedos diversos), angustias frente a la desregulación psicobiológica –ejemplos: crisis de pánico, fenómenos

de despersonalización, etcétera—, con los respectivos subtipos dentro de cada una.

**D.** Grado de tolerancia subjetiva ante la angustia (angustia ante la angustia).

**E.** Grado de desorganización psicobiológica que la angustia pueda ocasionar:

- 1) Desequilibrio neurovegetativo —ej.: manifestaciones somáticas de las crisis de pánico.
- 2) Emergencia de manifestaciones de enfermedad psicósomática.
- 3) Desorganización psíquica. A diferencia de la dimensión “tolerancia subjetiva ante la angustia”, en este caso nos encontramos ante los efectos de la angustia en la *se* y de su relación con lo somático. No se trata de un fenómeno puramente imaginario, representacional, sino de las consecuencias en el funcionamiento psíquico —ej.s.: fenómenos de suspensión de grado variable de la capacidad representacional, la mente “en blanco” o, en su grado máximo, el fenómeno de “amentación”, descrito por Ogden. Igualmente, alteraciones en el curso del pensamiento, reemplazo del proceso secundario por el primario y del nivel conceptual-verbal por el alucinatorio, etcétera.

Ejemplos de los efectos sobre la *operatoria del psiquismo* que producen ciertas representaciones: a) el estado de obnubilación, perplejidad, de casi suspensión de la función simbólica, que ocurren en los primeros momentos de los acontecimientos traumáticos, lo que podemos considerar como estado de shock psíquico; b) la desactivación del pensar, el adormecimiento, la disminución de la libido de ciertos estados depresivos.

La vulnerabilidad de la *operatoria del psiquismo* ante la angustia es una variable que distingue a las personalidades *borderline* o psicóticas. Mientras que las personalidades neuróticas resisten altos niveles de angustia, aquellas se desorganizan psíquicamente con relativa facilidad.

**F.** Las defensas que se ponen en juego, diferenciando entre mecanismos de defensa, defensas en el inconsciente y compensaciones (ver Bleichmar, 1997, p. 343 y sig.).

**G.** Los recursos que se tienen para llevar adelante los deseos. No basta con desear algo, que el superyó lo permita, que no se despierte angustia y que se lo vea como realizable, pues si la persona no tiene las capacidades emocionales e instrumentales / prácticas para llevar a la acción esos deseos todo quedará en el nivel del deseo fantaseado. Es una de las razones, entre muchas otras, por las cuáles la pregunta sobre el deseo y el reconocimiento del deseo es solo una parte de las cuestiones a las que debe responder un diagnóstico. En este sentido, la prohibición del deseo –eje de la primera psicopatología freudiana– no constituye el único obstáculo que se interpone en el camino de aquél. En el curso del deseo hacia su realización hay una serie de eslabones que son todos ellos condiciones necesarias:

1. Surgimiento del deseo, es decir que exista y que tenga fuerza. La fuerza del deseo de cada sistema motivacional no es de carácter universal y su única variación individual sería si está reprimido o no. En “Avances en Psicoterapia Psicoanalítica” (Bleichmar, 1997) hemos señalado que si el deseo, en su especificidad, depende del papel estructurante del otro, cuando este otro no catectiza un área de deseo del sujeto quedará un agujero en el psiquismo, diferente de cuando el deseo es intenso y está reprimido –primera psicopatología freudiana con las descripciones de la histeria y de los cuadros obsesivos, por ejemplo.

2. Que no despierte angustia inhibitoria por parte de la crítica interna del superyó o de la creencia –a veces concordante con la realidad– sobre una amenaza externa que se le opone.

3. Que se sienta como realizable.

4. Que se tengan los recursos yoicos para implementar su puesta en acto en la realidad.

**H.** Papel de la agresividad y de las tendencias libidinales, como fuerzas contrapuestas que moldean los tipos de deseos que crean e impulsan. La expresión tendencias libidinales tiene una connotación similar a algunos de los componentes que Freud metaforizó bajo la denominación de Eros: estado emocional de amor al objeto y a sí mismo, de búsqueda de unión, de protección de la vida, de disminución del conflicto.

Las tendencias agresivas y libidinales constituyen grandes líneas de fuerza en todo sujeto, con un peso relativo de cada una de ellas que es variable, con momentos en que se activan unas u otras, con una base constitucional pero dependiendo en su desarrollo, en su intensificación o

disminución de las condiciones que el sujeto va encontrando en sus intercambios con la realidad exterior, especialmente con sus seres significativos. Pero, una vez alcanzada una cierta estructuración del sujeto, serán vectores que incidirán para la forma que adopten los distintos sistemas motivacionales: impregnarán, organizarán, al sistema sensual/sexual, al narcisista, al de la hetero-autoconservación, al del apego. *Así, podrá haber sexualidad agresiva o amorosa, apego tierno o controlador/limitativo/agresivo, narcisismo agresivo/destructivo o libidinal, etcétera.*

Las vicisitudes en la evolución de los distintos sistemas motivacionales (frustración/gratificación) reforzarán o debilitarán las tendencias agresivas o libidinales.

**I.** Gramática de la afectividad y los estados mentales: forma en que en una persona tienden a encadenarse, a eslabonarse, los estados afectivos y mentales. Ej.: ante el sufrimiento –sea psíquico o físico, no importando su temática–, activación automática de la agresividad, como se ve en algunas personalidades borderline que frente a diferentes tipos de malestar –dolor físico, sufrimiento narcisista, sentimientos de culpa, angustias de separación, etcétera–, se desencadena automáticamente agresividad descontrolada.

O ante el miedo, surgimiento de sentimientos de parálisis mental, de desconexión, incluso de hipotonía muscular. O lo contrario, ante el miedo, tendencia a la acción, a salir corriendo. Reacciones primitivas del psiquismo, propias de personalidades regresivas, momentos de funcionamiento casi cercanas al nivel animal en los que el animal asustado se inmoviliza o huye frenéticamente.

En psicoanálisis se han descrito las fantasías, la ideación inconsciente que codifica al acontecimiento externo. Todo esto tiene lugar en los momentos en que la función simbólica –capacidad de enlazar representaciones, de crear significados por el encuentro entre estas– está funcionando. Pero, junto con este nivel, existe otro primitivo en que una representación no da origen a otra representación sino a un estado afectivo y de acción. Como analogía, un gato asustado, automáticamente eriza su pelo, arquea su lomo, saca sus garras, muestra los dientes, y ataca, en un patrón reaccional al que no hay que suponerle una fantasía de “quiero asustar” sino un verdadero esquema afectivo y de acción. En el nivel humano, a pesar del surgimiento del lenguaje, y de la reestructuración que este implica de

lo anterior, nunca hay total reabsorción y anulación de los estados más primitivos de funcionamiento. Es lo que captó muy bien Piera Aulagnier cuando señaló que no hay reabsorción del proceso originario por parte del primario, y de este por el secundario (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

Por ello, junto al nivel semántico-verbal, junto a seguir las asociaciones discursivas del paciente durante la sesión, hay otra dimensión, a la que no hay sueño ni fantasía que la pueda estar describiendo, que está dada por el encadenamiento de estados afectivos y de acción (ej. el analista hace silencio y el paciente entra en un estado de sopor: “*enactment*”, memoria procedimental, de experiencias en las que ante el abandono por parte del objeto, el niño reaccionaba con ese estado afectivo y neurovegetativo).

**J.** Uso de la emocionalidad como comunicación y acción sobre el otro para inducir estados afectivos deseados que satisfagan a los sistemas motivacionales del sujeto o que eviten las angustias prevalentes. Hay personas que para tener la convicción de que llegan al otro, requieren como indicador de que esto sucede que el otro comparta el mismo estado afectivo, sea ansiedad, alegría, tristeza, etcétera. Si alguien posee esta modalidad comunicacional de su afectividad, en los casos en que el terapeuta mantenga un tono afectivo propio, bajo, el paciente podrá incrementar la afectividad a la manera del aumento del volumen de voz que se produce cuando se le habla a un sordo. Círculo vicioso entre ciertos pacientes y ciertos terapeutas que, no tolerando la hiperemocionalidad, bloquean su propia afectividad, lo que es sentido por el primero como que no llega a comunicar lo que siente, con lo que redobla sus esfuerzos de impostación de la afectividad.

**K.** Síntomas que surgen como productos de condensación entre deseos, angustias, defensas y recursos. Síntomas que, a veces, son básicamente defensivos de encubrimiento, de realización de deseos –buscados activamente desde el inconsciente– y muchas otras efectos no deseados, consecuencias del interjuego deseo/angustia/deseo/recursos.

**L.** Tipo de relaciones entre la organización de la conciencia y el inconsciente. Variación de los límites entre una y otro: excesiva permeabilidad –invasión de la conciencia por los contenidos y formas de organización inconscientes– o, por el contrario, rigidez de la frontera –desconexión del sujeto de su inconsciente.

**M.** Tendencia a la regresión –vuelta, después de haberse alcanzado un nivel de funcionamiento más maduro, a formas primitivas de control de los impulsos, de vínculos interpersonales, de organización de la ideación, etcétera.

**N.** Pero, así como la tendencia a la regresión, a la vuelta al pasado, a la compulsión a la repetición constituye una dimensión esencial del psiquismo, y en algunas personas la captamos en su máxima intensidad, por el otro lado, la capacidad de despegarse del pasado, de “olvidar” lo que quedó inscrito procedimentalmente, de reabrir a nuevas simbolizaciones, de neogénesis ( S. Bleichmar, 2000), es algo a evaluar en el encuentro con el paciente en base a la forma en que responde a los intercambios con el analista. El énfasis en la repetición ha tomado tal peso en psicoanálisis que pareciera que fuéramos más sensibles a captar lo invariable que lo nuevo, con el riesgo de no dejar brotar aquello que incipientemente emerge de diferente con respecto al pasado.

**Ñ.** Grado de *insight*, de función reflexiva (Fonagy, 1999, 2000), de captación del sujeto no solo de sus deseos y fantasías sino de su nivel operatorio, así como de los estados emocionales e intencionalidades del otro. Diferenciar entre memoria representada simbólicamente –semántica, biográfica, etcétera–, recuperable en términos de imágenes y de narrativas, por un lado, y memoria procedimental, actuada, el llamado “*enactment*”. Memoria procedimental que, como dijimos más arriba, no puede ser recuperada en el tratamiento por el relato del paciente, por la narrativa con que representa su vida y sus vínculos actuales, sino por la observación de cómo va reaccionando en el momento a momento de la sesión, por la forma de relacionarse con el terapeuta, por lo no dicho pero actuado, por cómo un estado afectivo o mental desemboca en otro.

## **El diagnóstico desde el enfoque “Modular-transformacional”**

El tomar en cuenta las dimensiones que venimos de enumerar a título ilustrativo, el pensar al paciente en términos de las mismas, intentando ver cuál es la configuración de dimensiones que mejor describe su

personalidad, el formar una especie de grilla con esas dimensiones e ir colocando en ella el funcionamiento del paciente, *permite entender qué es lo que diferencia al enfoque “Modular-Transformacional” de aquellos otros que consideran como suficiente para explicar al psiquismo a las grandes categorías generales tales como Edipo, deseo, castración, falo, self, represión, sexualidad, posición esquizo-paranoide o depresiva, intersubjetividad, apego, identificación proyectiva, etcétera, no porque ellas sean prescindibles sino porque aisladamente solo dan cuenta de algunas problemáticas, por más importantes e indispensables que estas sean.* Nuestro cuestionamiento es a su uso como explicaciones omniabarcativas, y no nos estamos refiriendo al empleo de “clichés” o contraseñas de identidad por los miembros de algunas escuelas –sería lo menos grave pues afectaría solo al sector dogmático de cada una de ellas y, especialmente, a los miembros de menor formación que encuentran en su repetición la condición fetichista de pertenencia– sino a la concepción epistemológica de fondo: pensar que el psiquismo, que llegó a ser lo que es luego de millones de años de evolución, en dirección hacia una complejización creciente, psiquismo que organiza los múltiples intercambios del sujeto con el grupo humano en el que convive, con las fuerzas del mundo exterior a las que debe adaptarse, con las tensiones internas del cuerpo y de su propia organización, pueda quedar descrito por unas cuantas fórmulas. Si de algo nos puede servir el panorama actual de la revolución a la que asistimos en biología es que cada entidad aparentemente sencilla está formada por un número difícil de predecir de elementos y de procesos de articulación y transformación de componentes que, en su sinergia y antagonismos, dan lugar al funcionamiento total. Es nuestra impresión que los psicoanalistas somos, frecuentemente, como los filósofos de la antigüedad que “razonaban” cómo eran las cosas en vez de estudiarlas en su particularidad y que, sobre todo, se conformaban con unos cuantos principios para lograr creer que sus mentes dominaban el conocimiento de las mismas. No es infrecuente en nuestro campo el constatar una práctica consistente en delimitar un campo restringido de las fuerzas y condiciones que organizan el psiquismo y luego, arbitrariamente, decidir que solo de eso se ocupa el psicoanálisis, creándose un encierro dentro de fronteras protegidas por lo que hemos denominado “candados ideológicos”, o sea, argumentos racionalizadores que descalifican cualquier dato o posición teórica que ponga en cuestión al sistema de creencias.

Respecto al enfoque “Modular-Transformacional”, lo entendemos como enmarcado por:

a) Una concepción epistemológica: la complejidad resulta de una articulación de componentes que desempeñan diferentes funciones en la arquitectura global del psiquismo. Funciones y componentes que derivan de las tareas que el organismo y el ambiente van imponiendo al aparato mental, como la moderna teoría de la evolución indica. Si el hombre vive en grupos, se tuvo que desarrollar no solo el lenguaje sino algunas funciones como la empatía, la capacidad de leer los estados emocionales del otro, de utilizar las emociones como comunicación y no solo como expresión, de desarrollar un sistema de apego al mismo tiempo que de mantenimiento de la individualidad, de despliegue exhibicionista para asegurar seducir al objeto del deseo, de procesos de identificación para aprovechar lo ya adquirido psicológicamente por la especie y no tener que volver a “descubrirlo”, y para favorecer la cohesión grupal –la no disonancia y el conflicto. O sea, estructuras mentales que posibiliten los intercambios emocionales, sexuales y de hetero-autoconservación. Y, al mismo tiempo, desarrollo de la conciencia reflexiva que otorga clara ventaja evolutiva sobre los automatismos primarios, establecimiento de la represión y la disociación para mantener apartado todo lo que desestabiliza a un psiquismo complejizado por la simbolización alcanzada, fuente de tensiones y conflictos que el mundo animal no tiene. Simbolización creciente que reorganiza la sexualidad animal y da lugar al erotismo humano, marcado por los discursos que gobiernan los deseos y las prohibiciones.

En consecuencia, desarrollo de estructuras mentales de la vida interior que garantizan el funcionamiento mismo del psiquismo, que le permiten regular la ansiedad y que hacen factible los intercambios con el entorno humano y no humano. Mecanismos mentales de articulación entre lo interno y lo externo, de entre los cuales los procesos de ocultamiento –los mecanismos de defensa: represión, negación, disociación, etcétera– son la internalización de formas de evitar conflictos con el entorno y no meramente defensas intrapsíquicas autogeneradas (ver Bleichmar, 1997; para el inconsciente bipersonal, ver Lyons-Ruth, 1999).

b) Una metodología de investigación: delimitación de sectores del psiquismo, subdelimitación de sectores dentro de cada uno, y de dimensiones en los subsectores; y, al mismo tiempo, estudio de la relación entre esos sectores y de las transformaciones que cada uno impone en los otros:

ej. una sexualidad gobernada no solo por el deseo erótico sino por el narcisismo que le hace rechazar su puesta en acto cuando es vivida como humillación, o que la incrementa cuando se sobresignifica como indicio de valoración, como se observa en el machismo. O, un sistema de apego que utiliza a la sexualidad como forma de vincularse al otro, y que ya pre-anunciara Fairbairn (1952) cuando planteó la búsqueda de objeto como motivación central.

## **Aplicación del enfoque al narcisismo: dimensiones que intervienen en el polígono de fuerzas del balance narcisista**

Siguiendo la metodología que venimos de proponer –deconstrucción de las categorías, delimitación de dimensiones y, recién luego, reorganización en las combinatorias en las que entran–, en este trabajo nos centraremos en el momento analítico, en el intento de descomponer la categoría global de narcisismo en áreas y dimensiones de las cuales depende el balance narcisista. Balance narcisista –grado subjetivo, inconsciente y consciente, de satisfacción del sujeto consigo mismo, y efectos sobre la *operatoria del psiquismo*– que es la resultante del interjuego de diferentes dimensiones, entre las cuales debemos tomar en consideración:

a) Las representaciones, en múltiples áreas, que el sujeto tiene de sí mismo –lo que se suele denominar representaciones del self o “yo representación”.

b) Las ambiciones narcisistas: ideales para el yo; yo ideal (para una diferenciación entre ambos, ver Bleichmar, 1978, 1981; para la relación entre el concepto de superyó y el de ideal del yo, Winograd, 1983).

c) El grado de vigilancia, de autoobservación, de severidad o de tolerancia, o de sadismo, de la función crítica del superyó (Freud, 1923, 1933).

d) Los recursos de los que se dispone para satisfacer las expectativas narcisistas: afectivos –ej.: gama de reacciones afectivas, capacidad de regular la afectividad y la ansiedad (Lichtenberg, 1989)–, interpersonales –ej.: capacidad para provocar en el otro las respuestas afectivas deseadas–, además de los recursos instrumentales, intelectuales, capacitación laboral/profesional, etcétera.

e) Modalidades de equilibrio del narcisismo mediante defensas y compensaciones.

f) Realidad externa favorable/desfavorable para las características del sujeto y para la realización de sus deseos.

La restauración terapéutica del equilibrio narcisista se podrá conseguir trabajando ya sea sobre el conjunto o sobre algunas de estas dimensiones. En algunas personas, es la desmesura de sus ambiciones la que crea el desbalance a pesar de poseer una buena imagen de sí mismo –incluso, sobrevaluada– o disponer de recursos adecuados para lograr las aspiraciones que serían las corrientes de una persona que no tuviera aquellas ambiciones: las metas son tan elevadas que siempre terminan sintiéndose fracasados.

En otras personas, el desequilibrio narcisista es el resultado de la pobre imagen de sí que arrastran desde la temprana infancia. En otros, es el sadismo del superyó que no da tregua, atacando continuamente, elevando las metas o rebajando la imagen del sujeto, hasta encontrar una razón que justifique el auto-odio, a la manera de padres que odiando a un hijo buscan las coartadas que permitan racionalizar su descalificación agresiva. En otros, la causa reside en la pobreza de recursos para alcanzar las aspiraciones, incluso modestas, que tienen.

*La estrategia terapéutica apuntará a la modificación de las dimensiones que, para esa persona en particular, constituyen las condiciones que sustentan el trastorno narcisista. Por ello, las orientaciones terapéuticas centradas solo alrededor de un objetivo corren el riesgo de estar desenfocadas. De poco sirve el especularizar, narcisizar, permitir la fusión con la imago parental idealizada cuando el trastorno narcisista y la profunda insatisfacción personal depende de la presencia de metas grandiosas o de un superyó sádico o de modalidades patológicas largamente enraizadas de lograr el balance narcisista –agresividad y ataque a los objetos internos y externos. Igualmente, si los recursos yoicos del sujeto son pobres o sufre de fuertes angustias persecutorias que lo desorganizan, haciéndole fracasar una y otra vez, se deberán encarar prioritariamente esas condiciones pues son las que conducen al desbalance narcisista.*

Pasemos ahora a examinar las dimensiones que hemos propuesto como organizadoras del balance narcisista.

## **Representaciones básicas del self**

Entre las representaciones que el sujeto tiene de sí, adquieren la máxima importancia las creencias básicas inconscientes –”creencias

matrices inconscientes pasionales” – acerca de la propia eficacia, potencia, saber hacer, verse como capaz de poder superar dificultades, etcétera. Representaciones todas ellas derivadas de:

a) Discursos sobre el sujeto por parte de sus otros significativos.

b) La identificación con las representaciones que los padres tienen de sí mismo. El sujeto toma la identidad del otro como si fuera la propia.

c) Experiencias concretas en que el sujeto se mostró eficaz, potente, tanto en las relaciones interpersonales como con respecto al mundo en general. Es lo que han enfatizado los autores que ponen el acento en la importancia de la reacción parental ante los deseos e iniciativas del niño (Balint, 1952 y 1968; Winnicott, 1965; Kohut, 1971 y 1979; Stolorow, 1987; Lichtenberg et al., 1992). El primer núcleo del sentimiento de eficacia se logra en los tempranos intercambios con los padres en los que estos responden afirmativamente a los requerimientos del niño. Si la sonrisa no es devuelta, si el gesto de acercamiento al otro no es correspondido, lo que va dejando como sedimento es el sentimiento de ineficacia de la propia acción. Traslademos estos a la situación terapéutica y preguntémos sobre los efectos estructurantes de la técnica clásica de no acceder sistemáticamente –es en lo sistemático, en lo que insistimos– a la demanda del paciente.

d) Las fantasías del sujeto que, tomando los componentes anteriores los reestructurarán, o desde las cuales son seleccionados aquellos que serán tenidos en cuenta y la codificación que se les otorgará.

Así como en los trastornos narcisistas de sobrevaloración –personalidad narcisista del subtipo descrito por el DSM-IV–, las representaciones básicas son las de superioridad, las de ser alguien excepcional, dotado de enormes cualidades –prejuicio que gobierna el posicionamiento que se establece en todo vínculo–, en los trastornos narcisistas con pobres representaciones de sí mismo, estas ubican al sujeto no solo como incapaz sino como careciendo de los méritos y cualidades de los personajes que le rodean. Nuevamente, creencia matriz pasional –matriz en el sentido que crea múltiples variantes– desde la cual se construirá al ocasional personaje con el que se interactúa como alguien supuestamente superior al sujeto.

Aquí no se trata de un superyó que vigila, compara y critica, que será más severo en algunas circunstancias que otras, que en cada momento creará conclusiones sobre el sujeto, sino de una creencia estable, de una identidad imaginaria nuclear bajo la cual el sujeto se representa. En tér-

minos de la segunda tónica freudiana, es un trastorno en la estructura misma del yo. Patología del yo representación, que una vez constituida, cualquiera haya sido su origen, se debe distinguir de la patología en la representación del sujeto que se produce en el momento a momento del funcionamiento psíquico por la acción de las operaciones que englobamos bajo la noción de superyó: auto-observación de fantasías que van surgiendo en el inconsciente y la conciencia, y de las conductas que expresan esas fantasías, junto a la contrastación con ideales que fijan cómo deberían ser esas conductas y fantasías, arribándose a juicios en los que hay absolución, premio o castigo. Mientras que el concepto de superyó se refiere a una modalidad de procesar representaciones, eminentemente activa, dinámica, con tensiones entre sus componentes, en cambio las representaciones básicas del self entran en la *operatoria del psiquismo* como elementos menos móviles, de ahí la dificultad para modificar las creencias bajo las cuales el sujeto llegó a representarse.

Resulta necesario especificar el peso relativo que las distintas áreas de autoevaluación poseen para el sujeto —ej.: puede sobrevalorar la belleza o la inteligencia o el logro social o los valores morales, etcétera. También, especificar si la jerarquía entre esas áreas es estable o depende del contexto y de los momentos interpersonales. Esto es función, a su vez, de la dimensión de personalidad “dependencia vs. autonomía” que, en la nomenclatura de Blatt (1992), aparece bajo la denominación de personalidades anaclíticas vs. introyectivas.

Igualmente, se requiere especificar si hay contradicción entre las representaciones inconscientes y las conscientes —escisión horizontal efecto de la represión—, o entre las representaciones dentro del mismo inconsciente —escisión vertical, en que existe representaciones encontradas—, o dentro de la conciencia —escisión vertical.

## **Causas de la existencia de representaciones desvalorizadas del self**

- a) Déficit primario de narcisización —falla parental en la función de especularización o en la provisión de una “imago parental idealizada” con la cual identificarse (Kohut, 1977).
- b) Descalificación primaria, sea por el discurso familiar y/o social.
- c) Defensiva: realizada por el propio sujeto para contrarrestar:

1) Angustias persecutorias –ej.: se autodisminuye para no despertar la ira del objeto, para no perder a la figura de apego cuando los méritos o logros del sujeto despiertan rivalidad en esta; lo que, clásicamente se consideró como defensa ante la ansiedad de castración.

2) Para proteger la imagen idealizada del otro por necesidad del sujeto de contar con tal tipo de figura.

3) Por culpa, formas masoquistas de autodenigración.

d) Acontecimientos traumatizantes para el narcisismo, pasados o presentes, causados por limitaciones del propio sujeto o por condiciones externas desfavorables.

### **Causas de la existencia de representaciones sobrevaloradas, incluso megalómanas, del self**

a) Hipernarcisización primaria: padres que convierten al hijo/a en un yo ideal, convenciéndole que se trata de alguien excepcional.

b) Hipernarcisización secundaria, defensiva: compensatoria de una imagen desvalorizada.

c) Condiciones externas muy favorables.

### **Ambiciones: yo ideal**

Tipos de yo ideal, de figuras heroicas (Lagache, 1961) con las que el sujeto desea identificarse. Niveles de grandiosidad a los que se aspira: normales/elevados/megalómanos.

1. De género: ideales de feminidad/masculinidad –físicos, belleza, sexualidad, maternidad, paternidad, etcétera.

2. Interpersonales: identidades que se desean asumir en las relaciones interpersonales –ej.: dominante, autónomo, protector, salvador, etcétera.

3. Logros sociales –estatus social, poder, riqueza, etcétera.

4. Morales: bondad, protección del otro, salvador/a, etcétera.

5. Intelectuales

Respecto al deseo de poder, una de las variantes importantes del yo

ideal, que se observa en los líderes políticos, religiosos, ideológicos, y que se suele describir como si fuera una categoría homogénea, requiere ser matizado en las motivaciones que le subyacen:

1. El poder como medio de conseguir la admiración de los seguidores. Es lo que se observa en los líderes que buscan el contacto, que gozan con el “baño de multitudes” (ej. líderes populistas, demagógicos).

2. El poder por el goce de sentir que se logra el sometimiento de los demás, que estos deben obedecer, incluso en contra de sus deseos, al líder al que temen (ej.: el jefe mafioso; o el dictador solitario, aislado en su ciudadela). El sadismo sin remordimiento es la marca.

Por otra parte, especificar las contradicciones que pueda haber entre ambiciones grandiosas e ideales morales, o con normas superyoicas que cuestionan la legitimidad de tener deseos grandiosos, o que impiden las conductas conducentes a su satisfacción.

## **Subtipos de superyó**

Al examinar la estructura del superyó, podemos distinguir la existencia de:

a) Mayor o menor tendencia a la autoobservación y autoevaluación. En cuanto a esta dimensión, digamos que la función de vigilancia del superyó tiene múltiples causas de reforzamiento: por un lado, el nivel de control, de observación que los padres hayan tenido sobre las cualidades y conductas del niño. Por el otro, al ser el superyó una organización defensiva que vigila desde dentro del sujeto intentando adelantarse a una posible objeción exterior, en la medida en que se esté más inseguro, que más se tema a las figuras externas, en esa misma medida el sujeto irá a la búsqueda de sus posibles fallas, incrementando la vigilancia.

La auto-observación es, por tanto, función del grado de persecución que sienta el sujeto, de la representación que tenga de cómo reaccionaría la figura externa ante sus fallas e infracciones y no solamente de una previa imagen de sí insatisfactoria o de la cualidad de sus impulsos y deseos. Es la razón por la cual la disminución en un paciente de la vigilancia por parte de su superyó requiere, en muchos casos, intervenir sobre una condición previa: la modificación de las representaciones que tiene respecto a las reacciones de las figuras externas frente a sus fantasías y conductas. De ahí, que la actitud terapéutica caracterizada porque el analista actúe como superyó “auxiliar” benévolo es poco efectiva para generar una disminución

de la vigilancia del superyó en los casos en que el sujeto siga teniendo representaciones de los otros como críticos y no aceptantes.

b) Conciencia crítica, sistema evaluador que acepta o, por el contrario, no tolera el apartamiento de las representaciones del self respecto a las ambiciones o ideales. Pueden existir elevadas normas de observancia –metaideales: “no dejarás de ser cómo tienes que ser, estás obligado a cumplir con tus ideales...”– de modo que cada conducta es juzgada para ver si se ajusta o no a las metas, a las ambiciones e ideales. Pero, en este caso, a diferencia de la condición que será examinada en el párrafo siguiente –sadismo estable del superyó–, si de la evaluación surge que el sujeto cumple con las ambiciones o ideales, entonces se acepta a sí mismo o, incluso, entra en momentos de autoexaltación narcisista. El estado de ánimo de este tipo de personas se caracteriza por la ciclotimia entre momentos de depresión y de exaltación narcisista.

En algunos casos, lo que domina es el sadismo permanente contra sí mismo, una intencionalidad agresiva que moldea y guía al proceso de evaluación, marcando siempre una distancia entre la representación del sujeto y los ideales. El sujeto eleva las metas o rebaja la imagen de sí mismo, siempre bajo la intencionalidad de atacarse. El sujeto ha internalizado una forma de relacionarse consigo equivalente a la manera con que sus figuras significativas, guiadas por el odio hacia el sujeto, continuamente lo atacaron en su narcisismo, buscando o, más aún, creando defectos e infracciones imaginarias. Lo que produce es un cuadro crónico de depresión rabiosa en que el sujeto, aplastado por su superyó, encuentra solo satisfacción en el ejercicio de la actividad autoagresiva, que puede alternar con momentos de proyección de la insatisfacción sobre las figuras externas, a las que se ataca también sádicamente.

Condición estable de auto-odio que es factible diferenciar de una otra manifestación de sadismo, en este caso no estable sino que se desencadena solo en los momentos de insatisfacción del sujeto consigo mismo –estallido de furia ante las fallas en el logro de las aspiraciones narcisistas. El sujeto se autodescalifica usando términos denigratorios que le parecen describir objetivamente lo que él es sin captar que las palabras utilizadas, pronunciados con fruición, son elegidas en función de la necesidad de agredirse. Se trata de un superyó que bien podríamos calificar de iracundo y que no es ajeno en su estructuración a experiencias vividas con padres que estallaban ante las limitaciones o errores del niño. La presencia de

un superyó sádico se pone en evidencia por los adjetivos que el sujeto se autoaplica –"imbécil", "irresponsable", "vago", etcétera.

Por otra parte, de acuerdo al tipo de ideales, cuyo cumplimiento vigila el superyó, es posible diferenciar, por un lado, un "superyó moral" que impone la prescripción de "cuidarás al otro, no lo dañarás, evitarás su sufrimiento...", y que ante las infracciones a esos ideales/mandatos se generan sentimientos de culpabilidad e impulsos a la reparación de los daños reales o imaginarios infligidos; es el superyó que constituye el eje de la obra freudiana y, especialmente de M. Klein, centradas en los deseos agresivos con respecto al rival edípico.

En algunas personas, existe un "superyó narcisista" cuyos mandatos son del tipo "serás el mejor, perfecto, no cometerás errores, debes triunfar...", tematizados como alcanzar niveles excelsos de belleza o perfección física o intelectual, de logros sociales, y que ante el no cumplimiento de esos mandatos determina el surgimiento en el sujeto de sentimientos de inferioridad. En este caso, la preocupación por el objeto pasa a un total segundo plano. Es la dimensión narcisista del Edipo, en que la posesión del objeto de amor no resulta del placer sensual/sexual que pudiera deparar el poseer al objeto de amor sino del triunfo sobre el rival, siendo el objeto erótico-sexual solo un medio y un testimonio de la perfección del sujeto.

Se ha dicho que el sociópata no tiene superyó. En realidad, tiene estructurado un superyó marcado por los mandatos narcisistas de grandiosidad. Si no los cumple, se siente tan mal –depresión– como aquel que no satisface mandatos de cuidar al otro.

Uno u otro de los dos tipos de superyó puede ser el dominante –ej: el "superyó narcisista" del subtipo de trastorno narcisista que el DSM-IV describe como "trastorno narcisista de personalidad", con mandatos internos de alcanzar grandes éxitos, con total falta de empatía por el otro quien pasa a ser simplemente instrumento a utilizar en aras de la grandiosidad del sujeto y al que se agrade sin culpa. En otras personas, se hallan presentes ambos tipos de imperativos, morales y narcisistas.

## **Relaciones entre el superyó y la representación interna del otro**

Una vez que Freud describió el superyó, surgió la tendencia en psicoanálisis a considerar que cuando el sujeto se sentía criticado por el objeto externo era porque proyectaba en este su propio superyó. Sin

embargo, la relación entre el superyó y la representación del objeto externo es más compleja. En realidad, superyó y representación interna del otro son componentes claramente diferenciables conceptualmente como lo evidencia el hecho que alguna gente se sienta valiosa cuando se encuentra en soledad —el juicio del superyó les lleva, incluso, a representaciones megalómanas— mientras que no bien se hallan ante el objeto externo lo que se proyecta sobre este es un objeto interno persecutorio, sintiéndose criticados. Combinatoria entre el juicio sobre el sujeto desde su superyó y el que se atribuye al objeto externo que puede revestir las formas siguientes:

a) Escisión entre superyó y el objeto interno representante del objeto externo —ej. “sí, sé que Ud. piensa que soy alguien valioso pero es porque no me conoce”, evidencia de que la representación que se tiene del objeto externo no es persecutoria mientras que el propio superyó sí persigue.

b) Proyección del superyó en el objeto externo al que se le atribuyen los mismos juicios del superyó —ej. el maníaco que cree que todos están tan encantados con él como lo está consigo mismo, o el melancólico que hace lo mismo con su autoevaluación negativa.

c) Se toma el juicio del objeto externo, juicio que pasará a ser el del propio superyó; lo encontramos en la personalidad sugestionable o dependiente.

La importancia de esta diferenciación radica en que define objetivos terapéuticos pertinentes para cada subtipo. Si lo que se proyecta en el objeto externo es el superyó —se cree que el otro piensa del sujeto lo que este piensa de sí— un primer tiempo, antes de encarar la modificación del superyó, es el trabajo con la diferenciación entre lo que el sujeto piensa y lo que cree que el otro piensa; es decir, la discriminación entre el sujeto y el otro o, en otros términos, trabajo sobre lo que se ha denominado “difusión de la identidad” (Kernberg, 1989). Si, por el contrario, el sujeto toma como propio el juicio del objeto externo —el superyó se “disuelve” en el objeto externo—, la terapia pasa por desmontar la idealización del otro y la sumisión del sujeto a este, revisando las condiciones que la determinaron en el pasado y la mantienen en el presente. En el caso que hubiera una escisión entre el juicio del superyó y el objeto interno representante del objeto externo —el superyó como aceptante y el segundo como persecutorio—, la terapia se orienta hacia la revisión del objeto interno, de su estructuración como objeto persecutorio y de su equiparación con el objeto externo.

## Recursos yoicos

Son las capacidades de las que dispone el sujeto para alcanzar los logros narcisistas fijados por las ambiciones e ideales. De entre ellos destaquemos:

### A. Emocionales

1. Repertorio de las conductas emocionales que se pueden sentir y desplegar en los intercambios emocionales con los demás y que sirven para promover en el otro la respuesta emocional que el sujeto aspira que se tenga hacia él. Es decir, capacidad de “seducción” –no patológica– del otro, y no referida únicamente al plano sexual sino a las necesidades/deseos de los diferentes sistemas motivacionales, en este caso del narcisista.

Resulta necesario, por tanto, redefinir el concepto de seducción, diferenciando entre seducción normal y patológica y, sobre todo, superar el que haya quedado inadecuadamente soldada a la motivación sexual. Ferenczi (1932), en su clásico trabajo sobre “la confusión de lenguas”, mostró cómo el niño, dirigiéndose al adulto en búsqueda de protección –hoy englobaríamos esta búsqueda dentro de las necesidades de apego–, es respondido por este desde sus deseos sexuales.

Hay diferentes tipos de seducciones: para que el otro satisfaga necesidades de apego, de autoconservación, de especularización narcisistas, sexuales, etcétera. Desde esta perspectiva, la seducción es la incitación al otro para que este desempeñe la función que desde cada sistema motivacional le es necesaria al sujeto.

2. Capacidad de captar los estados emocionales del otro, sus intenciones –ver artículos de Fonagy sobre “función reflexiva”, *Aperturas Psicoanalíticas*, n. 3 y 4.

B. Capacidad para el insight, para la introspección, para conocer motivaciones, recursos y limitaciones.

### C. Recursos instrumentales

1. Inteligencia, razonamiento lógico, capacidad de organización del tiempo y de las actividades, etcétera.

2. Habilidades prácticas, formación en diferentes campos necesarios para la inserción social exitosa.

*D. Características físicas y estéticas que facilitan la realización de los deseos, especialmente en las relaciones con el otro/a*

Es obvio que no basta tener los recursos mencionados en los puntos anteriores, pues ellos son un componente más de las condiciones del balance narcisista, pero el déficit de ellos constituye una limitación que no podemos descuidar. En el psicoanálisis, especialmente el que ha quedado fijado a la primera tópica freudiana –dinámica entre el deseo y la prohibición, entre el inconsciente y la censura– se ha descuidado el prestar atención a un relevamiento de los recursos yoicos. Incluso, hablar de ellos pareciera ser considerado despectivamente como que coloca por fuera del psicoanálisis, olvidándose que la segunda tópica freudiana plantea explícitamente que el yo debe lidiar no solo con los impulsos del ello, con las prohibiciones del superyó sino también con la realidad externa, lo que implica disponer de los recursos para hacerlo.

## **Tipos prevalentes de angustias narcisistas**

Especificar grado de subjetivación consciente del sufrimiento narcisista o si este es básicamente inconsciente. Puede manifestarse de formas muy diversas:

A. Sentimientos definidos de insatisfacción consigo mismo en áreas específicas: preocupaciones obsesionantes sobre rasgos físicos (trastorno dismórfico, por ej.), mentales, morales, sobre el éxito social o económico, etcétera.

B. Sentimientos difusos no formulados de malestar, de insatisfacción vital mal definida, o de vacío o aburrimiento, o de desvitalización.

C. Sentimientos de impotencia, de no ser agente activo decisivo en la determinación de los acontecimientos en el mundo externo o de falta control sobre la propia mente.

D. Sentimientos de vergüenza.

## **Formas de equilibrio narcisista: mecanismos de defensa y compensaciones**

Diferenciar entre aquellas más normales y las patológicas, así como si las defensas y compensaciones son exitosas y logran la equilibrio narcisista

o no. Además, especificar si las modalidades de compensación están incorporadas al carácter o requieren de un esfuerzo continuo del sujeto. Mencionemos:

#### A. Defensas básicamente intrapsíquicas

1. Mecanismos de defensa clásicos –exclusión de la conciencia: represión, negación, racionalización, proyección, etcétera. Más arriba indicamos que los mecanismos de defensa tienen origen no solo en procesos internos sino que resultan, también, de la interiorización de formas de vínculo, de defensas que se producen en la intersubjetividad. Para mencionar un ejemplo, pensamos en pacientes en quienes aquello que se halla reprimido no es lo desagradable de sí mismos sino precisamente el reconocimiento de sus aspectos valiosos. Esta profunda dificultad para reconocer éxitos, méritos, rasgos valiosos puede resultar de la interiorización de un vínculo en que los padres reaccionaban con ataques si el niño/a se presentaba como valioso y, sobre todo, alegre. En el curso del tratamiento, estos pacientes, sesión tras sesión, nos cuentan sus desgracias pero no sus experiencias de placer o sus logros. No nos pueden hablar ni de su goce sexual –lo descubrimos casi como sorpresa– ni de relaciones felices de amistad o de pareja. Transfieren sobre nosotros las imágenes de padres rechazantes del placer de sus hijos, pero hacen algo más: no solo no nos cuentan de su goce sino que no se lo cuentan a ellos mismos. El ocultamiento interpersonal se estructura intrapsíquicamente como mecanismo de represión. Lo que nos alerta, una vez más, sobre los riesgos de explicar la génesis de los mecanismos de defensa como fenómenos exclusivamente intrapsíquicos. En la compleja interrelación entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo –ni lo primero es mecánica interiorización de lo segundo, ni lo segundo mera proyección/externalización de lo primero–, a veces se niega intrapsíquicamente para no enfrentar a la figura externa –casos de abuso sexual, por ej.–, mientras que en otros casos se niega ante la figura externa para que al no ver esta aquello que resulta angustiante para el sujeto, este pueda mantener apartado tal contenido de su mente –”si el otro no lo ve, yo puedo dejar de verlo, y no me expongo a tener que ver lo que el otro, al ver, me estaría obligando a ver”.

En relación a este tipo de pacientes que no reconocen su mejoría en el tratamiento o que, incluso, luchan activamente en contra de ella, las razones que subyacen a su actitud han sido consideradas como que obedecen a distintas causas:

- 1.1) En Freud, básicamente como reacción terapéutica negativa por sentimientos de culpa.
- 1.2) En Klein, como producto de la envidia y rivalidad con el analista: se rechaza reconocer el beneficio del tratamiento pues ello sería aceptar la necesidad del objeto externo y la dependencia.
- 1.3) En los autores que han puesto su interés en la alienación del deseo, en que para el sujeto los logros no representan a su ser, a su verdadero self, la razón de la insatisfacción lejos de ser defensiva representaría los intentos desesperados de un ser para poder emerger de la sofocación a la que ha sido sometida su condición de ser deseante. Con todas las diferencias del caso, hay una concordancia al respecto entre Winnicott (1965), Kohut (1977, 1979, y Lacan (1966).
- 1.4) Por último, tenemos la condición descrita más arriba: el sujeto, por angustia ante la reacción del otro, por sometimiento ante figuras sádicas que le prohíben gozar, cuando lo hace tiene que ocultárselo o intenta sustraerse al placer. Es una de las modalidades del masoquismo: búsqueda del sufrimiento por persecución ante la figura externa; en otros términos, sometimiento masoquista ante una figura sádica que castiga el gozar.

Nos encontramos así ante cuatro explicaciones que no son antagónicas sino que cada una de ellas describe diferentes tipos de pacientes que presentan conductas que en la superficie fenoménica son similares pero divergen en las motivaciones que las impulsan. Evidencia adicional que hay niveles de complementariedad entre las teorías, que estas constituyen en muchas ocasiones, miradas del psicoanálisis que arrojan luz desde diferentes perspectivas (N. Bleichmar y Leiberman, 2000).

2. Fantasías grandiosas, omnipotencia, megalomanía neurótica o psicótica, negación de necesidades.

B. Retracción social para evitar sentimientos de vergüenza, –en diferentes grados, llegando a la fobia social o a modalidades de relación, con los personajes externos, fuertemente esquizoides.

C. Agresividad, rabia narcisista, sadismo narcisista, abuso del poder, crueldad como forma de reafirmación del sentimiento de poder. Formas de adquirir un sentimiento de potencia, una identidad ilusoria de ser poderoso/a. Además, utilización de la agresividad para manipular al otro, para que cumpla, al forzarle, las funciones de objeto narcisizante.

D. Oposicionismo como forma de autoafirmación narcisista.

E. Masoquismo narcisista: narcisización del sacrificio, de la renuncia, del sufrimiento para adquirir una representación de bondad, de generosidad, de resistencia, de estar por encima de los demás, de superioridad moral –”yo ideal moral”. La denominación de masoquismo narcisista sirve para diferenciarlo de otros subtipos de masoquismo (Véase: Bleichmar, 1997).

F. Renuncia masoquista como forma encubierta de sadismo: se renuncia a funciones o placeres para castigar al otro. Ejs.: cierto tipo de frigidez, ciertas anorexias, o fracasos con la finalidad de negar al otro la satisfacción esperada cuando el sujeto es, para ese otro, una posesión narcisista o un objeto de la actividad narcisista.

G. Experiencias de satisfacción sustitutivas: se reemplaza el estado emocional displacentero por la excitación, o se logra el autoapaciguamiento de la angustia mediante:

1. Adicciones: alcohol, drogo-dependencia
2. Bulimia
3. Excitación del juego compulsivo
4. Excitación de conductas de riesgo que, además, exaltan la imagen de un self grandioso –conducción temeraria, deportes peligrosos, actos antisociales, etcétera.
5. Actuaciones sexuales: promiscuidad, donjuanismo. También, y como experiencia de satisfacción sustitutiva, la masturbación compulsiva (Kohut, 1971, 1979).

H. Anorexia. En realidad, uno de los subtipos de anorexia, el caracterizado por el intento de compensar mediante una imagen corporal ideal –la delgadez– un sentimiento de insatisfacción narcisista global (para un estudio detallado de subtipos de anorexia, ver: Dio Bleichmar, E., 2000).

I. Uso del otro como objeto narcisizante. Objeto del self que provee lo que se denomina “experiencia –self” (Kohut); el otro posibilita un tipo de experiencia narcisizante.

- 1) Búsqueda de especularización mediante el exhibicionismo físico, mental, moral.
- 2) Fusión con la “Imago parental idealizada”.
- 3) El otro como posesión narcisista (Bleichmar, 1997)
- 4) Objetos de la actividad narcisista usados para poder realizar funciones del sujeto altamente narcisizadas (Bleichmar, 1997).

J. El otro como objeto de la identificación proyectiva de aspectos denigrados del sujeto, haciéndoselos vivir al otro como si le pertenecieran (Klein, 1946).

Si las defensas y compensaciones son exitosas, no hay depresión narcisista u otra sintomatología mayor pero si las defensas no se pueden sostener, o provocan trastornos en las relaciones interpersonales, o en la adaptación y logros en la realidad, o perturbaciones en el funcionamiento yoico, cuando estas alteraciones no pueden ser negadas y son codificadas por el sujeto como fracaso narcisista, entonces, sobreviene la depresión narcisista.

## **El trastorno narcisista como “conmutador” hacia otras patologías**

Además, el trastorno narcisista puede originar distintos tipos de sintomatología: trastornos de la sexualidad –impotencia, eyaculación precoz, frigidez–, o fobias, obsesiones, hipocondría, pues al tener el sujeto una imagen de sí como débil, impotente, incapaz, todo le resulta peligroso. El trastorno narcisista actúa como un “conmutador de transformación” hacia otras patologías: la convicción inconsciente “yo no valgo/ yo no puedo” se transforma en “todo me supera/ yo no puedo enfrentar tal

contingencia... cualquier cosa es peligrosa... algo me va a suceder”. Por tanto, conduce a la representación del sujeto como estando en peligro. Esta clínica de las transformaciones del narcisismo, de cómo lo que comenzó como trastorno narcisista se transforma en angustias hipocondríacas, en fobias, en crisis de pánico, etcétera, aporta evidencia adicional a la tesis de que los sistemas motivacionales no están aislados sino que inciden los unos sobre los otros.

### **Importancia de un diagnóstico de los trastornos narcisistas en términos de interjuego entre dimensiones.**

La polarización existente en la literatura entre trastornos narcisistas por déficit y trastornos narcisistas por conflicto no deja de presentar grandes limitaciones, especialmente cuando se considera que los primeros son debidos a causas externas y los segundos a internas. Mencionemos las siguientes:

1. Se atribuye como causa del déficit el ser debido a algo externo –falta de las figuras parentales– y el conflicto a algo interno del individuo –ej. envidia, rivalidad edípica, agresividad–, como si la envidia, la rivalidad o la agresividad fueran propiedades innmanentes del sujeto y no resultasen de la identificación o de respuestas a conductas de las figuras parentales; por tanto, de algo en que lo externo desempeña, también, un papel estructurante.

2. La expresión déficit pareciera descriptivamente adecuada cuando el trastorno narcisista es “en menos”: las figuras parentales no habrían narcisizado suficientemente al sujeto y/o no le habrían provisto de una imago parental idealizada. Pero, ¿qué sucede si la causación continúa proviniedo de las figuras parentales y estas, en vez de no narcisizar suficientemente, lo hicieron en exceso? El trastorno narcisista resultante no es por conflicto interno sino por causa exterior y, sin embargo, lejos de haber un déficit de narcisización existe un exceso.

3. Las denominaciones por déficit y por conflicto se referirían a las causas distantes que originalmente produjeron el trastorno y, sobre todo, restringidas a dos variables –si fueron los padres o el conflicto intrapsíquico– y no a una descripción estructural de la forma en que están articulados los componentes de la personalidad y del cuadro psicopatológico, es decir, tal como estos se hallan organizados en el momento actual en que se los

observa. Una cuestión es definir a un fenómeno por su origen y otra por su estructura, que siempre es más compleja y diversificada que el tratar de abarcarlo por solo dos condiciones iniciales –interno vs. externo. Así, una persona puede haber tenido un déficit de narcisización –faltó especularización y/o fusión con la imago parental idealizada–, esto generar continua comparación con los personajes que lo rodean, comparación de la que surge agresividad, ataques al objeto, defensa del self desvalorizado mediante identificación proyectiva de los rasgos que rechaza de sí mismo, con el resultado final de la existencia de importantes conflictos interpersonales. Pero no solo interpersonales: si, además de la pobre imagen de sí mismo, el sujeto incorporó, por identificación o por desarrollo interior –fantasmática productiva en su inconsciente, un superyó sádico, lo que habrá será un continuo conflicto intrapsíquico entre ese superyó y el yo.

Por tanto, intentar caracterizar a un trastorno solo en función de ciertas condiciones iniciales, por más importantes que estas hayan sido, desatiende toda la complejidad de la articulación de los eslabones ulteriores que desembocan en la estructura que presenta el paciente en la actualidad. En cambio, delimitar a un trastorno narcisista por el interjuego de múltiples dimensiones –representaciones del self, ambiciones, estructura del superyó, modalidades defensivas y compensaciones, recursos, tendencia a la acción o a la retracción hacia la fantasía, nivel de regresión, sentido de realidad, etcétera–, cada una de ellas, como vimos arriba, abarcando diversas subdimensiones y teniendo diversas causas de génesis, permite construir un perfil o arquitectura sectorial –en este caso del trastorno narcisista– específico para cada paciente. En el plano terapéutico, orienta hacia formas de intervención particularizadas en relación a esas dimensiones y subdimensiones.

Además, al ser el módulo del narcisismo solo uno de los sistemas motivacionales, para describirse la arquitectura global del psiquismo se deberá contemplar su articulación con el sistema del apego (Marrone, 1998), con el de la hetero–autoconservación –incluido el subsector de la regulación psicobiológica–, con el de la sexualidad, con la agresividad, con las modalidades defensivas básicas del paciente.

Bajo esta perspectiva, un diagnóstico en base a dimensiones es, simultáneamente, descriptivo de la estructura global, de las transformaciones que cada dimensión imprime a las otras, de cómo funciona el conjunto,

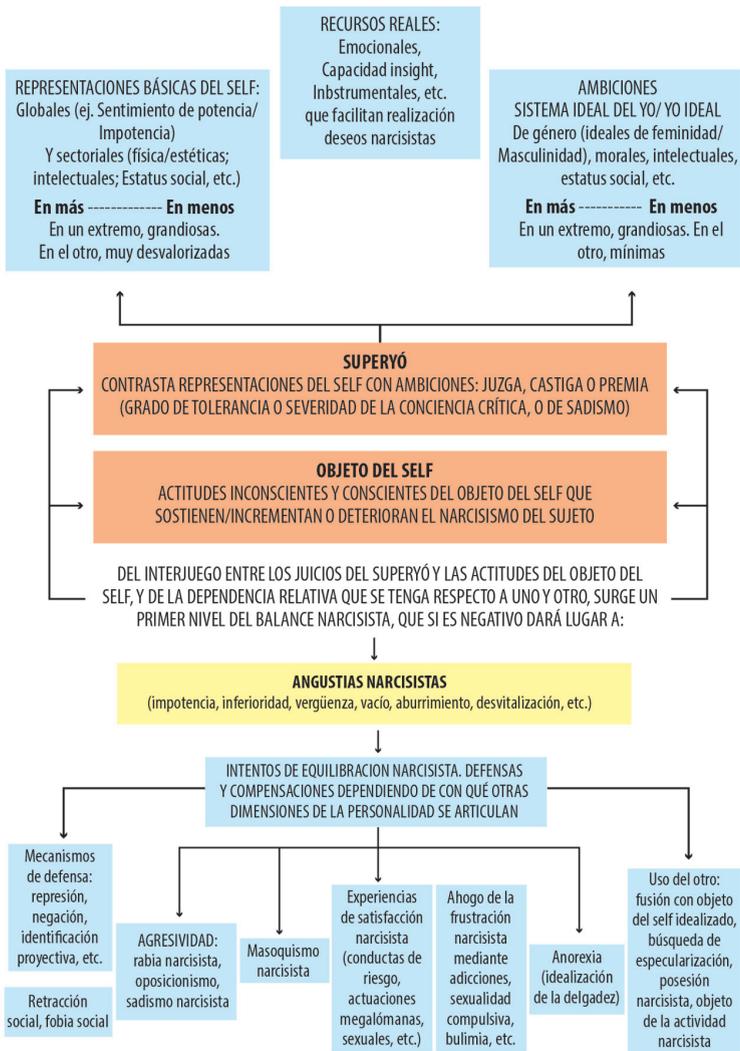
y de los componentes individuales modificados por estar incluidos en un sistema más amplio.

*El conjunto del psiquismo puede ser entendido como un sistema de funcionamiento en “paralelo distributivo”, o sea, varios subsistemas –para nuestro caso: módulos narcisistas, apego, sexualidad, autconservación, agresividad, etcétera– funcionando en paralelo, simultáneamente, cada uno obedeciendo a sus leyes de organización, pero incidiendo en los otros, distribuyendo los efectos de su funcionamiento sobre los otros, entrando por puntos nodales en el encadenamiento de los procesos de cada uno de los demás y produciendo transformaciones.*

Son estas características del funcionamiento psíquico y de la formación de síntomas que permiten explicar por qué hablamos de enfoque “Modular-transformacional” y porqué consideramos que las explicaciones en términos de una dimensión –sea la sexualidad, o el apego, o la autoconservación, o el narcisismo, o la agresividad, o la conflictiva edípica, o el déficit–, o basadas en un mecanismo básico –sea la represión, la renegación, la forclusión, la identificación proyectiva, etcétera– son pobres, reduccionistas, en contraste con un modelo de articulación de componentes.

A modo de síntesis, un diagnóstico de los trastornos narcisistas debería, por lo menos, comprender lo siguiente:

- 1) Causas del desbalance narcisista (representaciones básicas del self, elevadas ambiciones o ideales, patología del superyó, insuficiencia de recursos).
- 2) Hipótesis del origen de lo anterior en las relaciones con los personajes significativos del pasado y actuales, en los discursos de estos, en las identificaciones, en los acontecimientos que vivió el sujeto, en sus fantasías.
- 3) Tipos de angustias prevalentes (inconscientes y conscientes).
- 4) Tipos de defensas.
- 5) Tipos de compensaciones, diferenciando las normales de las patológicas.
- 6) Articulación con otras dimensiones del psiquismo (tendencia a la regresión, a la agresividad, etcétera).
- 7) Formas de articulación con los otros sistemas motivacionales.
- 8) Sintomatología derivada y sintomatología asociada (comorbilidad).



Lo anterior puede darse en una estructura neurótica, borderline o psicótica, con menor o mayor tendencia a la regresión, al control de los impulsos, a la desregulación psicobiológica (desorganización mental, trastornos neurovegetativos, psicósomáticas, etc.), a la conservación del sentido de realidad, a la irrupción del proceso primario en la conciencia, a la combinación con simultáneas angustias de autoconservación (pánico, hipocondría, etc.) con rechazo o búsqueda compulsiva de apego, con apego de tipo "ambivalente" o "desorganizado", con alternancia o no entre períodos en que la problemática narcisista por la valoración del self es la que domina y otros en que pasan a primer plano las motivaciones y angustias de la autoconservación.

Y, especialmente, incidiendo, moldeando los deseos de los diferentes sistemas motivacionales (sensual-sexual, hetero-autoconservación, narcisista, apego), la reacción frente a los mismos, las respuestas del superyó, las organizaciones defensivas, los tipos de síntomas, intervienen las dos grandes tendencias que como vectores esenciales de la personalidad no dejan dimensión sin afectar: las tendencias agresivas y las libidinales, las que son, a su vez, efecto del funcionamiento de los sistemas motivacionales, en un proceso de influencias recíprocas.

## Diagrama de dimensiones que configuran distintos subtipos de trastornos narcisistas

En el diagrama, la parte superior, establece las dimensiones básicas que determinan el balance narcisista; la parte central, las angustias que se pueden desencadenar y el repertorio de defensas que en cada persona es dable que se pongan en juego para contrarrestarlas. En la parte inferior, diferentes dimensiones que, articuladas con las anteriores, terminan por generar el perfil específico. El diagnóstico del trastorno narcisista, y sus subtipos, resulta de la configuración que en cada caso genere la articulación de esas dimensiones. En vez de utilizarse categorías rígidas, dentro de las cuales colocar al paciente, se observa cómo se presentan cada una de las dimensiones en él/ella, y se crea un perfil diagnóstico que recoja la especificidad de su personalidad y psicopatología.

### Palabras clave

COMPENSACIONES, CREENCIAS MATRICES INCONSCIENTES PASIONALES, DEFENSAS EN EL INCONSCIENTE, DÉFICIT PRIMARIO DE NARCISISMO, ENACTMENT, ENFOQUE MODULAR-TRANSFORMACIONAL, FUNCIÓN REFLEXIVA, REPRESENTACIÓN DEL SELF, SISTEMAS MOTIVACIONALES, TRASTORNOS NARCISISTAS.

### Bibliografía

- Balint, M. (1952). *Primary Love and Psycho-Analytic Technique*. Londres: H. Karnac (Books) Ltd.
- Balint, M. (1968). *The Basic Fault. Therapeutic Aspects of Regression*. Londres: Tavistock/Routledge (1989).
- Bibring, E. (1953). The mechanism of depression. En P. Greenacre (comp). *Affective Disorders*. New York: International Universities Press.
- Blatt, S. J., Zuroff, D. (1992). Interpersonal relatedness and self-definition: Two types of depression. *Clinical Psychological Review*, 12, 527-562.
- Bleichmar, H. (1978). Le discours totalisant: le moi idéal et l'idéal du moi: les effets de deux types de discours. *Topique: Revue Freudienne*, 29, 85-112.
- Bleichmar, H. (1981). *El narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bleichmar, H. (1996). Some subtypes of depression and their implications for psycho-analytic therapy. *International Journal of Psycho-Analysis*, 77, 935-961.

- Bleichmar, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Barcelona: Paidós.
- Bleichmar, N. y Leiberman, C. (2000). *Las perspectivas del psicoanálisis* (Libro en prensa).
- Bleichmar, S. (2000). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1975). *La violence de l'interprétation. Du pictogramme a l'énoncé*. Paris: PUF.
- Dio Bleichmar; E. (1997). *La sexualidad femenina: de la niña a la mujer*. Barcelona: Paidós.
- Dio Bleichmar, E. (2000). Anorexia/bulimia. Un intento de ordenamiento desde el enfoque Modular-Transformacional. *Aperturas Psicoanalíticas*, n. 4.
- Fairbairn, W. R. (1952). *Psychoanalytic Studies of the Personality*. Londres: Tavistock.
- Ferenczi, S. (1932). Confusión de lengua entre los adultos y el niño. El lenguaje de la ternura y la pasión. *Psicoanálisis*, Vol. IV. Madrid: Espasa-Calpe (1984).
- Fonagy, P. (1999). Persistencias transgeneracionales del apego: una nueva teoría. *Aperturas Psicoanalíticas*, n. 3 (Trabajo presentado en el "Grupo psicoanalítico de discusión sobre el desarrollo", reunión de la Asociación Psicoanalítica Americana, Washington DC, 13 de Mayo de 1999. Traducido con autorización del autor).
- Fonagy, P. (2000). Apegos patológicos y acción terapéutica. *Aperturas Psicoanalíticas*, n. 4 (Trabajo presentado en el "Grupo psicoanalítico de discusión sobre el desarrollo", reunión de la Asociación Psicoanalítica Americana, Washington DC, 13 de Mayo de 1999. Traducido con autorización del autor).
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. *Obras Completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933). Nuevas conferencias de Introducción al psicoanálisis. Conferencia XXXI. La descomposición de la personalidad psíquica. *Obras Completas*, vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kernberg, O., Selzer, M., Koenigsberg, H. (1989). *Psychodynamic Psychotherapy of Borderline Patients*. New York: Basic Books.
- Killingmo, B. (1995). Affirmation in psychoanalysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 76, 503-517.
- Klein, M. (1946). Notes on some schizoid mechanisms. *The Writings of Melanie Klein*, vol. III. London: The Hogarth Press
- Kohut, H. (1971). *El análisis del Self*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kohut, H. (1979). The two analysis of Mr. Z. *International Journal of Psycho-Analysis*, 60, 3-27.
- Lacan, J. (1966). *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil.
- Lagache, D. (1961). La psychanalyse et la structure de la personnalité. En: Agressivité, structure de la personnalité et autres travaux. *Oeuvres*, vol. IV. Paris: Presses Universitaires de France.
- Laplanche, J. (1992). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.

- Le Guen, C., et al. (1986). Le refoulement (les défenses). *Révue Française de Psychanalyse*, L, 23-335.
- Lichtenberg, J. D. (1989). *Psychoanalysis and Motivation*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Lichtenberg, J. D., Lachmann, F. M., Fosshage, J. L. (1992). *Self and Motivational Systems: Toward a Theory of Psychoanalytic Technique*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Lyons-Ruth, K. (1999). The two-person unconscious: Intersubjective dialogue, enactive relational representation, and the emergence of new forms of relational organization. *Psychoanalytic Inquiry: A Topical Journal for Mental Health Professionals*, vol. 19, n. 4, pp. 576-617. Traducido y publicado en *Aperturas Psicoanalíticas*, n. 4 con autorización de The Analytic Press, Inc. Copyright © 1999 de Melvin Bornstein, Joseph Lichtenberg & Donald Silver. Título de la traducción: “El inconsciente bipersonal: el diálogo intersubjetivo, la representación relacional actualizada y la emergencia de nuevas formas de organización relacional”.
- Marrone, M. (1998). *Attachment and interaction*. London: Jessica Kingsley Publishers.
- Mitchell, S.A. (1993). *Conceptos relacionales en psicoanálisis: Una integración*. México DF: Siglo XXI Editores.
- Mitchell, S.A., Lewis, A., comp. (1999). *Relational Psychoanalysis. The Emergence of a Tradition*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Morin, E. (1977). *La Méthode. I. La Nature de la Nature*. Paris: Du Seuil.
- Ogden, Th. (1982) *Projective Identification and Psychotherapeutic Technique*. New Jersey: Jason Aronson.
- Sandler, J. (1989). *Proyección, identificación, identificación proyectiva*. Madrid: Tecnipublicaciones, S.A.
- Sandler, J., Holder, A., Meers, D. (1963). The ego ideal and the ideal self. *Psychoanal. Study Child*, 18, 139-158.
- Seligman, S. (1999). Integrating Kleinian Theory and Intersubjective Infant Research. Observing Projective Identification. *Psychoanalytic Dialogues. A Journal of Relational Perspectives*, vol. 9, n. 2, pp. 129-159. Traducido y publicado en el n. 4 de *Aperturas Psicoanalíticas* con autorización de Analytic Press. Copyright 1999 de Analytic Press, Inc.. Título de la traducción: “Integrando la teoría kleiniana y la investigación intersubjetiva del infante: observando la identificación proyectiva”.
- Stolorow, R. D., Brandchaft, B., Atwood, G. E. (1987). *Psychoanalytic Treatment. An Intersubjective Approach*. Hillsdale, N.J.: Analytic Press.
- Winnicott, D. W. (1965). *The Maturational Processes and the Facilitating Environment*. Londres: Hogarth Press (1987).
- Winograd, B. (1983). Las relaciones entre los conceptos superyó e Ideal del yo. Perspectivas en la articulación teórico-clínica. *Revista de Psicoanálisis*, XL, 505-512.

# Vivir en la interfase para no quedar atrapado en mundos fragmentarios<sup>1</sup>

Hugo Bleichmar

*Psychoanalytic Inquiry* me pide que escriba algo personal que refleje mi trayectoria hasta llegar al psicoanálisis, así como las tendencias que me han influenciado y han determinado mi posición actual en el panorama psicoanalítico. Es una especie de biografía que se moverá siempre, obligadamente, entre el deseo de mostrar y el de ocultar. Las ideas que uno defiende por creerlas las más adecuadas son el producto de las múltiples perspectivas ideológicas y afectivas que dominan durante el período en que uno vive. Incluso, cuando uno cree poder escapar a esas condiciones y elegir un camino diferente, la fuerza necesaria para hacerlo también han tenido a aquellas condiciones como las que lo posibilitan y enmarcan. Esta es la posición del historiador –en este caso el historiador de una evolución personal– que desconoce las motivaciones profundas por las que va construyendo su narración aunque esta sí pueda tener un núcleo acorde con lo que llamamos verdad. No se trata del nihilismo postmoderno que se autocomplace en sostener la ignorancia absoluta sobre lo que es real ni tampoco en la creencia ciega en supuestas explicaciones que apelan a una razón siempre movida por procesos inconscientes.

## De la neurociencia al psicoanálisis

Durante mi formación en la Facultad de Medicina en la Universidad de Buenos Aires, sentí fascinación por la célula, por la complejidad de su interior, y luego por la fisiología, por la influencia recíproca entre los

---

<sup>1</sup> Publicado en *Aperturas Psicoanalíticas*, n. 050 2015. Fue publicado originalmente en *Psychoanalytic Inquiry*, 35:172-186, 2015 con el título *Living in the interface so as not to be trapped within fragmentary worlds*. Traducido y publicado con autorización de la revista.

órganos. Esta fascinación me llevó durante los dos primeros años después de graduarme de médico, a dedicarme a la investigación –microscopía electrónica, neurofisiología, implantación de electrodos dentro de una neurona–, y luego a una tesis de doctorado sobre el receptor de calor de la serpiente de cascabel, maravilloso órgano que le permite cazar en la oscuridad por el calor que irradia el cuerpo de un ratón. Más adelante, escribí en *Endocrinology* acerca de la influencia de la hipófisis sobre las mitocondrias de las células de la corteza adrenal. Pregunta: este circular entre lo microscópico y lo macroscópico, entre lo que pasa en una célula y en el organismo en que se encuentra, ¿qué influencia pudo haber tenido en lo que después sería mi interés actual sobre la articulación entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo? O, por el contrario, ¿es una conceptualización a posteriori –es decir, acción diferida, *après coup* freudiano (1896, p. 167)– en que desde lo actual le doy sentido a aquel período de mi vida? Quizá ambas cosas, algo del pasado marca al presente y desde este el pasado adquiere un nuevo sentido. Pero veremos que mi interés por lo intrapsíquico y lo intersubjetivo tiene raíces más profundas.

Más adelante, en los años 60, descubrí el psicoanálisis, Freud, el inconsciente, las defensas frente a lo que nos avergüenza o aterra saber de nosotros; un proyecto producto de una mente poderosa como la de Freud y con un alto sentido moral: no autoengañarse, enfrentarse con lo que uno es. Al tiempo que me formaba en el Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina (IPA) estaba a cargo del departamento de Terapia Familiar en el Hospital Lanús. Allí aprendí sobre la terapia familiar sistémica, sobre sus aportes y sus limitaciones. Aquí, nuevamente, estaba entre lo intrapsíquico y lo interpersonal.

Mi etapa en el Instituto de Psicoanálisis fue fecunda: una lectura sistemática de Freud, de M. Klein, de la Psicología del Yo, pero no de Sullivan, ni de Lacan, que no se enseñaban. Me sentía ambivalente hacia M. Klein. Rechazaba sus supuestos sobre los primeros meses de vida, su tipo de relación con el paciente, su modo de acceder a la fantasía inconsciente en que la imaginación del analista y su indoctrinamiento le hacen creer descubrir lo que ya pensaba antes. Al mismo tiempo, admiraba su agudeza clínica, su capacidad para seguir los movimientos del psiquismo, su noción del mundo interno y de las relaciones objetales. Fue un golpe de suerte que Willy Baranger, que escribía sobre la situación analítica como campo

dinámico, nos enseñara a Melanie Klein. Nos hablaba de las influencias recíprocas entre el analista y su paciente, y afirmaba con pasión “el paciente no es un insecto al que miramos bajo una lupa”. En la supervisión individual semanal que tuve con él durante dos años me transmitió una visión global del paciente, de su vida, de las relaciones en las que estaba inmerso, así como su opinión de que la transferencia y la contratransferencia –que se daban vida la una a la otra– eran fundamentales para el cambio terapéutico, pero que el paciente tenía una vida más allá del tratamiento que debía ser analizada.

Las ideas de Willy y Madeleine Baranger han sido retomadas por los neokleinianos /neobionianos quienes las han incorporado a las concepciones sobre el inconsciente intersubjetivo, lo que constituye un progreso sobre previas posiciones (ver la síntesis que hace Brown, 2011). Pero este punto merece reflexión. Primero, los intentos de demostrar que Klein y a Bion ya tenían una visión intersubjetiva parecen muy forzados. Klein consideró que el paciente realizaba identificaciones proyectivas sobre el analista, pero no analizó en sus escritos su contratransferencia y cómo esta podía influir en el paciente. Bion, también, a pesar de sus contribuciones, no examinó el papel de la contratransferencia en moldear al paciente, aun cuando entendía la identificación proyectiva de este como una comunicación. Para él, el analista es un lector de las fantasías del paciente, quien, con su capacidad para la *rêverie* y la contención, puede devolverle algo que ha sido modificado. A diferencia de Klein y Bion, Willy y Madeleine Baranger sí expusieron con toda claridad una concepción intersubjetiva (Baranger y Baranger, 2008, 2009)

Segundo: no basta tener una concepción del inconsciente como intersubjetivo, ni con decir que hay fantasías compartidas entre analista y analizando. El problema es que se sigue defendiendo la posición de que el analista posee una capacidad especial que le permite captar esa fantasía a través de su *rêverie*, de sus propios sueños, y transmitir luego este conocimiento al paciente. La renovación de la posición teórica –con la noción de fantasía inconsciente compartida– no es seguida por una modificación en la actitud hermenéutica: el analista es conocedor de las profundidades del inconsciente del analizando, elevando incluso sus propias fantasías al nivel de convertirlas en un instrumento hermenéutico. Creo que la superación de esta posición permitiría a los neokleinianos/neobionianos colocar sus indudables aportes dentro de un marco mucho más fructífero.

## **Análisis personal y evolución de mi posición psicoanalítica**

Mi primer análisis personal fue con un analista kleiniano. Cuatro sesiones por semana, a las 8.00 de la mañana, al término de las cuales salía para llamar por teléfono a mi mujer para disculparme por cómo la había tratado la noche anterior. El beneficio, hacerme ver mis mecanismos proyectivos; perjuicio, reforzar mis sentimientos de culpa, el superyó severo procedente de mi padre. Luego, cuando comencé mi análisis didáctico con un analista que se había formado en el Middle Group de Londres mis primeras sesiones eran una exposición de mis faltas, de mis aspectos inadecuados. Existía la convicción de que así tenía que ser un análisis y, sin dudas, autoinculpación defensiva aprendida para anticiparme a la persecución analítica. Hasta que un día, ante mis autoacusaciones, mi analista me dijo algo que fue transformador: “Parece que a Ud. le han hecho un lavado de cerebro”. Él no conocía a Kohut, ni al constructivismo social, pero sí la influencia de las figuras significativas en crear las creencias que uno tiene sobre sí mismo, y la forma con que uno se trata, así como el poder del analista para transmitir narrativas que pasan a ser sentidas como propias.

Durante los años 60 existía en Argentina un gran fervor intelectual, una avidez de conocimiento. Estábamos continuamente en grupos de estudio. Conocimos el estructuralismo, a Lévi-Strauss (1958) con su irreverente capítulo en *Antropología Estructural* sobre similitudes entre el chamán y el psicoanalista. También estudiamos el análisis estructural del relato de Vladimir Propp, que inmediatamente me resultó aplicable al psicoanálisis: los pacientes atrapados en narrativas que más allá de sus variaciones, de los personajes que circulaban en ellas, repetían patrones de relación: perseguidor/perseguido, protector/protegido, etcétera. Teníamos grupos que estudiaban epistemología, primero bajo el peso del positivismo, de los juegos del lenguaje; posteriormente, la hermenéutica con Schleiermacher, Dilthey y, sobre todo, Gadamer. La lingüística, en aquellos tiempos, era considerada una ciencia básica de la cual los psicoanalistas tendríamos que aprender. Así, estudiábamos a Saussure y al lenguaje como un sistema en que cada elemento adquiere su valor por la posición que ocupa respecto a los otros, nada tiene significado en sí mismo. Aprendimos sobre semiótica y deconstruccionismo en Derrida y Foucault, y el mundo intelectual francés, al que veíamos con una mezcla de admiración por ampliar horizontes

y de malestar por su generalidad y su preocupación por la forma literaria y la reflexión filosófica a costa de los datos. Por ello me impactó tanto el libro de Chomsky (1957) *Syntactic Structures* [Estructuras Sintácticas], que examinaba con profundidad y especificidad, y con gran atención al detalle, las posibilidades de una gramática generativa. Más adelante, Chomsky iba a ejercer una gran influencia en el desarrollo de mis ideas psicoanalíticas.

También me sentía atraído por Marx, no por su proyecto político ni por su contribución a la teoría económica, sino por su énfasis en el papel que el periodo histórico en que un hombre vive desempeña a la hora de generar sus concepciones. No solamente vivimos como pensamos, sino que terminamos pensando de acuerdo a como vivimos. Me pareció que el principio de Marx podía aplicarse al psicoanálisis: los psicoanalistas terminan por pensar según donde y como viven. Más allá de las identificaciones afectivas, de las ideologías, los grupos psicoanalíticos se adaptan a lo que ofrece seguridad material, de modo que además de ser un proyecto científico el psicoanálisis es una actividad profesional regida por las necesidades del mercado que contribuye en gran medida a la división en grupos dogmáticos, con sistemas cerrados que excluyen y descalifican a otros. Los integrantes de estos grupos se adaptan por temor a ser excluidos.

En esa época, Lacan (1966) hace irrupción en el panorama psicoanalítico de Argentina. Formamos el primer grupo de estudio de psicoanalistas en Buenos Aires para desentrañar una obra cuya deliberada oscuridad ya apuntaba la estrategia de poder de su autor. Por mi parte, hubo una valoración positiva del papel que Lacan le asignó al otro en la construcción de la identidad, de la reformulación del Edipo freudiano, de su distinción entre la creencia –lo imaginario– y lo simbólico, y su superación del realismo ingenuo de Freud y M. Klein. Para mí, lo mejor de su aporte radica en el primer período de su obra. Escribí un libro sobre esto (Bleichmar, 1974) en el que traté de hacer asequibles sus ideas al mismo tiempo que mantenía una posición crítica. Pero luego, llegué a rechazar a Lacan. Mi rechazo se debió a que Lacan desestimara todo lo relacionado con la intersubjetividad; a su desdén absoluto por la afectividad a la que considera mero efecto del significante y trampa en la que el analista no debe detenerse; a su tesis de que la interpretación debe ser un enigma que sorprenda al paciente para desalojarlo de su falso saber. Pero más allá de lo conceptual, sentí un rechazo profundo por el personaje, por sus abusos de poder, por el maltrato a pacientes y discípulos, por ubicarse como gurú de una ver-

dad con una descalificación grosera del resto de los psicoanalistas que no pertenecían a su movimiento, por crear una modalidad que se prolonga en los que le sucedieron y en la que el espíritu de secta dificulta el nutrirse de otros aportes. Con eso hubiera sido suficiente para tomar distancia con respecto a Lacan, pero se le agregó algo que fue decisivo para mí: el uso tergiversador de las matemáticas –sus matemáticas– como supuesto instrumento para formalizar sus ideas y darles el rigor del que carece el resto del psicoanálisis. Cuando presentó sus matemáticas en el Massachusetts Institute of Technology, se le señaló que su uso de las matemáticas era una distorsión; su respuesta fue que su uso de las matemáticas pretendía ser poético. Lo mismo hizo con su conceptualización del inconsciente: primero, lo enarboló como la vuelta a Freud, traicionado, según él, por el resto de los analistas. Ulteriormente, ante la evidencia de las diferencias entre Freud y él, terminó diciendo que “mi inconsciente no es el de Freud”, jugando con el doble sentido de esa formulación.

Pero a pesar de toda la evidencia sobre el manejo del poder por Lacan, de sus limitaciones conceptuales, el lacanismo como movimiento ideológico/político se apodera de buena parte del pensamiento psicoanalítico argentino, así como lo hizo antes en París. Parafraseando a Freud (1924, p. 178) –“la anatomía es el destino”– uno podría afirmar que la geografía es el destino: de acuerdo a donde alguien se forma psicoanalíticamente, sea en Londres, París, Buenos Aires o Chicago, existen altas probabilidades de que uno se autoconvenza de que las ideas dominantes en esos lugares son las correctas. Esto crea la necesidad de reflexionar sobre las presiones del entorno que condicionan a los analistas, aun cuando simultáneamente los nutren y los fortalecen.

Más tarde descubrí a Kohut y la psicología del self, con su énfasis en la importancia de los objetoself y en los déficits por las fallas de las figuras empáticas significativas. Ahora el analista puede ser cuestionado; puede dañar, y el paciente puede responder a la falla empática de acuerdo a sus propias vulnerabilidades. Así, queda claro que el analista no es neutro. Se reconocen aquí los ecos de Ferenczi, especialmente en su notable trabajo sobre la confusión de lenguas presentado en 1932 y publicado después de su muerte (Ferenczi, 1949). Kohut retomó una larga tradición en psicoanálisis sobre el papel decisivo de las figuras externas en la producción de psicopatología. Así, describió la intensa necesidad del niño de ser especularizado, de sentirse unido a una figura idealizada, de sentir que el

otro siente y piensa como él (gemelaridad), de sentirse parte de un grupo. El papel que Kohut le otorgó al objeto externo en regular el narcisismo proporcionó el ímpetu para que otros autores ampliaran las funciones descritas por él y las aplicaran a todo el espectro de las formas de regulación emocional que dependen de un objeto externo, especificando los mecanismos que hacen posible esa regulación.

Kohut (1971, 1977) describió también constelaciones transferenciales no centradas en la agresión o la sexualidad sino en la necesidad de afirmación del self. La agresividad no es solo producto de la envidia y la rivalidad –como Klein bien había señalado– sino también se debe a la necesidad de superar los sentimientos de vacío y de desvitalización. La inmersión empática como forma de estar con el paciente –aunque ilusoria en la posibilidad de alcanzarla por completo– marca una orientación hacia intentar entenderlo desde adentro de él, de sus motivaciones. Por otra parte, prestar atención solo a los fallos de las figuras parentales en la especularización y en permitir la fusión con la figura idealizada deja fuera todo un sector de la patología: personas hipernarcisistas por haber tenido padres que han englobados a sus hijos en su grandiosidad. La estrategia terapéutica descrita por Kohut para los casos de narcisismo compensatorio no parece adecuada para el narcisismo grandioso primario por hipernarcisización, especialmente cuando se complica con rasgos paranoides y destructividad. En estos casos, parece esencial la interpretación de las raíces de la identificación primaria del paciente con padres narcisistas grandiosos, el análisis de los sentimientos básicos de ser excepcional y del placer derivado de la agresión para reafirmar esos sentimientos. Sin embargo, y a pesar de estas limitaciones –especialmente la creencia de que si el analista se comporta adecuadamente se desplegarán de manera natural transferencias de objetoself, sin ver que hay múltiples *selves* (Bromberg, 1996), y de que hay distintos tipos de vínculos que se manifestarán de diferente modo según el modo de relacionarse del propio analista–, la teoría de Kohut representó un punto de inflexión para el psicoanálisis. A un nivel más personal –porque un psicoanalista se sigue analizando siempre a través de aquellos autores que le tocan aspectos importantes–, Kohut fue para mí una especie de analista imaginario que se unió a mí y formó parte de mis analistas reales.

## El movimiento intersubjetivista

Llegué a España en 1984, después de 8 años de estar en Venezuela durante la dictadura militar en Argentina. Al llegar a España me llamaron de la Universidad Pontificia Comillas en Madrid (universidad de los jesuitas) para organizar un programa de postgrado para médicos y psicólogos sobre terapia psicoanalítica, programa pionero en España. Había un clima de enorme libertad intelectual. Fue un placer en el encuentro con jesuitas inteligentes, abiertos, con enorme sentido del humor sobre sí mismos y los demás. Formar parte de la universidad, el trabajo clínico con mis pacientes, y tener la libertad para leer y pensar lo que deseaba representó una base segura. Quedaba entonces claro que cualquier limitación que tuviera era mía.

En esa época empezaron a surgir con fuerza nuevas corrientes dentro del psicoanálisis que despertaron mi interés. A los interpersonalistas de la escuela Sullivan, que ya conocía, se agregan los relacionistas y los intersubjetivistas en el sentido amplio del movimiento. En esta nueva forma de pensar, el analista no es solo la autoridad que lee el inconsciente del paciente sino el que contribuye a su construcción. La pareja paciente/analista crea algo singular en un ida y vuelta entre ambos, de modo que la historia, los deseos y las angustias de cada uno son activados. Estas nuevas contribuciones supusieron una influencia duradera en mí; la relación analítica se considera conflictual no solo por el paciente sino también para el analista. Resulta necesario negociar entre ambas partes, con desencuentros inevitables que requieren de un esfuerzo mutuo para saber quién es el otro y cómo convivir en la diferencia. También existe un aprecio por la espontaneidad del analista y por la existencia de múltiples *selves* (núcleos de identidades).

A pesar de los aportes, creo que en sectores importantes del movimiento intersubjetivista se da una contradicción básica con respecto a cómo entienden el cambio durante el tratamiento. Ellos creen que: a) cada pareja paciente/analista es única y que la relación se co-construye, insistiendo siempre en este término; b) el cambio terapéutico se tiene que dar dentro de la relación terapéutica merced a una modificación de patrones relacionales a nivel procedimental. Pero, entonces, si cada par es singular y lo que se co-construye es algo que es específico para esa pareja, si se manifiestan otros aspectos de la personalidad en distintos contextos intersubjetivos

porque hay múltiples *selves*, ¿entonces cómo es posible que el cambio que tiene lugar dentro de un patrón relacional específico produzca cambio en otros patrones relacionales que, necesariamente, serán únicos y diferentes? Esto es lo que considero la paradoja en la teoría del cambio terapéutico que los intersubjetivistas deben explicar y resolver.

Una teoría de la cura así planteada, asentada en un único pilar, en la que solo hay un eje de patología y cambio, no es diferente estructuralmente de otras teorías que apuntan a un factor único como base del tratamiento, como puede ser la ansiedad de castración, o la superación de la posición paranoide, o la del tercero que debe romper la relación dual – sobre la base de que ésta es la causa de la patología–, o que todo gire en torno al narcisismo, o al apego. No es esto un cuestionamiento a la importancia de estos factores sino, más bien, es cuestionar la noción de que cualquiera de ellos, por sí mismo, pueda explicar la vida psíquica. Lo que objeto es el reduccionismo que implican y cómo cada uno de ellos desatiende la complejidad del psiquismo a la que nos enfrentamos.

Dentro del amplio abanico de escuelas de pensamiento psicoanalítico que toman a la intersubjetividad como su foco de interés, la posición de Stephen Mitchell siempre me ha despertado particular aprecio. Su respeto por las distintas corrientes psicoanalíticas, su reconocimiento agradecido de los aportes de las grandes figuras del psicoanálisis –aun cuando es capaz de ser crítico con ellas–, su concepción de que prestar atención a la importancia de la intersubjetividad no debería ir en detrimento de lo intrapsíquico, me han inspirado respeto hacia él. En su último libro *Relationality: From Attachment to Intersubjectivity* (2000) muestra el potencial de su pensamiento y lo mucho que se podría haber esperado de una persona cuya vida se truncó por una muerte a edad temprana.

## **Hacia un modelo propio de la psicopatología: el enfoque modular-transformacional**

La obra de Noam Chomsky, con las sucesivas modificaciones que introdujo en su gramática generativa a partir de *Syntactic Structures* (1957), ofreció un paradigma nuevo no solo en lingüística sino también en heurística, puesto que constituyó una herramienta que podía producir conocimiento particular. Chomsky planteó que en la producción de cualquier frase se articulan tres componentes: el semántico, que provee

el significado; el sintáctico, que posibilita que los elementos de la frase –sujeto, artículo, verbo, conjunciones, etcétera– se combinen de acuerdo a ciertas reglas formales; y el fonológico, que permite que una frase sea verbalizada. Lo importante para mí fue que cada uno de sus sistemas tenía condiciones de origen diferentes y sus propias reglas de producción. Es la articulación de los tres sistemas lo que posibilita que una frase pueda llegar a existir. Chomsky se interesó en la capacidad del sujeto hablante para producir el lenguaje, por ello no se limitó a la lingüística, sino que también le ocupó por tratar de entender cómo el psiquismo produce el lenguaje, consecuencia de la articulación de diferentes módulos. En su libro *Modular Approaches to the Study of the Mind* [Enfoques Modulares para el Estudio de la Mente] (Chomsky, 1984) planteaba, entre muchos otros temas, que no se puede explicar a un sistema complejo como basado en un solo principio único. Criticaba así las concepciones reduccionistas que se basan en el principio de homogeneidad: un elemento único explica a los demás, siendo su causa.

Me pareció que su concepción podía ser retomada para ser aplicada al psicoanálisis y a la psicopatología. Sabía de los riesgos de tratar de importar de un campo del conocimiento a otro campo, de las limitaciones de intentar usar la lingüística como instrumento concreto para estudiar una sesión analítica. Para mí quedaba claro que no iba a trasladar los hallazgos específicos de Chomsky sobre la estructura del lenguaje o sus instrumentos lingüísticos específicos al análisis de la afectividad, de los deseos, las angustias de una persona. Pero también tenía claro que podía usar el epistema más general que aportaba Chomsky, es decir, la noción de que componentes que se articulan en una entidad mayor crean un producto específico de acuerdo a cómo se combinen. Frente a una psicopatología de entidades estancas, aisladas, se abría la posibilidad de pensar en componentes que se iban articulando para generar un cierto cuadro psicopatológico. Una vez que un epistema, un modelo de pensamiento, se apodera de uno, ello provoca desarrollos. Empecé a ver los trastornos depresivos como productos finales de una serie de factores y procesos que se iban desencadenando. Las imágenes de los árboles lingüísticos de Chomsky se unieron en mi mente –como me di cuenta mucho más tarde– a los diagramas de bioquímica que tratan de describir los procesos enzimáticos que permiten que se vayan combinando moléculas, a través de múltiples pasos, hasta dar origen a otra molécula, y cómo ésta sale de la célula e interviene en otra célula para

iniciar un nuevo árbol generativo de pasos sucesivos. ¿No podría esto ser aplicado al estudio psicoanalítico de las depresiones, de los trastornos narcisistas, o de otros cuadros? ¿No podrían ser estos trastornos nodos dentro de una de red –parecida a una red ferroviaria– que sufre continuas transformaciones? Habría, entonces, una doble tarea: 1) por un lado, intentar establecer cuál sería el núcleo común de ciertos cuadros psicopatológico; y 2) describir los esquemas de transformaciones por los cuales distintos componentes conducen a este núcleo. Entendí a los trastornos depresivos como teniendo un elemento compartido: el sentimiento de impotencia y desesperanza presente en la realización de deseos significativos para cada persona, y la fijación a esos deseos. En este trabajo me inspiraron Edward Bibring (1953) y los estudios de Martin Seligman sobre la impotencia como condición importante en los trastornos depresivos. El concepto de depresión anaclítica de Spitz también apoyaba esa idea, junto con la concepción de Joseph Sandler y W.G. Joffe (1965) sobre la depresión como la pérdida de un estado ideal. Mucho antes Freud había considerado a la depresión como una reacción a la pérdida de objeto, en *Mourning and Melancholia* (1917), y más tarde subrayó la insatisfacible añoranza [o, más literalmente, “la elevada e incumplible investidura de añoranza del objeto” (citado en la edición de Amorrortu, vol. XX, p. 161)] distintiva en la reacción a la pérdida del objeto (1926, p. 172). Se trataba de entonces de intentar describir algunos caminos por los cuales una persona llegaría a ese estado de impotencia/desesperanza y de ver si esos caminos, a su vez, podían influenciarse los unos a los otros; es decir, si se pudieran describir subtipos en cuanto al origen y mantenimiento del estado depresivo. Por ejemplo, alguien puede deprimirse por haberse identificado con padres depresivos que le transmitieron representaciones de sí mismo y del hijo como impotentes, del mundo como frustrante de los deseos. Padres que no solo proveen estas representaciones, sino que también reaccionan afectiva y cognitivamente con desesperanza frente a las contingencias adversas de la vida. Pero también es posible que alguien pueda deprimirse por situaciones traumáticas pasadas o presentes que lo hacen sentir impotente: abuso físico o emocional, enfermedades graves, pérdidas significativas, o incluso angustias persecutorias que crean inhibiciones fóbicas severas que impiden la satisfacción y el logro de aquello que se desea. La agresividad puede conducir a la depresión por múltiples caminos (Bleichmar 1996).

No me detendré en describir esos subtipos ni en los tipos de interven-

ciones específicas para cada uno de ellos. Lo que sí deseo es destacar cómo pueden ir influenciándose entre sí y producir una reacción en cadena. Por ejemplo: las angustias persecutorias pueden dar lugar a agresividad defensiva que, a su vez, puede generar un trastorno narcisista por las respuestas del entorno. Este trastorno narcisista hace que la persona se vuelva más agresiva para defenderse de su sufrimiento lo que, debido a la respuesta del entorno, incrementa las angustias persecutorias.

En mi artículo “Some subtypes of depression and their implications for psychoanalytic treatment” [Algunos subtipos de depresión y sus implicaciones para el tratamiento psicoanalítico] (Bleichmar, 1996) describí esas interacciones y presenté un modelo psicodinámico de interacciones entre componentes. Este artículo contiene solo uno de los diagramas que muestran los caminos de la agresividad hacia las depresiones ya sea de tipo narcisista o por culpa. Aquí reproduzco el otro diagrama (omitido en aquel artículo), que indica las interacciones entre diferentes sectores que conducen a la depresión (ver Figura 1). Esos subtipos permiten reconocer los aportes de Freud, Klein y Kohut –entre otros– en un modelo integrado que pretende ser conceptualmente amplio.

En este modelo también hay importantes implicaciones clínicas. Puesto que si hay subtipos de trastornos depresivos que, a su vez, se desarrollan en estructuras de personalidad diferentes, ¿podemos aplicar a todos ellos los mismos tipos de intervenciones terapéuticas? ¿No resulta necesario superar la noción de que uno puede aplicar la misma técnica a no importa cuál sea el cuadro psicopatológico y la estructura de personalidad?

## **Los sistemas motivacionales y sus transformaciones**

La psicopatología no puede desvincularse de las concepciones que se tengan sobre el funcionamiento del psiquismo, sobre las motivaciones que impulsan las necesidades, los deseos y las angustias. En este sentido, el libro de Lichtenberg (1989) *Psychoanalysis and Motivation* [Psicoanálisis y Motivación] tuvo gran influencia sobre mí. Aprecié sus conceptualizaciones derivadas de la investigación sobre la infancia, y de la situación psicoanalítica. Me pareció que sus concepciones eran concordantes con la idea de Chomsky sobre módulos y con los aportes de la neurociencia sobre la organización modular del cerebro, pero, en su caso, centrándose en la organización

del psiquismo. A la conceptualización de Lichtenberg incorporé un sistema motivacional narcisista (Bleichmar, 1997) y otro que llamé heteroconservación, es decir, cuidado y preservación del otro (Bleichmar, 2004). De la heteroconservación derivan los sentimientos de culpa que no están necesariamente asociados con la agresividad. Heteroconservación tiene su base en una tendencia marcada por la evolución a cuidar a la cría aún a costa de la propia vida. Pero esta tendencia biológica depende de acontecimientos psicológicos específicos, tales como el cuidado parental, los valores culturales, el interjuego entre los miedos sobre la autoconservación, las necesidades narcisistas y los procesos defensivos.

Los sistemas motivacionales tienen origen propio, con sus propios procesos reguladores, pero al mismo tiempo se relacionan los unos con los otros y, en este sentido, dan lugar a transformaciones. Así, por ejemplo, la sexualidad como motivación es modificada por una motivación narcisista: se puede anular si genera malestar narcisista, o se puede incrementar porque brinda una cierta imagen de sí –como es el caso de Casanova. La sexualidad también puede servir a fines autorreguladores (disminución de la ansiedad) o como una herramienta al servicio del apego al otro –idea anticipada por Fairbairn (1943). Por otra parte, el apego puede estar al servicio de la autoconservación, para sentirse seguro, pero también puede renunciarse a él cuando el otro es sentido como peligroso o que desregula psicobiológicamente. Existen, por tanto, múltiples articulaciones y transformaciones posibles entre los sistemas motivacionales de la autoconservación y la heteroconservación, del apego, de la sexualidad, del narcisismo y de la regulación emocional. Puesto que estos módulos y transformaciones organizan y dirigen al psiquismo, me pareció adecuado denominar a esta conceptualización enfoque modular-transformacional. Tenía muy claro que el concepto más general de módulos en transformación y la articulación de componentes era aplicable al estudio de estructuras complejas. En realidad, el campo psicoanalítico es complejo, las cosas no pueden ser vistas desde una sola perspectiva. Las preguntas en torno a qué entendemos por realidad, neutralidad, análisis, espontaneidad, posición del analista, objetivos de la terapia, etcétera, requieren exámenes detallados y sofisticados. Un buen ejemplo de detalle y sofisticación lo encontramos, por ejemplo, en *The Anatomy of Psychotherapy* de Lawrence Friedman (1988), en que se estudia con enorme sutileza la tensión dialéctica entre las propuestas de diversas perspectivas para cada uno de estos temas.

Un área que despertó mi interés fue el estudio del sentimiento de intimidad, el sentimiento de dos personas de estar en el mismo espacio psicológico. Esto es diferente de las necesidades de apego para asegurar la autoconservación, o el narcisismo, o la regulación emocional, o el placer sexual. La persona que satisface esas necesidades puede ofrecer todo eso y puede estar presente, y sin embargo uno puede sentir el dolor del desencuentro, es decir “tú no sientes lo que siento yo”.

Durante muchos años quedó flotando en mi recuerdo un viejo test de Laing, Phillipson & Lee, *Interpersonal Perception* (1966) en el que se hacían a las parejas preguntas tales como “¿qué piensa Ud. que él/ella piensa de lo que Ud. piensa sobre qué piensa él de Ud?”. El propósito era mostrar a los miembros de la pareja las múltiples perspectivas bajo las cuales se miraban el uno al otro. Este test me hizo pensar en la necesidad de especificar bajo qué formas concretas una pareja puede alcanzar un sentimiento de intimidad, de habitar el mismo espacio mental. Hay quienes logran este estado de intimidad cuando comparten un estado afectivo, otros cuando comparten una ideología, otros cuando hacen algo juntos como escuchar una música que les gusta a ambos. Pensé que se podía especificar más la idea kohutiana de gemelaridad y, más aún, que la forma preferida por el analista para lograr esta intimidad podía ser diferente de la del paciente. Pensé en la angustia que resulta del desencuentro mutuo entre una pareja analista-analizando en que uno busca comprensión y el otro, afectividad. Esto dio lugar a la pregunta que todo analista se debe formular: ¿mi forma de encontrar intimidad se corresponde con la del paciente? ¿Mi escuela de pertenencia privilegia un modo determinado de buscar la intimidad?

Me interesé en el hecho de que para algunas personas el sentimiento de intimidad se alcanza a través de compartir sufrimiento, lo que puede plantear una amenaza al tratamiento puesto que refuerza la tendencia del paciente a sentirse próximo al analista mediante el dolor, especialmente cuando el analista que malentendiendo la empatía no capta que su supuesta actitud empática representa una puesta en acto que refuerza la patología del paciente. Este fue el tipo de cuestiones que examiné en *Attachment and Intimacy in Adult Relations* (Bleichmar, 2003).

## **Objetos de los distintos sistemas motivacionales**

Si las necesidades que despliega un paciente en el tratamiento son múltiples –autoconservación, heteroconservación, apego, narcisismo, regulación psicobiológica, sensualidad y sexualidad–, el analista representa entonces múltiples objetos para el paciente. Habrá encuentros y desencuentros entre los sistemas motivacionales de ambos participantes de la relación analítica. Un analista podrá ser una figura de apego relativamente segura –estar presente, ser regular, no abandonar–, e incluso podrá ser un objeto que satisfaga las necesidades narcisistas del paciente, pero su ritmo puede ser demasiado excitado y por tanto podrá desregular psicobiológicamente al paciente. Es factible pensar en esto como una tabla con distintas combinaciones posibles, incluido lo que el paciente representa dentro de los propios sistemas motivacionales del analista.

## **Aplicación del concepto de sistemas motivacionales a los subtipos de duelo patológico**

Es posible describir las distintas formas que adquiere el duelo si se aplica al estudio del duelo patológico en los estados depresivos el papel que el objeto perdido solía desempeñar para los sistemas motivacionales del paciente (Bleichmar, 2010). Por ejemplo, si una persona pierde una figura que actuaba como objeto de la autoconservación, al perder la protección que ofrecía esa figura (fuera real o imaginada), a la tristeza por la pérdida se le agregará el miedo y las angustias persecutorias. Incluso, si la persona tiene una predisposición a preocupaciones hipocondríacas el duelo puede tener a la hipocondría como componente visible. Por otra parte, si el otro sostenía el narcisismo, su pérdida puede traducirse en sentimientos de vacío, de modo que se entra en una depresión narcisista. O si la figura perdida actuaba como regulador emocional, entonces la persona puede padecer desregulación y confusión cognitiva.

Aplicué también mi noción de perfiles psicopatológicos como resultado de la articulación de componentes al interjuego de condiciones que producen subtipos de trastornos de pánico (Bleichmar, 1999) y de trastornos narcisistas (Bleichmar, 2000). Esto permite pensar la psicopatología no en términos de categorías diagnósticas, sino como una articulación de dimensiones. Esto es concordante con los esfuerzos que desde hace 20

años una serie de investigadores están haciendo para tratar de modificar las categorías diagnósticas del DSM y basar los diagnósticos en configuraciones de dimensiones.

## **Por qué la interpretación y la relación producen cambios**

En la controversia entre los que defienden que la interpretación es el instrumento para el cambio terapéutico y aquellos que ven a la relación como el factor esencial –por ejemplo el Boston Group– la solución al problema no consiste en sostener que ambas son necesarias –esa es mi posición– sino en ser capaz de explicar por qué es así. Esta es la cuestión que examiné en “Making conscious the unconscious in order to modify unconscious processing: Some mechanisms of therapeutic change” (Bleichmar, 2004) [Hacer consciente lo inconsciente para modificar los procesamientos inconscientes. Algunos mecanismos del cambio terapéutico. Traducido en Aperturas Psicoanalíticas, 22]. Este artículo se centraba en una idea básica: si lo que dice el terapeuta es aceptado en un nivel profundo y promueve cambios no es tanto porque describa el funcionamiento del paciente –deseos, angustias, defensas– sino porque moviliza ciertos sistemas motivacionales –sea el del apego, el de las necesidades narcisistas, o el de la regulación psicobiológica. Lo mismo sucede con la relación terapéutica. El punto compartido entre el cambio mediante la relación y el cambio mediante la interpretación –dejo de lado las enormes diferencias entre uno y otro para destacar lo que tienen de común– es que son capaces de vencer las resistencias conscientes e inconscientes debido a que el equilibrio entre el/los sistemas motivacionales en que se basa el cambio y aquellos que se le oponen se inclina a favor de los primeros. La intervención terapéutica puede entrar en sincronía o en contradicción con las necesidades de los sistemas motivacionales del paciente. Citando el artículo que he mencionado:

¿La intervención se apoya, por ejemplo, en el sistema motivacional del apego, pero entra en contradicción con el narcisista, hace sentir a la persona inferior o humillada, provocando por ello una aceptación formal para mantener el apego pero siendo rechazada profundamente por lesionar al narcisismo? O, por el contrario, ¿apuntala al narcisismo al promover, por ejemplo, un sentimiento de autonomía del sujeto, ha-

ciéndole sentir que puede seguir un camino independiente respecto a personajes a los que hasta ese momento se sometía, pero le crea angustias de apego, de separación, de pérdida de las figuras significativas, con lo cual generará resistencias profundas? Todo lo cual indica que el peso motivacional de una intervención terapéutica es un peso ponderado: es el balance resultante de su entrada en un sistema dinámico en que el poder de los distintos componentes –sistemas motivacionales– suman, restan, interactúan para dar una dirección determinada al procesamiento psíquico de las fantasías, los sentimientos y las tendencias a la acción (p. 1386).

Por ello planteé la necesidad de evaluar el peso motivacional de la intervención terapéutica tanto para la interpretación como para la relación terapéutica, en los múltiples niveles en que aquellas actúan (memoria procedimental). Ello significa colocar la intervención terapéutica en un campo dinámico de sistemas motivacionales en que la intervención no vale por sí misma sino por el peso que tiene en el encuentro con la actividad de los sistemas motivacionales del paciente en el momento preciso en que ocurre.

No podemos recorrer y discutir la amplia literatura sobre verdad narrativa y la verdad histórica o sobre memoria explícita y procedimental (Lyons-Ruth, 1999), pero sí queremos destacar que en la relación terapéutica es posible encarar la “memoria encarnada” (memoria en el cuerpo, reacción corporal como memoria de un acontecimiento) como lo muestra clínicamente Leuzinger-Bohleber (2008).

## **Psicoanálisis y neurociencia**

Resulta evidente para todos los psicoanalistas que el conocimiento del funcionamiento psíquico a un nivel profundo –es decir las motivaciones y fantasías que mueven el psiquismo, las ansiedades provocadas, el modo en que uno se defiende de ellas, el modo en que uno se relaciona con los otros– encuentra su marco indispensable para la investigación en la situación analítica, en el encuentro entre paciente y analista. La neurociencia no puede explicar los rasgos psicológicos particulares de un individuo, tales como sus identificaciones y preferencias. Sin embargo, el formidable

progreso de la neurociencia cognitiva y afectiva respecto a los distintos tipos de memoria, centros neuronales, etcétera, obliga a los psicoanalistas a preguntarse de qué modo específico y concreto dichos descubrimientos contribuyen a desarrollar, confirmar, o modificar la teoría y la técnica. Si digo de qué modo específico y concreto es porque considero indispensable que los psicoanalistas vayan más allá de lo general y se pregunten en cada ocasión qué implicaciones podría tener este hallazgo de la neurociencia y cómo podría aplicarse al psicoanálisis y la psicoterapia. Para ofrecer un ejemplo que refleja la orientación que he descrito, es decir buscar aplicaciones particulares derivadas de la neurociencia, podríamos considerar los estudios sobre activación neurovegetativa, su papel en la fijación de la memoria y sus implicaciones para el tratamiento y la elaboración. El estudio de pionero de Cahill y colaboradores (O'Carroll y col., 1999) con sujetos a quienes se les mostraban escenas con gran valencia afectiva, hallaron que aquellos que recibían la yohimbina estimulante, que activa el sistema adrenérgico, recordaba y reconocían el material afectivamente importante más que aquellos a quienes se suministró metoprolol, que bloquea este sistema. El grupo de McGaugh (Roosendaal y col., 2006) mostró que dosis bajas de glucocorticoides, que actúan a través del sistema noradrenérgico, aumentaban la consolidación de la memoria a largo plazo, pero la perturbaban a grandes dosis. Existe abundante literatura que confirma estas investigaciones. También podemos recordar la ley de Yerkes-Dodson en psicología relacionada con la correlación entre niveles de activación (arousal) y rendimiento, que establece que la eficacia al llevar a cabo una tarea, especialmente una compleja como lo es la elaboración analítica, sigue una curva de U invertida, lo que significa que la eficacia es baja cuando los niveles de activación (arousal) son bajos, aumenta cuando aumenta la activación, alcanza un punto óptimo y, si el estado de activación aumenta más aún, la eficacia disminuye progresivamente.

Los hallazgos de la neurociencia demuestran que el estado neurovegetativo/hormonal de arousal/activación en el momento en que el sujeto experimenta un cierto acontecimiento marca la memoria y la reconsolidación y el mantenimiento del recuerdo de material con carga afectiva. Esto es interesante para el tratamiento analítico porque la cuestión que se plantea es si una intervención psicoanalítica, o algo que se ha sentido en la transferencia/contratransferencia, tiene el mismo valor para ser elaborado cuando el paciente tiene un nivel bajo de activación que cuando

este es alto. Uno también podría preguntarse: ¿cuál es el nivel óptimo de activación de modo que lo que se está desarrollando en el tratamiento sea registrado e incorporado al psiquismo? En cualquier caso, está claro que el uso de la afectividad y el nivel de activación neurovegetativa del analista como componentes de la técnica terapéutica son temas importantes que precisan ser explorados y que requieren investigación clínica y conceptual (Jiménez, 2007; Leuzinger-Bohleber y Fischman, 2006).

Los psicoanalistas estamos ahora en mejores condiciones de estudiar los procesos conscientes e inconscientes, la relación entre ambos, los fenómenos intersubjetivos, y de tener modelos más amplios que expliquen la influencia recíproca entre la mente y el cuerpo. Lo que transcurre en el cuerpo activa ciertas representaciones y crea estados afectivos. Esto es evidente, por ejemplo, en el efecto que los antidepresivos tienen sobre la cognición y afectividad, o en cómo la activación eléctrica de cierta zona del cerebro es capaz de provocar una depresión aguda transitoria, con todas las características cognitivas de una depresión mayor (es decir, pesimismo extremo, ideación suicida, etcétera), que cesa cuando termina la estimulación eléctrica (Bejjani y colaboradores, 1999), o en como la administración de oxitocina puede estimular el apego.

Por otra parte, lo contrario (lo psicológico modificando la reacción biológica del cuerpo) también es cierto. Los estudios recientes sobre el efecto placebo evidencian que la sugestión no es un simple problema representacional. Eippert y colaboradores (2009) ha podido demostrar que la disminución del dolor que el placebo produce frente a estímulos dolorosos es debida a la inhibición fisiológica del asta o cuerno posterior de la médula espinal —la asta sensitiva— del mismo lado en que se aplica el estímulo doloroso. La secuencia es la siguiente: el cerebro anticipa una disminución del dolor debido a la sugestión que produce el placebo; desde ahí se desactiva la asta posterior de la médula espinal, y esta transmite entonces menor sensación dolorosa al cerebro. Además del efecto placebo, también se ha demostrado que, mediante condicionamiento clásico es posible que un estímulo que produce un determinado efecto se asocie a otro estímulo de modo que este último, aunque no capaz de producir ese efecto por sí mismo, pueda hacerlo debido a la asociación. Por ejemplo, se ha demostrado que personas que recibieron el inmunosupresor ciclosporina junto con una bebida que no contenía la medicación, al cabo de pocos días se producía inmunosupresión tomando solo la bebida sin medicación

(Goebel, 2002). También, personas con rinitis alérgicas recibieron antihistamínicos asociados a una bebida. Tras unos días, tomaban solo la bebida sin medicación y esta bebida tenía el mismo efecto que los antihistamínicos (Goebel y colaboradores, 2008).

Soy consciente de que hay posiciones en psicoanálisis que piensan que la neurociencia tiene poco que ofrecer al psicoanálisis, que se debe preservar la especificidad de nuestro campo. Respecto a esto último, mi posición, como queda claro en lo que escribí en el primer párrafo de esta sección, es que el psicoanálisis tiene una especificidad que no permite ser absorbido por otras disciplinas. Pero, aunque los psicoanalistas deban profundizar en su teoría y en los supuestos de nuestra técnica terapéutica, no pueden ignorar que los fenómenos mentales, la estructura del carácter y la psicopatología requieren de modelos a los que ellos puedan contribuir, pero que también deben permanecer abiertos a las contribuciones de otros campos tales como la neurociencia, la psicología cognitiva, las teorías del aprendizaje, la epistemología constructivista y otras. Vivir en la interfase no significa estar por fuera sino moverse continuamente entre los campos, entrar y salir de cada uno de ellos, dejándose influenciar por ellos.

## **Epílogo**

Si después de este recorrido tuviera que intentar tomar distancia con respecto al enfoque modular-transformacional y a sus aplicaciones teórico-clínicas, tal como propuesto en este trabajo, no me atrevería a decir que refleje ni mucho menos la complejidad de la mente humana, ni querría caer en el tipo de dogmatismo contra el que he advertido en el apartado anterior. Pero sí creo que está en el camino de la búsqueda de modelos que describan al psiquismo mediante articulaciones de múltiples factores, niveles y procesos, sabiendo que no se pueden reducir los unos a los otros. Se trata también de un modelo que apunta a una psicoterapia con diferentes tipos de intervenciones con mayor grado de especificidad en función de subtipos de patologías y de estructuras de personalidad. En este sentido, lo psicológico puede articularse con lo biológico, lo intrapsíquico con lo intersubjetivo, y el encuentro entre la subjetividad del analista y del analizando puede crear configuraciones en continua transformación por las influencias recíprocas. Más que las soluciones propuestas, lo que vale es que esta concepción participa de ese movimiento de psicoanalistas,

cognitivistas, psicólogos sociales, neurocientíficos, etcétera, que están dispuestos a ver las limitaciones de sus propios descubrimientos y están abiertos al diálogo interdisciplinar, y con las diversas corrientes de sus propias disciplinas.

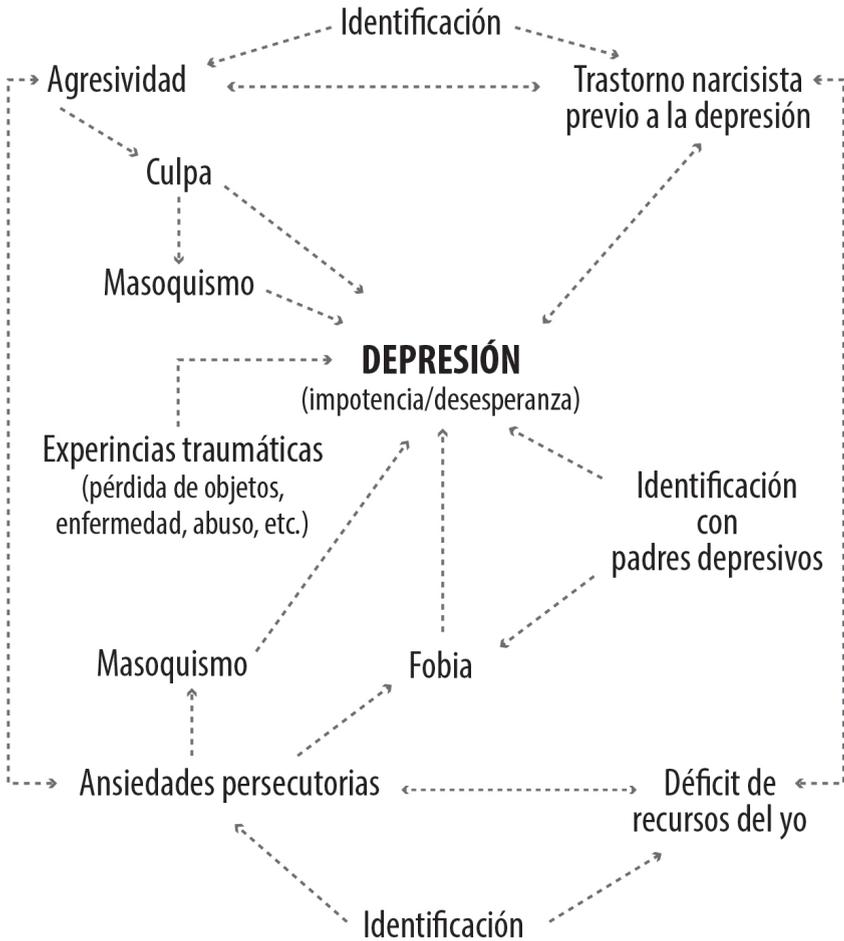


Figura 1. Diferentes caminos a la depresión.

## Referencias

- Abelin-Sas, G. (2008), Recent work by Hugo Bleichmar. *J. Amer. Psychoanal.*, 56: 295–304.
- Baranger, M., & W. Baranger. (2008), The analytic situation as a dynamic field. *Internat. J. Psycho-Anal.*, 89: 795-826.
- , & W. Baranger. (2009), *The Work of Confluence. Listening and Interpreting in the Psychoanalytic Field*, ed. L. G. Fiorini. London: Karnac.
- Bejjani, B.-P., P. Damier, I. Arnulf, L. Thivard, A.-M. Bonnet, D. Dormont, P. Cornu, B. Pidoux, Y. Samson, & Y. Agid. (1999), Transient acute depression induced by high-frequency deep-brain stimulation. *N. Eng. J. Med.*, 340:1476-1480.
- Bibring, E. (1953), The mechanism of depression. In: *Affective Disorders. Psychoanalytic Contributions to Their Study*, ed. P. Greenacre. New York: International University Press, pp. 13–48.
- Bleichmar, H. (1974), *Introducción al estudio de las perversiones. El Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- . (1996), Some subtypes of depression and their implications for psychoanalytic treatment. *Int. J. Psychoanal.*, 77: 935–961.
- . (1997), *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Barcelona: Paidós.
- . (1999), El tratamiento de las crisis de pánico y el enfoque Modular-Transformacional. *Aperturas Psicoanalíticas*, 3. [www.aperturas.org](http://www.aperturas.org)
- . (2000), Aplicación del enfoque Modular-Transformacional al diagnóstico de los trastornos narcisistas. *Aperturas Psicoanalíticas*, 5. [www.aperturas.org](http://www.aperturas.org)
- . (2003), Attachment and intimacy in adult relations. In: *Attachment Theory and the Psychoanalytic Process*, ed. M. Cortina & M. Marrone. London: Whurr, pp. 382–406.
- . (2004), Making conscious the unconscious in order to modify unconscious processing: Some mechanisms of therapeutic change. *Int. J. Psychoanal.*, 85: 1379–1400.
- . (2010), Rethinking pathological mourning: Multiple types and therapeutic approaches. *Psychoanal. Quart.*, 79: 71–93.
- Bromberg, P. M. (1996), Standing in the spaces: The multiplicity of self and the psychoanalytic relationship. *Contemp. Psychoanal.*, 32: 509–535.
- Brown, L. J. (2011), *Intersubjective Processes and the Unconscious. An Integration of Freudian, Kleinian and Bionian Perspectives*. London: Routledge.
- Chomsky, N. (1957), *Syntactic Structures*. The Hague, Netherlands: Mouton & Co.
- . (1984), *Modular Approaches to the Study of the Mind*. San Diego, CA: San Diego State University.

- Eippert, F., J. Finsterbusch, U. Binget, & C. Büchel. (2009), Direct evidence for spinal cord involvement in placebo analgesia. *Science*, 326: 404.
- Fairbairn, R. (1943), The repression and the return of bad objects (with special reference to the 'War Neuroses'). In: *Psychoanalytic Studies of the Personality: Collected Papers*, ed. R. Fairbairn. London: Routledge, 1994, pp. 59–81.
- Ferenczi, S. (1949), Confusion of the tongues between the adults and the child (The language of tenderness and of passion). *Int. J. Psychoanal.*, 30: 225–230.
- Freud, S. (1896), Further remarks on the neuro-psychosis of defence. *Standard Edition*, 3: 162–185. London: Hogarth Press, 1962.
- . (1917), Mourning and melancholia. *Standard Edition*, 14: 237–258. London: Hogarth Press, 1957.
- . (1924), The dissolution of the Oedipus Complex. *Standard Edition*, 19: 171–179. London: Hogarth Press, 1961.
- . (1926), Inhibitions, symptoms and anxiety. *Standard Edition*, 20: 77–172. London: Hogarth Press, 1959. [Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas*, 20: 71-161. Buenos Aires: Amorrortu]
- Friedman, L. (1988), *The Anatomy of Psychotherapy*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Goebel, M. U., N. Meykadeh, W. Kou, M. Schedlowski, & U. R. Hengge. (2008), Behavioral conditioning of antihistamine effects in patients with allergic rhinitis. *Psychother. Psychosomatics*, 77: 227–234.
- . A. E. Trebst, J. Steiner, Y. F. Xie, M. S. Exton, S. Frede, A. E. Canbay, M. C. Michel, U. Heemann, & M. Schedlowski. (2002), Behavioral conditioning of immunosuppression is possible in humans. *FASEB J. (Fed. Amer. Soc. for Experimental Bio.)*, 16: 1869–1873.
- Jiménez, J. P. (2007), Can research influence clinical practice? *Int. J. Psychoanal.*, 88: 661–679.
- Kohut, H. (1971), *The Analysis of the Self*. New York: International University Press.
- . (1977), *The Restoration of the Self*. New York: International University Press.
- Lacan, J. (1966), *Écrits*. Paris: Editions du Seuil.
- Laing, R. D., H. Phillipson, & A. R. Lee. (1966), *Interpersonal Perception: A Theory and a Method of Research*. London: Tavistock.
- Lévi-Strauss, C. (1958), *Antropología Estructural*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- Leuzinger-Bohleber, M. (2008), Biographical truths and their clinical consequences: Understanding 'embodied memories' in a third psychoanalysis with a traumatized patient recovered from severe poliomyelitis. *Int. J. Psychoanal.*, 89: 1165–1187.
- , & T. Fischmann. (2006), What is conceptual research in psychoanalysis? *Int. J. Psychoanal.*, 87:1355–1386.

- Lichtenberg, J. D. (1989), *Psychoanalysis and Motivation*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- , F. M. Lachmann, & J. L. Fosshage. (2011), *Psychoanalysis and Motivational Systems: A New Look*. London: Routledge.
- Lyons-Ruth, K. (1999), The two-person unconscious: Intersubjective dialogue, enactive relational representation, and the emergence of new forms of relational organization, *Psychoanal. Inq.*, 19: 576–617.
- Mitchell, S. (2000), *Relationality: From Attachment to Intersubjectivity*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- O'Carroll, R. E., E. Drysdale, L. Cahill, P. Shajahan, & K. P. Ebmeier. (1999), Stimulation of the noradrenergic system enhances and blockade reduces memory for emotional material in man. *Psychol. Med.*, 29: 1083-1088.
- Roosendaal, B., S. Okuda, D. J. de Quervain, & J. L. McGaugh. (2006), Glucocorticoids interact with emotion-induced noradrenergic activation in influencing different memory functions. *Neuroscience*, 138: 901–910.
- Sandler, J., & W. Joffe. (1965), Notes on childhood depression. *Int. J. Psychoanal.*, 46: 88-96.

# Metapsicología, investigación científica e interdisciplina

Eduardo B. Issaharoff

Colaboradores:

Marcela Armuz, Daniel Biebel, Alicia Budnik de Gibert,  
Liliana Fudin de Winograd, Silvia M. Koziol

## Comunicación preliminar

El título de este trabajo presenta conceptos complejos para el psicoanálisis y también anuncia la intención de relacionarlos entre sí. De no aclarar el carácter preliminar del mismo deberíamos presentar, más bien, un libro que un artículo. Sin embargo, creemos que el interés de estos problemas justifica el intento de tratarlos en este momento.

Freud crea el psicoanálisis para responder a dos desafíos: encontrar un tratamiento a los padecimientos mentales y construir una teoría científica sobre la psique.

Esta ciencia debería describir, clasificar y explicar las conductas tanto normales como patológicas. Desde el comienzo, Freud reconoció las dificultades que existen para abarcar teóricamente la conducta observable. Esta es muy compleja y depende de diversos factores difíciles de aislar o cuantificar. Con el paso del tiempo, aparece con mayor nitidez el problema de la separación entre la teoría y la clínica. Este problema que inquieta a los psicoanalistas genera las repetidas discusiones acerca de la metapsicología, la aparición de propuestas de separar la teoría de la clínica nos lleva a definir al psicoanálisis como una ciencia *sui generis* para salir del problema.

Quisiéramos abordar parcialmente el problema de la distancia entre la teoría y la práctica psicoanalítica desde un punto de vista epistemológico. Además, sugerir esta distancia como la causa de un estado crónico de insatisfacción sobre las posibilidades de construir una ciencia de la conducta humana en el nivel psicoanalítico.

Creemos que tanto el problema como la insatisfacción que produce se originan en parte en el carácter mixto del lenguaje psicoanalítico. Este utiliza términos, conceptos y teorías suficientemente elaborados junto a otros que representan aspectos de lo que ocurre en la clínica y que son expresados por metáforas o analogías, que se mezclan mal con los términos provenientes de la elaboración teórica. Este problema no es original o patrimonio exclusivo del psicoanálisis, ocurre en todas las disciplinas científicas en la medida en que incluyen el lenguaje común generando una indeterminación del conjunto en distintos grados (ver Nagel y Klimovsky).

Esta “impureza” del lenguaje científico no puede ser eliminada. Pero resulta sumamente útil tener en cuenta que esta perturbación admite grados, siendo muy elevada en el psicoanálisis. Tampoco debemos pensar este problema en términos estáticos. Hay muchos ejemplos en los que la perturbación fue muy intensa, luego llegó a un mínimo y volvió a crecer. La historia de la física puede ser uno de ellos.

Agreguemos ahora a la no linealidad de la evolución del conocimiento científico una nueva complicación. Cuando hablamos de una ciencia de la mente, apenas comenzamos a analizar el término “mente” entramos en un campo de problemas lo suficientemente complejo como para abrir los capítulos de la “filosofía de la mente” y “la filosofía del problema mente-cerebro”. En este momento del conocimiento filosófico y científico de la “mente” existe entre los investigadores acuerdo acerca de que la “mente” es una entidad compleja constituida por la interacción de muchas estructuras y funciones que producen lo que denominamos fenómenos mentales. Su investigación puede ser fragmentada hasta cierto punto y la adquisición de información no trivial sobre sus estructuras y funciones requiere la integración de diferentes disciplinas, niveles y contextos (Rapaport y Gill, 1959).

La estrategia de producción de conocimiento a partir de fragmentos aislados no puede describir el psiquismo humano en sus características significativas. Aquí se hace particularmente necesaria la estrategia interdisciplinaria. Un método inductivista como el que se utiliza con

frecuencia en los laboratorios de investigación en psicología y neurociencia no llega a describir la zona particular de lo humano.

La situación no es diferente desde el otro extremo, las así llamadas ciencias humanas o sociales. No pueden establecer ningún nexo entre lo humano y el resto del mundo biológico y pierden la posibilidad de controlar sus hipótesis e integrarlas al universo científico. Negar que somos biología produce una desviación que bien podemos llamar delirante en tanto perdemos las referencias adecuadas para ubicarnos en el mundo con el que interactuamos.

No ha sido esta la posición de Freud. A lo largo de toda su obra está presente la necesidad de considerar la múltiple determinación de los fenómenos psíquicos, es decir la diversidad de estructuras y funciones que participan en el más simple de estos fenómenos. Por otra parte, considera que una explicación es incompleta si no toma en cuenta distintas líneas de explicación, es decir sistemas teóricos que provienen de distintos niveles y estructuras.

La metapsicología freudiana es considerada por un filósofo contemporáneo como un proyecto global acerca de cómo debe realizarse una investigación completa de la mente humana (P. Kitcher, 1992). Sostenemos aquí que los psicoanalistas están impregnados de este espíritu del fundador que aspira a encontrar un camino integral sobre lo psíquico y no se conforma con el desarrollo de teorías parciales. No han sobrevivido con vitalidad y satisfactoriamente los intentos que existieron de limitar el proyecto del psicoanálisis a una única zona, teórica o clínica. Muchos investigadores en disciplinas vecinas, como la psicología cognitiva y la neurociencia, se sienten muy cómodos postergando para un futuro la integración de conocimientos parciales en una estructura de mayor nivel. No sucede así con los psicoanalistas. Es imposible hacer psicoanálisis ciñéndose exclusivamente a la teoría y la técnica establecidas. Inevitablemente el psicoanalista en el consultorio debe crear nuevas hipótesis e instrumentar nuevas acciones destinadas a distintos objetivos, por ejemplo, modular la ansiedad del paciente, crear condiciones favorables para mantener el proceso en marcha, o considerar la capacidad de asimilar nuevo conocimiento sobre sí mismo del analizado, o atendiendo al viejo problema del *timing* que inevitablemente conduce al complejo manejo de la transferencia-contratransferencia.

En el consultorio, el psicoanalista se ve obligado a forjar síntesis que

resultan de un intenso trabajo considerando las múltiples dimensiones de lo que ocurre en sesión, desde los conflictos intrapsíquicos a los contextos culturales tal como están representados en el analizado.

La distancia entre la teoría y la clínica no es un problema que surge de la curiosidad intelectual, sino que es parte de la experiencia cotidiana del psicoanalista. Sufre ese problema en la medida en que carece de herramientas teóricas suficientes para transmitir su experiencia, conocimiento y accionar en la sesión. La insatisfacción no es metafísica. Surge de la soledad en el consultorio y la impotencia de construir los puentes necesarios entre la experiencia clínica y la teoría. Muchos psicoanalistas elaboran un lenguaje idiosincrásico que contribuye, las más de las veces, a lo que se ha llamado la babelización de la literatura psicoanalítica.

Freud llamó metapsicología al nivel más general, o desde una perspectiva hipotético-deductiva, el nivel más alto de hipótesis dentro de la teoría psicoanalítica. También llamó metapsicología al conjunto de categorías usadas para la descripción de los fenómenos psíquicos, así como el conjunto de hipótesis para explicar dichos fenómenos. Descripción y explicación son funciones esenciales de la teoría psicoanalítica, y constituyen las características por las que aspira a ser reconocida como teoría científica. Un mero sistema de clasificación y de generalizaciones no parece corresponder a las ambiciones de la teoría psicoanalítica. Más aún, y retomando la visión de P. Kitcher sobre la metapsicología, podemos decir que no solo pretendió Freud dar un marco teórico para el trabajo en su época, sino que abrió un camino para la investigación futura bajo la forma de las condiciones que debía satisfacer el estudio de la mente humana más allá del conocimiento científico de su tiempo. Si aceptamos esta hipótesis, podemos considerar los puntos de vista establecidos por la metapsicología como las dimensiones del fenómeno psíquico.

Así considerada, sus términos básicos no deben tomarse en un sentido sustantivo sino categorial. La dimensión energética no corresponde entonces a la concepción de la energía que se tenía en su época sino a la estructura energética de toda actividad biológica. Cualquier hipótesis que no pudiera ser explicada en términos energéticos, biológicos para nosotros, no permitiría un examen en profundidad de lo que nos informa y de sus potenciales contradicciones internas y con el resto de la teoría. La consistencia de la teoría solo es posible si hay concordancia en las conclusiones que se sacan entre las diferentes dimensiones: topográfica, económica

y dinámica. Buscar la consistencia interna y externa de la teoría no es un asunto menor. Solo a veces se logra. Pero eso no justifica relajar el método y conformarse con condiciones débiles. La vigilancia metodológica sobre este punto da la medida del valor del trabajo de un investigador.

Freud revisó una y otra vez sus propias teorías, hipótesis y observaciones, porque como investigador y creador de teoría tenía una severa disciplina y poca propensión a relajarla. No es frecuente en la vida de un investigador que encuentre un abordaje original y exitoso del fenómeno del que se ocupa. Para muchos no ocurre nunca. Puede ser que al investigador no se le ocurra el modelo adecuado para pensar y divague por el universo teórico sin poder hacer pie firme en algún modelo o teoría, o no existan las herramientas conceptuales o experimentales para avanzar en el problema que encara. En el caso de Freud debemos reconocer que no se amilanó frente a las dificultades que tuvo que enfrentar. No solo siguió trabajando, produciendo teoría y penetrando en la naturaleza de lo psíquico a pesar de las limitaciones, sino que reconoció escrupulosamente los límites que encontró, lo señaló y se aventuró a hipotetizar sobre las futuras vicisitudes de la marcha de la investigación.

Retomando este espíritu que evocó en *Más allá del principio del placer*, citando a Goethe, “si no se puede avanzar volando, bueno es progresar cojeando, pues está escrito que no es pecado el cojear”. Podemos intentar una versión actual de las dimensiones dadas por Freud en su metapsicología. Así como puede ser tomada como un proyecto interdisciplinario, global y completo sobre la investigación de la mente humana, debemos preguntarnos qué forma le podemos dar hoy conservando sus categorías básicas. En una exposición muy sintética es posible decir que la dinámica surge de postular procesos inconscientes en los que las ideas y las fuerzas toman la estructura en la que ocurren esos procesos. En tanto hay fuerzas operando existen cantidades de energía que representan la naturaleza biológica del proceso.

El proceso inconsciente es el producto final de un conjunto de funciones y estructuras diferentes cuya separación está representada espacialmente en la topografía.

La consistencia entre los aspectos dinámico cualitativo, económico cuantitativo y funcional topográfico es el recaudo metodológico necesario para satisfacer la condición científica de la teoría. En términos de Freud, “quien se dedique a la construcción de hipótesis científicas solo podrá

tomarlas en serio una vez que se adapten desde más de una dirección a los conocimientos ya establecidos y siempre que de tal modo sea posible restarles su carácter arbitrario de construcciones *ad hoc*". (S. Freud, 1895, *Proyecto de una psicología para neurólogos*).

El paso siguiente consiste en atribuir a cada dimensión una relación con una disciplina científica diferente. La metapsicología deja de ser una bruja especulativa. Queda así definida como un proyecto interdisciplinario, no solo psicoanalítico. Veamos de qué manera.

Comenzando por el psicoanálisis, en estos 100 años de existencia, su método de explicar las motivaciones inconscientes de la conducta se aplicó a casi todo lo imaginable. A veces iluminando amplios territorios, otras oscureciéndolos, pero en todos los casos empujando las posibilidades de explicación a nuevos límites. La historia y la literatura han documentado la conducta humana en su gran riqueza y complejidad. El psicoanálisis generó sistemas conceptuales que permiten comprender las motivaciones ocultas de la conducta, sus diferencias y similitudes y agruparlas por características profundas que se hacen visibles solo a través del lente teórico psicoanalítico.

El material sobre el que trabaja el psicoanálisis pertenece al nivel más complejo, el de la interacción humana, y a los productos que surgen de ella, desde el amor hasta la guerra. La multiplicidad de mecanismos y funciones que participan de los procesos en este nivel fueron postulados por la teoría psicoanalítica. Se crearon e hipotetizaron a partir de los fenómenos observables con la única herramienta disponible, el propio psiquismo, las reglas generales de la actividad científica y la construcción de teorías. Con ellas el psicoanálisis hipotetizó la estructura de la percepción, la memoria, las fuerzas biológicas, la organización interna del universo conceptual, la construcción de la identidad subjetiva, la estructura motivacional y los mecanismos psicológicos involucrados en los fenómenos sociales.

La estrategia de investigación del psicoanálisis separando funciones en el complejo proceso psíquico fue adoptada por otras ciencias que abordaron esta problemática. En la actualidad muchas de las líneas de investigación de estas funciones quedan dentro de lo que se llama las neurociencias cognitivas. En ellas convergen la investigación de las funciones realizadas por estructuras cerebrales y nerviosas que son estudiadas en sus aspectos anatómico, histológico, celular, intracelular y biológico molecular por la neurociencia, que es guiada en los aspectos funcionales de esas estructuras por la experimentación en psicología cognitiva. Algunos describen las

neurociencias cognitivas como la coevolución de distintos aspectos de la investigación del cerebro. El intenso trabajo en estas áreas produce conocimiento sobre funciones básicas que hace necesario revisar las hipótesis psicoanalíticas sobre esas funciones. Ejemplos de ello pueden ser las funciones de percepción o memoria. Pero al mismo tiempo que las ideas sobre percepción y memoria de las teorías psicoanalíticas deben ser revisadas, muchas otras son confirmadas.

Podemos decir que las teorías psicoanalíticas han tenido significativos aciertos en los niveles más altos de la organización del psiquismo mientras que en los niveles más básicos de las funciones la investigación neurocientífica ha demostrado los errores de teorías que se construyeron en tiempos donde los conocimientos y la tecnología eran muy primitivos. Sin duda, el advenimiento de la biología molecular traza una raya divisoria en las concepciones de los procesos neurales.

A medida que avanza, la neurociencia se acerca a las funciones más complejas del cerebro: las vinculadas a la interacción humana. En ese nivel es donde se hace indispensable la descripción de los fenómenos desde la vertiente psicoanalítica, que tiene la posibilidad de revelar la estructura de motivaciones e ideas subyacentes a la narrativa. La neurociencia nos da información sobre los mecanismos biológicos involucrados en esas funciones. Ambas descripciones se restringen mutuamente generando condiciones favorables a una consistencia global de la teoría. La aparición de una contradicción entre una y otra descripción señala necesariamente una ausencia conceptual o un error.

También surge otro desafío desde la biología. El cerebro no se ha construido según un plan maestro. No hay un ideal al que podamos aproximarnos. Solo podemos entenderlo como el producto del azar y la necesidad de la selección natural en el curso de la evolución. Los mecanismos que posee el cerebro humano los adquirió lentamente, uno por uno, detalle por detalle del diseño actual, a través de algunos millones de años. Esos mecanismos son los responsables de generar la cultura y la sociedad humana en todas sus variaciones. Son, también, el patrimonio universal de la especie al que podemos conocer a través de los múltiples productos sociales que genera..., y no a la inversa.

La escala temporal de los relatos humanos es muy pequeña comparada con la de la evolución. Los mecanismos seleccionados por la evolución son los que construyen los fenómenos que relatan la historia y la literatura. Si

queremos explicar científicamente esos fenómenos a través de procesos en los que se integran funciones distintas, entonces es en el marco de la psicología evolucionaria donde debemos buscar la consistencia que nos permita hacer una crítica metodológica de nuestras hipótesis.

Quizás en otro nivel —el físico-químico, por ejemplo—, el papel de la psicología evolucionaria sea muy parcial. Pero en el nivel del que se ocupa el psicoanálisis juega un papel central, sin el cual todo el edificio teórico pierde fundamento científico, pierde la capacidad de integración vertical y se transforma en pura especulación teórica o, a veces, meramente lingüística.

La relación del psicoanálisis con la biología tiene lugar por distintos caminos. A veces bajo la forma de fundamentos de la teoría psicoanalítica, otras compartiendo la causalidad de los fenómenos en la clínica, o a través de los problemas epistemológicos y metodológicos que contienen. Es una materia que desde Freud inquieta a todo científico interesado en la mente humana y en especial a los psicoanalistas comprometidos con el marco de la ciencia de su tiempo. El modelo que presentamos establece los niveles de competencia y la pertinencia de las leyes en cada disciplina y las correspondencias restrictivas entre ellas.

Definimos al psicoanálisis como el instrumento capaz de describir y explicar productos de procesos que realizan mecanismos y sistemas que son descriptos por las neurociencias y de los que la psicología evolucionaria nos brinda información acerca de las propiedades por los que han sido seleccionados en el proceso evolutivo y el tipo de problema que han resuelto. Así formulado el modelo, una explicación completa requiere de los tres niveles, a la manera que Freud pensaba de la metapsicología.

Este modelo puede ser un buen candidato para avanzar en el proyecto de transformar la exploración filosófica o teórica de la mente en investigación científica (Eric R. Kandel, 1998).

También ganan en términos de método científico y contrastación las disciplinas involucradas.

En cuanto a las relaciones restrictivas entre los niveles podemos decir que la teoría psicoanalítica no puede describir o explicar fenómenos a través de hipótesis que sean contradictorias con los conocimientos de las otras disciplinas. En sentido opuesto, la neurociencia o la psicología evolucionaria deberán dar cuenta de los mecanismos y los procesos involucrados en las descripciones y explicaciones psicoanalíticas. Si en el futuro

la interacción entre estas disciplinas es lo suficientemente intensa, como parece ser la tendencia, tendremos una herramienta muy poderosa para entender nuestra mente.

Nos parece adecuado a los fines de transmitir este modelo dar un ejemplo de su aplicación, muy general y en trazos gruesos, y dejar para futuros trabajos la presentación en detalle de cada una de las dimensiones del modelo.

El ejemplo que hemos elegido es la represión como fenómeno descrito por la teoría psicoanalítica.

Como es sabido la represión actúa impidiendo que cierto material mnémico llegue a la conciencia. La explicación clásica de Freud sostiene que esto ocurre debido a que dicho material provocaría una sensación de *displacer*, que se conoce por experiencias anteriores, y que es evitada desplazando el contenido de esa huella mnémica a otra en la que ese contenido queda oculto y se dificulta su percepción por la conciencia, o directamente impidiendo su expresión. Comencemos a estudiar los mecanismos involucrados en este fenómeno.

Primero algunas precisiones psicoanalíticas. La represión como fenómeno pertenece al campo de las funciones de la memoria. En este terreno podemos señalar que Freud se ocupó especialmente de dos aspectos de la memoria. El primero es el registro de la percepción, que atribuye a ciertas propiedades de las neuronas que tienen una estructura capaz de conservar un estado dado y que, por lo tanto, no están disponibles para recibir nueva información. Freud imaginó una clase de neuronas especializadas en la retención de información que serían estructuralmente diferentes de aquellas que están en contacto con el registro del exterior del aparato y que necesitan ser permeables al flujo de nueva información proveniente del afuera que las modifique. La idea de Freud de separar las neuronas por el tipo de propiedades lo ubica entre los investigadores que ven el problema del registro como central. En el pensamiento actual (Tulving, 1997) ha ido tomando más y más importancia el proceso por el cual se recupera una memoria respecto del registro de la misma.

El proceso de recuperación en Freud solo está representado por la dinámica entre lo inconsciente y lo consciente, donde actúan fuerzas sobre huellas activadas. Freud sabía que su teoría era un modelo puramente deductivo no apoyado en evidencia alguna de mecanismos biológicos. Siguió adelante con el modelo confiando en la necesidad lógica de algunas

hipótesis fundamentales y explorando instrumentalmente su aplicación en la explicación de los fenómenos conductuales observables. No tenía modo alguno de investigar el proceso de formación ni el de recuperación de la memoria en el cerebro.

La neurociencia actual posee recursos técnicos que le permiten investigar de manera no invasiva funciones cerebrales, integrándolas con la autoobservación del sujeto de la experimentación, y la observación de la conducta por parte del investigador. Uno de los territorios funcionales a los que se dedica intenso trabajo es la memoria. El fruto es abundante aunque quedan muchos interrogantes por resolver. Una conclusión en la que convergen todos los trabajos es el hecho de que la memoria es un conjunto de funciones distintas y no una sola. Hay muchas memorias diferentes, con mecanismos, funciones y áreas cerebrales bien diferenciadas. Sin embargo, debe entenderse que todas las memorias interactúan entre sí y con otras funciones cerebrales, de manera que su delimitación a los fines de la investigación es en cierta medida un artificio técnico. Aun cuando esta precaución metodológica es válida para todo estudio del cerebro, el conocimiento que tenemos de los distintos aspectos de las memorias es confiable y permite avanzar en todos los niveles, incluyendo la observación clínica.

Los diferentes tipos de memoria se han clasificado con varios criterios. El más general y descriptivo distingue entre las formas explícitas conscientes, implícitas inconscientes, las asociadas a la percepción, olfativas, visuales, táctiles, etcétera, o las de reconocimiento y las de recuperación de circunstancias y episodios del pasado. La clasificación descriptiva tiene el inconveniente de no discriminar más profundamente los tipos. Esta discriminación puede hacerse si se consideran los mecanismos cerebrales, el tipo de información y los principios o reglas de operación que definen funcionalmente al sistema y que están ligadas al proceso evolutivo.

La clasificación que vamos a utilizar es la de Schacter y Tulving (1994), que define cinco sistemas:

- 1) sistema de procedimientos: es no declarativo, incluye habilidades motoras y cognitivas, condicionamiento simple y aprendizaje asociativo simple.
- 2) sistema de representación perceptual: es no declarativo, incluye las formas visual y auditiva de palabras y la descripción perceptual estructural.

- 3) sistema semántico: es no declarativo, incluye el sistema espacial y relacional.
- 4) sistema primario o de trabajo: es declarativo e incluye la visión y audición.
- 5) sistema episódico: es declarativo, incluye la memoria de eventos, autobiográfica y personal.

La represión puede actuar sobre cualquier sistema o combinación de ellos. Consideremos por ejemplo el sistema de procedimientos donde la represión actúe sobre una habilidad motora inhibiéndola. Debido a que la información correspondiente a esa habilidad no es declarativa, es decir, no puede ser expresada con lenguaje, resolverla puede o no ser posible a través de la acción interpretativa. Esta actúa sobre motivaciones que explican la inhibición pero no sobre la información motora pertinente. Creemos que la represión puede afectar mecanismos de índole motora y cognitiva que no son accesibles al lenguaje. Esto plantea un problema terapéutico de carácter técnico.

En el caso de los sistemas declarativos la situación es diferente porque el sistema se complejiza al incorporar el lenguaje. El lenguaje no sufre las restricciones del mundo exterior que afectan a los otros sistemas. Un viejo proverbio dice que solo se puede mentir con lenguaje. Podemos interpretarlo en el sentido de que, en el relato, la correspondencia con el exterior no obedece las mismas leyes que actúan sobre los sistemas perceptivos y motores. El problema terapéutico en este caso consiste en que debemos reconocer una organización interna independiente de las restricciones externas, lo que hace más difícil su conocimiento.

Esta organización interna puede ser vista como el conjunto de teorías de una persona que relacionan las entidades de su universo psíquico y que poseen efecto causal sobre su conducta. Conociendo esta organización y las teorías que la determinan, podemos imaginar las características particulares del proceso de recuperación de la memoria en esa persona.

La neurociencia, por su parte, estableció la participación de una región del cerebro, el hipocampo, como una estructura clave para importantes funciones de la memoria y el lenguaje. Los trabajos de Lynn Nadel y Jake Jacobs (1985) sugieren que la amnesia infantil descrita por Freud se debe al prolongado período de maduración funcional del hipocampo. La amnesia infantil, es decir la extraña incapacidad de re-

cordar hechos anteriores a los 3 años cuando el infante ya dispone del lenguaje y del entendimiento, es posible que comparta con la represión primaria la dependencia del hipocampo. En el citado trabajo de Nadel y Jacobs también se sugiere que los hechos traumáticos anteriores a los 3 años son registrados en la amígdala, funcionalmente madura antes que el hipotálamo, y se activan por estímulos específicos produciendo las reacciones correspondientes, pero esas memorias no son accesibles a la expresión lingüística o a la conciencia. El origen temprano atribuido por el psicoanálisis a algunos síntomas puede tener un apoyo en estas conclusiones.

Hemos introducido la función de la emoción al incluir a la amígdala, residencia de la memoria emocional no declarativa o implícita. Al revivir un hecho traumático, las manifestaciones corporales como sudoración, taquicardia, llanto, etcétera, dependen de la amígdala, mientras que el recuerdo de las circunstancias, quiénes estaban, o el color de la ropa, depende del hipocampo.

En el recuerdo de emociones se puede distinguir entre la memoria de haber tenido una emoción, y la memoria emocional que se manifiesta por reacciones corporales.

Estas dos clases de memoria —que satisfacen las condiciones que fijamos más arriba para definir sistemas de memoria porque utilizan distintos mecanismos cerebrales—, manejan diferente tipo de información y tienen reglas de operación distintas, son importantes para los mecanismos de curación según el psicoanálisis. Debido a que la emergencia de emociones a través de la amígdala modula el almacenamiento de memoria en otras regiones del cerebro (McGaugh, J.L., 1996, 1998) podemos decir que estos hallazgos fortalecen la hipótesis de Freud de que era necesario no solo el recuerdo verbalizado, declarativo, sino también el emocional para generar una nueva memoria. Otras investigaciones también han encontrado que las emociones influyen en la formación de memorias de largo plazo en personas normales (Cahill, L., 1996).

La amígdala, o más propiamente las diversas estructuras que están en esa región del cerebro (Swanson, L.W., 1998), integran los *inputs* sensoriales del tálamo y de las áreas corticales, y proveen la interface con el sistema motor que controla las respuestas en varias modalidades —conductual, autonómica y endócrina (LeDoux, J.E., 1997).

Estos mecanismos que conocemos por la neurociencia aún no nos explican el hecho más llamativo de la represión, el porqué del mecanismo por el cual un contenido es desplazado o suprimido de la conciencia. Para ello debemos acudir a otra rama de la biología, la psicología evolucionaria.

Las propiedades del mecanismo de represión que permiten estudiarlo desde el punto de vista de la psicología evolucionaria son: 1) aparece con una distribución uniforme en todos los humanos independientemente del contexto cultural, 2) el patrón de desarrollo de la represión está relacionado con características de cada etapa de la vida, 3) la complejidad de la represión y la fina regulación de su funcionamiento implica que está al servicio de importantes funciones, 4) los comportamientos en los que interviene, tales como patrones de relación, comunicación social, conductas de cortejo, inhibiciones, culpa y representaciones cognitivas del mundo externo son importantes para el éxito reproductivo, 5) cuando funciona anormalmente la adecuación de la conducta decrece. (Nesse, R. M. y Lloyd, A. T., 1992).

Estos autores desarrollan una propuesta de Alexander (1975, 1979) y de Trivers (1976, 1985) que atribuye a la represión la función de generar autoengaño. La ventaja selectiva consiste en aumentar la capacidad de engañar a otros. Si la habilidad de engañar aumenta el ajuste al ambiente y el autoengaño facilita el engañar a otros, entonces la idea convencional de que la selección natural favorece a los sistemas nerviosos que producen mejores y más fieles imágenes del mundo debe ser un punto de vista muy *naïve* sobre la evolución mental.” (Trivers, 1976).

El engaño y el autoengaño no están al servicio del conocimiento sino de fines egoístas, agresivos y sexuales que el psicoanálisis ha reconocido como parte de las raíces de la motivación de la conducta humana. Para Nesse y Lloyd, “la teoría psicoanalítica con los aspectos insatisfactorios que puede tener, constituye la mejor aproximación a la explicación de los mecanismos humanos de autoengaño”.

Otra hipótesis interesante propone que la capacidad de autoengaño puede ser una adaptación para controlar el dolor mental de la misma manera que el sistema de endorfinas limita el dolor físico (Goleman, 1985).

La represión como otros mecanismos de defensa mantiene a pensamientos y deseos inaceptables en el inconsciente y distorsiona las funciones cognitivas, externas e internas, creando una falsa imagen de uno mismo y de la realidad externa. Viviendo en sociedad el individuo debe

utilizar un amplio repertorio de recursos. El auto y hétero engaño es tan necesario como el conocimiento despojado de interés propio. El individuo debe generar conductas basadas en estrategias en permanente proceso de sofisticación con las que evoluciona dentro de la sociedad, y que al mismo tiempo son la fuente de la evolución de la sociedad misma. El psicoanálisis como terapia que persigue reestructurar el conocimiento de sí mismo y del mundo de una persona, no elimina el engaño, solo la cristalización del engaño en alguna de sus formas.

En otras palabras, la terapia psicoanalítica no elimina el uso del mecanismo de represión, solo el uso estereotipado del mismo. Sin represión se hace imposible para el yo administrar la vida psíquica y social. La represión, otros mecanismos de defensa, los procesos emocionales, las funciones de proceso primario, proceso secundario y de pensamiento abstracto fueron descritas y modelizadas por el psicoanálisis a partir de la observación de la conducta y de modelos y teorías que en el momento en el que fueron concebidos no tenían ninguna posibilidad de establecer correspondencias con otras disciplinas, y carecían de la capacidad de controlar sus afirmaciones y explicaciones.

La neurociencia y la psicología evolucionaria aportan información obtenida con el método científico que le permiten al psicoanálisis controlar sus hipótesis y de esta manera incrementar los fundamentos científicos de sus teorías y cubrir las deficiencias originadas en la imposibilidad de relacionar la conducta con las estructuras que la producen y con la historia biológica de la adquisición de esas estructuras.

Los dos desafíos a los que el psicoanálisis busca respuestas, encontrar un tratamiento a los padecimientos mentales y construir una teoría científica sobre la mente humana, se hacen más accesibles si consideramos el proyecto de investigación de la mente como esencialmente interdisciplinario. En este proyecto cada una de las disciplinas, desde su nivel, aporta conocimiento y comparte la responsabilidad de lograr una teoría científica de la mente.

## **Resumen**

El problema de la correspondencia entre la teoría y la práctica psicoanalítica se relaciona con aspectos epistemológicos e históricos del momento en el que se creó el psicoanálisis. Considerando la metapsicología de Freud como un proyecto global e interdisciplinario de investigación de

la mente, se propone un modelo en el que interactúan el psicoanálisis con la neurociencia cognitiva y la psicología evolucionaria. Se utiliza para ilustrar esta interacción el mecanismo de la represión. Con este propósito se ven los mecanismos de la memoria y de su modulación por el afecto desde el punto de vista de la neurociencia, y la hipótesis de la represión como autoengaño desde la psicología evolucionaria.

## Bibliografía

- Alexander, R. D. (1975). The search for a general theory of behavior. *Behavioral Sciences*, 20, 77-100.
- Alexander, R. D. (1979). *Darwinism and human affairs*. Seattle: University of Washington Press.
- Cahill, L. and others. Amygdala activity at encoding correlated with long-term, free recall of emotional information. *Proc. Natl. Acad. Sci.*, 1996, Jul. 23:93 (15): 8016-21.
- Cahill, L.; McGaugh, J. L. Mechanisms of emotional arousal and lasting declarative memory. *Trends Neurosci.* 1998, Jul. 21(7): 294-9.
- Goleman, D. (1985). *Vital lies, simple truths*. New York: Simon & Schuster.
- Jacobs, W. J., and Nadel, L. (1985). Stress - induced recovery of fears and phobias. *Psychological Review*, 92, 512-31.
- Kandel, Eric R. (1998). A New Intellectual Framework for Psychiatry. *Arne J. Psychiatry*, 155-45-469.
- Kitcher, Patricia (1992). *Freud's Dream*. Cambridge Massachussets, The MIT Press.
- LeDoux, J. E.; Muller. *Emotional memory and psychopathology*. Philos. Trans. R. Soc. Lond. B. Sci., 1997, Nov. 29; 352 (1362): 1719-26.
- McGaugh, J. L.; Cahill, L. Roozendaal B. Involvement of the amygdala in memory storage: interaction with other brain systems. *Proc. Natl. Acad. Sci. USA*, 1996, Nov. 26;93(24): 13508-14.
- Nesse, R. M.; Lloyd, A. T. (1992). The evolution of Psychodynamic Mechanisms. *The Adapted Mind Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*. Oxford, Oxford University Press.
- Rapaport, David; Gill, Merton, M. (1959). The points of view and assumptions of metapsychology. *Int. J. Psycho-Anal.*, 40: 153.
- Schacter, Daniel S. and Tulving Endel, editors (1994). *Memory Systems*, 1994. Cambridge, Massachussets, The MIT Press.
- Swanson, L. W.; Petrovich, G. D. What is the amygdala? *Trends Neurosci.* 1998 Aug;21(8):323-31.

- Trivers, R. L. (1976). Foreward in R. Dawkins (Editor). *The selfish gene*. New York: Oxford Press.
- Trivers, R. L. (1985). *Social Evolution*. California: Benjamin/Cummings.
- Tulving, Endel (1997). *Conversations in the Cognitive Neurosciences*. Edited by Michael S. Gazzaniga. Cambridge, Massachusets, The MIT Press.

# “Realidad psíquica”: algunos aspectos epistemológicos

Gregorio Klimovsky

El objeto de este trabajo es examinar, desde un punto de vista epistemológico, ciertas analogías entre algunos aspectos estructurales de las teorías científicas y la noción de “realidad psíquica” introducida en el psicoanálisis por Sigmund Freud.

En una teoría científica se intenta representar la realidad en el sentido ordinario de la palabra o un sector determinado de ella. En general, suele haber apreciables diferencias entre la descripción que la teoría ofrece y la realidad en sí misma. Si el vocablo “objetivos” se usa para significar a los hechos con independencia de la existencia de un sujeto cognoscente, entonces es posible decir que la descripción suministrada por la teoría es distinta de la “realidad objetiva”. No obstante, la utilidad gnoseológica de las teorías estriba en que –pese a las diferencias– alguna similitud o isomorfismo existe entre la descripción y los hechos objetivos.

Esta semejanza se acentúa o debilita según lo apropiado o descartado de la teoría como instrumento de conocimiento. La historia de la ciencia pone en evidencia que una parte mayoritaria y quizá casi total de las teorías científicas adolece del defecto de que su descripción de la realidad es muy defectuosa y distorsionante en relación con la auténtica idiosincrasia de los hechos objetivos. Si se nos permite una metáfora, podría decirse que ellas son “patológicas” en comparación con la “normalidad” de una teoría muy afortunada.

Para cumplir su finalidad descriptiva, las teorías hacen uso de instrumentos lingüísticos. En particular, intentando referirse a objetos, se emplean términos. En la concepción un tanto clásica y estándar de las teorías científicas, se distinguen dos tipos de términos –dos vocabularios–. Por

un lado, están los “términos empíricos” que denotan a los objetos observables, que en cierto modo son los que están más cerca de la realidad objetiva –al menos del sector “empírico” de la realidad objetiva–. Pero además están los “términos teóricos” que pretenden, un tanto hipotéticamente, designar objetos no observables. La descripción que una teoría brinda no se limita, claro está, a mencionar objetos –empíricos o conjeturales– sino a hacer afirmaciones acerca de las características, propiedades y estructuras que poseen o conforman estos.

Entre las dificultades que los científicos encuentran para obtener una descripción adecuada de la realidad está precisamente la de obtener afirmaciones acertadas acerca de los objetos no observables. Estos no son accesibles a la experiencia y la práctica, por lo que inevitablemente las aserciones acerca de ellos tienen un fuerte acento conjetural, lo que en general las hace dudosas cuando no problemáticas. Lo sorprendente, pese a estos inconvenientes, es que algunas teorías han logrado alcanzar un elevado éxito gnoseológico –como es el caso de la teoría atómica o de la genética y, según el convencimiento de Freud, el de la teoría psicoanalítica–.

De todas maneras, queda claro que, en general, hay una diferencia entre la realidad pintada en la descripción que una teoría ofrece y la realidad objetiva a la que se pretende aludir. Como acabamos de señalar, uno de los principales responsables de esto es el empleo de términos teóricos. Pero hay que señalar también que los otros términos designativos, los empíricos, toman con frecuencia su significado de la propia teoría que los emplea. Si bien no es imposible que algunos de tales términos posean un sentido independiente de la teoría, ocurre que una cantidad considerable de términos empíricos deben interpretarse según un contexto que depende de cuáles son las hipótesis y conceptos abstractos que constituyen la teoría.

En cierta manera, y de un modo semejante al que Thomas Kuhn atribuye a los paradigmas, cada teoría tiene un modo peculiar de recortar el continuo de la experiencia, y los términos empíricos pueden aludir a una determinada porción de ese recorte. Cambiando de teoría, el recorte y sus porciones pueden ser distintos. Pero esto muestra que lo que antes hemos denominado metafóricamente la “patología” de una teoría consiste no solo en una defectuosa elección de términos teóricos y de hipótesis, sino también en un inapropiado uso de sentido para los términos empíricos.

Consideremos ahora la noción de “realidad psíquica”. Para ello comencemos por admitir que desde el punto de vista que concierne a lo mental

o, si se quiere decirlo así, a la actividad psíquica, la realidad tal como se ofrece a un sujeto no coincide con la realidad objetiva.

Esto no implica que no admitamos que existen relaciones directas – incluso de orden cognoscitivo– entre los hechos reales y la actividad psíquica. Nuestros cuerpos interrelacionan con los objetos del mundo físico, y reaccionan apropiadamente –de acuerdo con reacciones fisiológicas innatas o aprendidas–. Más aún, en algunos casos esto puede implicar experiencias psíquicas conscientes. Pero en general, la realidad que se ofrece en la conciencia y en la actividad psíquica aparece como una organización estructural en la que intervienen aspectos conceptuales, construcciones y estructuras en los que la función del sujeto supera en importancia a los estímulos “externos”.

Pero el gran aporte de las teorías psicoanalíticas reside en que en la construcción de la realidad del sujeto intervienen objetos que no son empíricos en el sentido de estar ubicados en la conciencia, sino más bien creaciones del propio individuo. Estos objetos, “fantasías”, “objetos internos”, “fantasmas”, etcétera, no son conocidos por la conciencia, compartiendo este aspecto con los recuerdos reprimidos, por ejemplo. Pese a ser meras creaciones del sujeto, y no representaciones internas de algo externo, tienen importancia causal en cuanto al comportamiento del individuo y provocan también modos peculiares de interpretar y conceptualizar los datos manifiestos y conscientes.

En este punto es donde parece interesante comparar la realidad psíquica, entendiéndola como una suma de componentes de la fantasía, interpretaciones de las entidades de la conciencia más elementos de un fuerte carácter objetivo, con la “realidad teórica”, que es como queremos denominar a las descripciones propuestas por una teoría científica.

Sin duda, los términos teóricos de una teoría presentan mucha analogía con los objetos “fantasmáticos” de la realidad psíquica. El carácter no empírico de unos se asemeja al carácter no consciente de los otros. Tanto unos como otros constituyen un agregado no empírico al conocimiento de la realidad, y en ese sentido son construcciones o aportes, tanto del investigador científico como del sujeto psíquico respectivamente. El primer caso es el del aporte hipotético, aunque a veces puramente instrumental; el segundo, resultado de la eficiencia del aparato psíquico para sistematizar y ordenar su función cognoscitiva.

Puede argüirse que hay una diferencia. En el caso de las teorías, la elección de los términos teóricos parece constituir un hecho intencional y racional cuyo objeto es completar la intelección de la realidad tal como es proporcionada parcialmente por los aspectos empíricos. Las entidades no conscientes de la realidad psíquica, por el contrario, resultarían ser efectos causales o elementos simbólicos que resultan de la acción de los instintos o de procesos no intencionales (en el sentido corriente de este vocablo). Esto es verdad, y es necesario admitir que la semejanza entre teorías y realidad psíquica es solo un isomorfismo parcial y que sin duda hay diferencias. No obstante, nos parece que aun en la cuestión que estamos discutiendo hay todavía algunas analogías que conviene señalar. Veamos.

Una de las distinciones más conocidas (¡y también discutidas!) en la epistemología contemporánea es la que diferencia –según Hans Reichenbach, quien introdujo por primera vez tal demarcación– entre “contexto de descubrimiento” y “contexto de justificación”. La cuestión de cómo se produce o inventa una teoría, o de cómo se eligen sus términos, pertenece al primer contexto; el problema de valorar a una teoría como instrumento de conocimiento se relaciona con el segundo.

Por qué en la invención o descubrimiento de una teoría se han elegido tales y cuales términos teóricos y no otros, es tópico para el contexto de descubrimiento. El que sean adecuados o no para obtener una teoría satisfactoria para la descripción de la realidad objetiva (en algún sentido en que esto pueda ponderarse), este es tema para el contexto de justificación. Pero esto permite advertir una analogía en relación con la realidad psíquica.

Lo semejante al contexto de descubrimiento es el problema de cómo se generó en el sujeto la colección de entidades no conscientes que integran esa realidad, y también cómo se originó la peculiar manera de conceptuar y aun de percibir el material empírico consciente; bien podría denominarse esto el “contexto genético”. Pero otra cosa es discutir si la organización psíquica constituida por la realidad psíquica más la peculiar representación consciente de los hechos externos al aparato psíquico estructuran de modo adecuado la función cognoscitiva, o bien esta resulta darse con grandes defectos; tendríamos aquí el “contexto estructural-cognoscitivo”. Si se consideran estos dos aspectos, puede notarse que tanto en el contexto de descubrimiento como en el genético se presentan situaciones parecidas.

La elección de términos teóricos, según lo señalan las investigaciones de sociología del conocimiento, está con frecuencia determinada por ra-

zones ideológicas y también por los intereses de la sociedad o del grupo al que el investigador pertenece, a lo que debe sumarse, para el momento histórico en que la teoría se construye, cuál es el marco conceptual disponible como para poder plantear la problemática a la que la teoría viene tentativamente a solucionar.

Pero también las entidades no conscientes que intervienen en la realidad psíquica constituyen un tipo de investigación en el que se quiere determinar por qué se originan, qué fuerzas o factores las producen, y por qué se presentan en un dado individuo de una manera particular. Pero otra cuestión es la de si la realidad psíquica organiza o no de manera adecuada las funciones cognoscitivas para captar en una aproximación favorable la realidad objetiva y permitir al sujeto desempeñar satisfactoriamente su desempeño en tal realidad.

La estimación de si hay o no “patología” desde este punto de vista es sin duda análoga al aspecto de “patología teórica”, que pueda tomar o no una teoría. Y aunque el contexto de descubrimiento pueda ser útil para entender cómo se originó una patología teórica —lo cual es importante para la metodología de la investigación y también para el planeamiento educativo—, detectar que hay un error es asunto previo y corresponde al contexto de justificación.

Importante es la cuestión diagnóstica de si hay o no patología en relación con la realidad psíquica, es un tópico que pertenece a lo que hemos denominado “contexto estructural cognoscitivo”; y otra cosa es analizar cómo la situación se originó —lo cual es de interés tanto terapéutico como preventivo—, lo cual corresponde al “contexto genético”. La cuestión de la intencionalidad de los objetos de la fantasía corresponde, sin duda, a este último contexto, y semeja mucho a los problemas de producción de los conceptos científicos tal como los puede estudiar la sociología del conocimiento.

El paralelo al que estamos aludiendo en este trabajo plantea una cuestión muy interesante desde el punto de vista epistemológico. ¿Cómo es posible juzgar la eficacia cognoscitiva de la realidad psíquica? ¿Hay algo parecido a la contratación sobre la base de una “base empírica” constituida por material manifiesto?

La situación se complica además por una importante diferencia; en el caso de una teoría sabemos —al formularla— cuáles son los términos teóricos; los objetos de la realidad psíquica exigirían una teoría acerca del aparato

psíquico de un determinado sujeto para que con sus términos teóricos pudiera conjeturarse cómo es la estructura de esa realidad, teoría que por cierto, en cada caso, en el tratamiento psicoanalítico, debería contrastarse. Una vez más, la labor psicoanalítica presenta aspectos epistemológicos *sui generis* no siempre sospechables al analizar sus características.

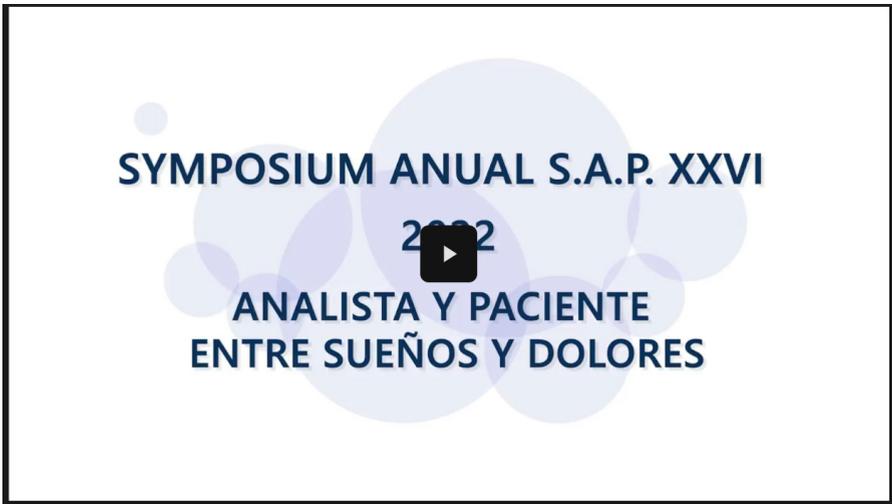
## Resumen

En este trabajo se intenta señalar ciertos aspectos epistemológicos comunes a la acción de “realidad psíquica” y a la de “teoría científica”. Así como una teoría presenta una descripción de la realidad que solo parcialmente y en forma algo distorsionada coincide con los hechos reales que conforman lo que puede denominarse la “realidad objetiva”, también en el aparato psíquico aparece una estructura de la realidad que solo parcialmente y también en forma algo inadecuada corresponde a la realidad objetiva. Además, del propio modo en que en una teoría aparecen –para referirse a entidades reales términos empíricos y términos teóricos (no observacionales y que en ocasiones solo desempeñan un papel instrumental), en la subjetividad aparecen como indicadores de entidades reales elementos conscientes y manifiestos y también objetos inconscientes que a veces también poseen solo una realidad instrumental, los objetos de la fantasía, los objetos internos, los objetos parciales o simplemente fantasmas (en el sentido técnico que se da a este vocablo en psicoanálisis). Se establece una analogía entre la inadecuación de los términos teóricos en una teoría y la de los objetos de la fantasía en el caso del aparato psíquico. Se propone hablar de “patología teórica” y de “patología psíquica” respectivamente para estas dos situaciones. Se intenta asimismo hacer corresponder las nociones de “contexto de descubrimiento” y de “contexto de justificación” a los problemas genéticos de las patologías de la realidad psíquica por un lado y a los de la valoración y diagnóstico de las patologías por otro. Se propone que el papel de la “base empírica” para contrastar las teorías corresponda en esta analogía a los eventos o entidades conscientes.

De a dos,  
soñando los monstruos<sup>1</sup>

Ana Nalvanti; María Marta Capurro,  
Paula Ferrari, Cintia Quadrelli, Ma. Florencia De Simone

<https://drive.google.com/file/d/1Xew9XckpHBeGlFhm6l7iLpCD71OioDIE/view>



Monstruo: “... sacudiré las paredes hasta que despiertes y te contaré tres historias. Cuando haya terminado tú me contarás a mí una cuarta”

Connor: “Yo no sé nada de historias”

---

<sup>1</sup> Presentación del Claustro de Analistas en Formación en el XXIV Symposium Anual 2022, Sociedad Argentina de Psicoanálisis.

Monstruo: “Me contarás una cuarta historia que será la verdad”

Connor: “¿Pero de qué estás hablando?”

*Monstruo: “Esa verdad que escondes, la verdad que sueñas, me contarás tu pesadilla y esa será tu verdad”...*

*“el psicoanálisis está comprometido con el descubrimiento de la verdad acerca de los acontecimientos en nuestras propias mentes así como la de nuestras acciones. Hacer públicos cualquiera de estos requiere sobreponerse a una gran angustia, tanto persecutoria como depresiva” (Meltzer).*

Claudio se presenta después de varias y distintas terapias que no habían aliviado el malestar que manifestaba, advirtiéndolo que no iba a hablar de ciertos temas, y de modo determinante decía: “De esto no voy a hablar, de esto otro tampoco”, “Acá no me voy a meter”...

La analista comenzó a acompañar a Claudio a su propio ritmo, su propio curso, estando muy atenta a las diferentes reacciones transferenciales. Como refiere Winnicott nuestra técnica nos permite cooperar con el paciente en el seguimiento de su propio y genuino proceso terapéutico.

A partir de este espacio compartido en el que se entrelazan el inconsciente de ambos, aparece la película propuesta por la analista, como una forma de prestar el psiquismo para transformar juntos aquello que resultaba impensable, insoportable.

A Connor, compartir sus pesadillas y dolores, le permitieron acercarse, hacer pensable, soportables algunas ideas, emociones, sentimientos que no podía sacar a la luz.

Es en el encuentro del niño con el monstruo donde podemos vislumbrar una semejanza entre la tarea del árbol y la del analista.

El monstruo contiene, sostiene, escucha, rescata, acompaña.

El ambiente tolera los enojos, las descargas de furia, no sanciona. La pesadilla pasa a ser historia y luego comunicación con él mismo y con el otro.

Progresivamente Claudio comenzó a hablar y a recordar a sus padres. Con su padre tenía un vínculo muy inestable producto de la enfermedad que aquel padecía, que lo hacía irritable y violento. Con su madre mantenía una escasa comunicación hasta que él cumplió 15 años, luego comen-

zaron a entenderse. Un año después de esto ella falleció en un accidente.

Progresivamente Claudio comenzó a soñar...

En un primer sueño relata: *“estaba con mi madre, como la última vez que la vi, tal cual. Yo le contaba cómo soy hoy acá, lo que me estaba pasando. Se me borró el diálogo. Ella me aconsejaba; mi papá estaba muerto. Él, cabeza de familia, claro. Yo lloraba cuando ella me hablaba. Aparece mi abuela, yo la llamaba. Oscureció. Quería prender la luz y mi cuerpo estaba rígido. Me empecé a despertar. Me desperté como si estuviera viendo la situación. Muy claras las imágenes y que yo no podía prender la luz. Hace 15 días tuve otro sueño. Una nube negra que me aplastaba. No me podía mover. Sólo podía mover mi brazo derecho.”*

En un segundo sueño cuenta: *“este sueño es catastrófico, horrible: mi papá era joven en él y estaba mi sobrina, yo era yo en esta edad. Salgo de la cocina, mi papá viene hacia mí y mi sobrina como entrando de la calle. Yo me tiro al piso ‘¿Por qué no me quieren?’ Mi papá pasa a mi lado y me dice: ‘levántate’. Yo repito ‘¿por qué no me quieren?’ Mi sobrina: ‘¿qué haces ahí?’ y me desperté. Mi sobrina y su ‘no me rompas las pelotas’. Yo llorando en el piso como acá”* (hace referencia a su intenso llanto en una sesión anterior).

Lia Pistiner en *La dimensión estética de la mente* transmite, siguiendo a Bion, que el sueño no solo es revelador del inconsciente sino que las experiencias emocionales necesitan ser soñadas. Tanto la película ofrecida a Claudio como los sueños habilitan el adentrarse en la historia propia ya que implica una cierta distancia que hace posible el abordaje de lo doloroso y terrorífico.

El sueño es un intérprete de las experiencias emocionales vividas y así proporciona la posibilidad de representarlas y significarlas.

“Antes de interpretar contenidos, es necesario construir un espacio lúdico como continente y personificaciones para poner en marcha la expresión de contenidos”.

En algunas oportunidades Claudio se enojaba y se iba de la sesión, la analista pensaba que no regresaría, pero esto nunca ocurría. Claudio nunca faltaba a su sesión.

Como Connor, el paciente repite “yo puedo, yo puedo”, “no me pasa nada”. Frente a una situación laboral se enfurece, “dice una cosa y hace otra”, refiere y mientras cuenta en sesión irrumpe en un llanto desesperado, nunca había llorado en sesión. El niño asoma, sus lágrimas corren por

las mejillas, las historias se despliegan como criaturas salvajes al acecho, el dolor entra en escena, el cuerpo se enferma... “estoy tan cansado de todo esto”. El miedo a la dependencia de un otro que lo pueda volver a frustrar, más pérdidas, más dolor. La analista sobrevive, el análisis continúa.

“Progresivamente emerge la oportunidad para una experiencia renovada en la cual la situación de fracaso puede ser descongelada y re-experimentada con el individuo en estado de regresión, dentro de un medio que esté realizando una adaptación adecuada. Así la regresión es parte de un proceso curativo”, leemos en Winnicott y agrega:

“La organización que hace que la regresión sea útil tiene una cualidad distinta de las demás organizaciones de defensa, por cuanto lleva consigo la esperanza de una nueva oportunidad de descongelar la situación congelada, así como una oportunidad para que el medio ambiente, o sea, el medio ambiente actual, realice una adaptación adecuada aunque tardía.”

Sueños, pesadillas, relatos, recuerdos se van entrelazando y permiten desplegar emociones, pensamientos que puedan ser pensados y así digerirlos, elaborarlos, iniciando una posibilidad de transformarlos. Un nuevo espacio, una nueva trama, un nuevo relato de a dos se construye en el espacio analítico.

Los cuentos del monstruo a Connor le permiten acercarse de a poco a una verdad dolorosa, desgarradora pero suya, y así sobreviene el alivio. Así Claudio, a través de darse permiso a recordar, a experimentar, a soñar, a pensar y pensarse, se acerca a su propia verdad.

Dos nuevos sueños emergen en este momento del proceso analítico, ambos con su analista: *“En el primero te mudabas a un nuevo consultorio, pintado de colores alegres, el clima es distendido, descontracturado, había muchas plantas, estás contenta. Me preguntabas con insistencia si me gustaba”*. *“En el segundo sueño yo estaba muy enojado y te gritaba que no volvería más, y te lo repetía varias veces. Tres años son una barbaridad.”*

Más sueños, más angustia, otro llanto desconsolado... otra vez el niño, otra vez el dolor de lo que no se quiere ver pero está ahí, insiste, “no quiero llorar, no quiero ver”, dice y abraza a su analista al final de la sesión. Al día siguiente se siente tranquilo, aliviado.

La secuencia de los sueños de Claudio nos permite confirmar este proceso de apertura y de experiencia compartida. Partiendo de la inmovilidad, la rigidez y el encierro van surgiendo las emociones, las experiencias, la posibilidad de comunicarlás, finalmente quedan explícitamente inclui-

das en el vínculo transferencial. El análisis de los sueños y el análisis de la transferencia aparecen entonces como recursos valiosos en nuestra tarea cotidiana.

Nuevamente Winnicott explica: “La transferencia no se reduce a una simple comunicación o relación, si no que concierne a la forma en que un fenómeno sumamente subjetivo aparece repetidamente durante el análisis. En gran medida el psicoanálisis consiste en disponer las condiciones que permitan el desarrollo de semejantes fenómenos, y en la interpretación de los mismos en el momento oportuno. La interpretación enlaza el fenómeno específico de transferencia con una parte o fragmento de la realidad psíquica del paciente, lo cual, en algunos casos, equivale a enlazar dicho fenómeno con un fragmento del pasado del paciente.”

Para terminar citaremos a Bollas, *La sombra del espejo*: “solo si hace enloquecer un poco a un objeto bueno (el analista), puede este paciente creer en su análisis y saber que el analista ha estado donde él estuvo y ha sobrevivido y ha salido intacto con su propio sentimiento de sí, una evolución en la contratransferencia que se corresponderá con el proceso por el cual el analizando emerge, dentro de la transferencia, de su locura familiar. En este sentido, este período de la transferencia contratransferencia es necesariamente un enloquecer juntos, seguido de una cura mutua y un mutuo establecimiento de un self nuclear”.

- A partir de lo que compartimos, poniendo el acento en la película, la paciente, y el encuentro analítico, los invitamos a poner en común sus propias asociaciones.
- ¿Cómo abordamos los sueños que traen nuestros pacientes? ¿Qué teorías nos acompañan? ¿Pensamos en imágenes, ambientes, sensaciones, emociones?
- En la actualidad ¿Podemos seguir sosteniendo como hizo Freud que el deseo, junto con la censura, organiza el sueño? o como teoriza Angel Garma las situaciones traumáticas constituyen los sueños mismos.

# REVISTA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE PSICOANÁLISIS

---

## LOS CONTACTOS ANALÍTICOS

Carlos Tabbia

---

## SANDOR FERENCZI, ENTRE EL CUENTO Y EL SUEÑO

Maridel Cantelli, Mabel Cambero, Nicolás Cardona,  
Beatriz Celorrio, Oscar Alfredo Elvira, Alba Gasparino,  
Agustín Genovés, Gabriela Goldzen, Rogelio Ruiz,  
Marcos Tabacznik, Pablo Valle Daubenberger

---

## LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA CON NIÑOS Y ADOLESCENTES EN UN TIEMPO INQUIETADO

Virginia Ungar

---

## EL MALESTAR DE LA CONEXIÓN ESPASMÓDICA: ¿DE LA OBEDIENCIA A LA DEPENDENCIA?

Marianna Ferreira Jorge y Paula Sibilía

---

## CORRIENDO PARA NO PERDERSE NADA: TEMPORALIDAD ANSIOSA Y FRUSTRACIÓN POR LO (I)LIMITADO

Paula Sibilía, Manuela Arruda Galindo

## APLICACIÓN DEL ENFOQUE MODULAR-TRANSFORMACIONAL AL DIAGNÓSTICO DE LOS TRASTORNOS NARCISISTAS

Hugo Bleichmar

---

## VIVIR EN LA INTERFASE PARA NO QUEDAR ATRAPADO EN MUNDOS FRAGMENTARIOS

Hugo Bleichmar

---

## METAPSICOLOGÍA, INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA E INTERDISCIPLINA

Eduardo B. Issaharoff

---

## “REALIDAD PSÍQUICA”: ALGUNOS ASPECTOS EPISTEMOLÓGICOS

Gregorio Klimovsky

---

## DE A DOS, SOÑANDO LOS MONSTRUOS

Ana Nalvanti, María Marta Capurro, Paula Ferrari,  
Cintia Quadrelli, Ma. Florencia De Simone